



Francisco de Rojas Zorrilla

# **Obligados y ofendidos, y gorrón de Salamanca.**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco de Rojas Zorrilla

# Obligados y ofendidos, y gorrón de Salamanca.

PERSONAS:

FÉNIX.  
BEATRIZ.  
EL CONDE DE BELFLOR.  
CASANDRA.  
JACINTA.  
ARNESTO.  
EL GANCHUELO.  
ZAJINTO.  
EL CERNÍCALO.  
EL MELLADO.  
CHISPILLA.  
CRISPINILLO.  
EL BORREGO.  
DON LUIS, viejo.  
DON PEDRO, estudiante.  
UN ALCALDE MAYOR.

Jornada primera

Sale FÉNIX, medio desnuda, deteniendo al CONDE, y BEATRIZ con luz.

FÉNIX. Cierra esa puerta, Beatriz;  
no has de salir, vive el cielo.

BEATRIZ. Ciérrola y quito la llave.

CONDE. No con fingidos extremos  
me detengas.

FÉNIX. ¡Vive amor,  
que es dios que manda en mi pecho,  
que no has de salir!

CONDE. ¿Qué importa?

Romperé por tus preceptos:

(Va a abrir y halla cerrado.)

¿cerraste? Dame la llave.

Acaba, Beatriz.

BEATRIZ. Ni puedo,  
ni quiero.

CONDE. Dime por qué.

BEATRIZ. No preguntes a un no quiero.

CONDE. Saldré por esas ventanas.

BEATRIZ. Tienen rejas, habla quedo.

CONDE. Pues déjame ir, que ya es hora.

BEATRIZ. Mirad que no duerme el viejo;  
que ha más de una hora que escupe  
y dos que tose.

CONDE. En efecto,  
¿qué es lo que intentas de mí?

FÉNIX. Si tú escucharas mi intento...

CONDE. Dile, Fénix.

FÉNIX. Ya te digo,  
más quisiera...

CONDE. Dilo presto.

FÉNIX. Que me oigas.

CONDE. Agradecido  
te escucharé.

FÉNIX. Eso repruebo:  
no ama fino el que agradece  
que son, si de amor lo infiero,  
disculpas de aborrecer  
los más agradecimientos.

CONDE. ¿Cómo he de escucharte?

FÉNIX. Amante.

CONDE. ¿Y en qué podrás conocerlo?

FÉNIX. En tu atención.

CONDE. El amor,  
¿quién le colige en lo atento?

FÉNIX. La atención supone amor,  
disgusto el divertimento;  
bien quiere aquel que escuchando  
se transforma en los concetos;  
o es veneración o amor  
aplaudir los sentimientos:  
afecto dice escucharlos,  
odio arguye no atenderlos;  
luego para conocer  
el amor en dos sujetos,  
aquel se hallará más fino  
que estuviere más atento.

CONDE. Pues atento he de escucharte.

FÉNIX. Oye.

CONDE.            Prosigue.

FÉNIX.            Ya empiezo:

desterrado de la corte  
habrá dos años y medio  
que llegastes, señor Conde,  
a esta ciudad de Toledo;  
la causa pocos la saben,  
u decís que fue, mas dejo  
por lo que toca a mi honor  
lo que no importa al suceso.  
Era yo en esta ciudad  
a los galanes objeto,  
a las hermosas envidia,  
a las discretas silencio,  
a los cariños desden,  
a las porfías desprecio,  
a los méritos descuido,  
a los cuidados trofeo;  
y si tuve algún amor,  
le consentí tan honesto,  
que le evitó mi atención  
las circunstancias de ciego.  
Salió una mañana el sol,  
que anda también con el tiempo,  
a rizarse la guedeja  
del Tajo en el claro espejo;  
y de admiración y envidia  
a verle salir tan bello  
en el rigor del diciembre,  
calmó borrascoso el cierzo,  
cuando a divertir el año  
desordenadas salieron,  
bien que con nieblas del manto,  
las más flores de Toledo;  
yo, muy rosa en lo temprana,  
muy azucena en lo honesto,  
dueño de las voluntades  
y de mi albedrío dueño;  
en un coche repetí  
por el margen lisonjero  
del río que infunde avisos  
las estampas y paseos;  
escuchaba yo de todos  
de paso aquellos requiebros  
que oyéndolos tantas veces  
siempre parecen tan nuevos;  
llegaste tú en un caballo

dos veces a verme atento,  
la primera vez por uso,  
la segunda por deseo.  
Rogábate que te fueses;  
tú, porfiado, sin ser necio,  
conociendo en mi semblante  
la fuerza que hice a mi ruego,  
obligando con suspiros  
para indicios de tu incendio,  
pues los recibiste en aire  
y los resolviste en fuego,  
lisonjeando tu voz  
de tu grande entendimiento  
por la senda del oído  
a mi corazón tu afecto  
tomo por firme padrón,  
aunque esculpió duraderos  
con el buril de la lengua  
renglones de fe en mi pecho;  
pues mis ojos envidiosos  
de mis oídos, sintiendo  
que entre amor por los oídos  
y que no entrase por ellos,  
se anticiparon también,  
y, en efecto, compitieron,  
ellos de oírle obligados,  
estos de verte suspensos.  
Tanto, que para quererte,  
como amarte fue precepto,  
del sentir y del mirar  
te sobró el merecimiento:  
hasme querido dos años,  
o haslo dicho por lo menos.  
Dos años te he desdeñado,  
hoy confieso que te quiero;  
por mayor mi incendio allano,  
por menor mi mal te cuento.  
Más tiempo es para una dama,  
aunque sea su galán mesmo,  
aquel en que ama obligando,  
que no el que oculta fingiendo.  
Salí esta noche a escucharte  
a esa reja y, en efecto,  
a tu ruego convencida,  
y obligada a tus afectos,  
como la puerta del alma  
te abrí la de mi aposento,

porque no haga un edificio  
más fuerza que hizo mi pecho.  
Entraste, faltó la luz,  
que la recató el secreto,  
pero la luz no estorbaba  
a no amor que estaba ciego;  
hablamos, estuve fina,  
pedí celos sin tenerlos,  
que no hay gusto en el amor  
si no hay picante de celos;  
silenciosamente ¡oh Conde!  
a que hablamos en requiebros,  
que amores a media voz  
siempre tienen mejor puesto;  
y como no me mirabas,  
aunque me estabas oyendo,  
todo transformado en ti  
se divirtió tu respeto.  
Hurtar mi fama procuras,  
sólo a mi hermosura atento,  
que como es ladrón amor  
se pagaba del silencio:  
resístome, solícitas,  
lloro y mis lágrimas templo,  
que aunque las vertió el dolor,  
las enjugó mi deseo.  
Dáme palabra de esposo,  
que es la añagaza o el cebo  
con que a la red del engaño  
se abaten los pensamientos.  
Creíte, nací mujer;  
tuve amor, halléte tierno;  
vuelvo a resistirme más,  
porfío, fue cumplimiento;  
ruégasme, cierro el discurso  
lisonjeas, yo te creo:  
vuelvo a dudar, tú te enojas;  
y, en fin, aquí de mi aliento  
perdí..., ¿cómo he de decirlo?  
¿Mas para qué me detengo  
en ir buscando disfraces  
para declarar mis yerros?  
que viéndome a mí amorosa,  
hallándote a ti severo,  
viéndote a ti que me olvidas,  
viéndome a mí que te ruego,  
aún más que no con mi voz

te dice con tu despego,  
y apenas (¡qué fuerte lance!)  
profanaste (¡grave empeño!)  
mi fama (¡cruel desastre!)  
cuando (¡este sí que es tormento!)  
despegado (¡qué tibieza!)  
te sales (yo lo merezco)  
de mi retrete (eres hombre)  
a esta sala (¡qué grosero!)  
quíereste ir, no lo permito;  
porfías, la puerta cierro;  
y agora que ya me escuchas,  
o bien airado o violento,  
quiero aprovechar mi queja  
y dar voces al desierto  
de tu corazón, que antes  
era población de afectos,  
por ver si alguna reliquia  
desos ya carbones muertos  
al soplo de mi razón  
se aviva en tu ardiente pecho.  
(Mude representación.)  
Señor Conde, estad en vos  
y advertid que en este duelo  
vuestro honor y vuestro amor  
quedan a un tiempo mal puestos:  
en vuestro amor no hay quien dude  
vuestro desaire, supuesto  
que amante desde lo fiero  
os pasáis a lo grosero,  
pues vuestro honor hoy padece  
no cumpliendo y ofreciendo.  
Sino manchas que le borran,  
nieblas que le agravien ciego;  
¿qué accidente respondedme,  
se ha crecido a vuestro celo,  
que lo que en vos fue voz noble  
se ha vuelto infame silencio?  
Si es por andar con el uso  
renovar los sentimientos,  
pues sois al desdén afable  
y desconocido al premio,  
no seas como los más,  
pues nacisteis de los menos,  
dejad para la vulgar  
la conveniencia de entero.  
A esta regla de olvidado

dadle la excepción de cuerdo,  
y sed, siendo más que todos,  
imitación de vos mismo.  
Recompensad, pese a mí,  
todo mi honor con el vuestro,  
pues en la sangre os compito  
y en el amor os excedo.  
Del uso os dejáis llevar,  
¿y queréis gozar tan presto  
del haber nacido hombre  
el infame privilegio?  
No, señor, eso no os halle  
dentro de vuestro conceto,  
que tanto como mi fama  
a vuestra opinión atiendo.  
Templaos más en las violencias,  
no derogéis, poco atento,  
la ley que habéis promulgado  
en favor de mis deseos.  
Renovad vuestra palabra,  
para que en decente lecho  
unan nuestras voluntades  
firmes lazos de himeneo;  
y cuando la dilatéis,  
que la confirméis os ruego,  
que a vos no os cuesta un cuidado  
y a mí me vale un consuelo.  
Ya porque habéis profanado  
de mi honestidad el templo,  
¿agrava para mi culpa  
la obstinación de quereros?  
Pues quereros pienso, Conde;  
y así con aljófar nuevo  
que en mis párpados por conchas  
cuajó el mar del sentimiento,  
substituyendo a mis ojos  
de mi labio los secretos,  
que en el deshonor es bien  
hable más quien habla menos  
os ruego (aún éste es mi daño)  
que amante, si podéis serlo,  
a la coyunda durable  
rindáis el erguido cuello;  
y si no, viven mis ojos,  
que llamasteis vuestros cielos,  
que he de reducir en iras  
cuanto en caricias dispenso.



De mi razón y mi agravio  
he de forjar tal acero,  
templado al fuego del alma  
en la fragua de mi esfuerzo,  
que con él, sí, vive Dios,  
os he de hacer... mas no quiero  
obligaros con rigores,  
cuando con finezas puedo.  
Hermosa soy, y es vergüenza  
desconfiar de mí tan presto,  
pues rogar con amenazas  
es decir que no os merezco;  
y así airada y amorosa,  
con ruegos os amonesto,  
con enojos os aviso,  
con iras os aconsejo,  
que os reduzcáis cariñoso,  
que os reconozcáis discreto,  
que os determinéis activo,  
y que os resolváis atento  
a avivar segunda vez  
ese ya templado incendio,  
puesto que para prenderle  
os estoy prestando el fuego.  
Porque si vuelvo a enojarme,  
y estas venganzas renuevo,  
que en el fondo de mi llanto  
han hecho amoroso asiento,  
indignada, como hermosa,  
rabiosa, como con celos,  
resuelta, como sin honra,  
airada, como sin riesgos,  
os sabré dar el castigo  
que merecen vuestros yerros  
pues mucho más que mi agravio  
sentiré vuestro desprecio.  
CONDE. Fénix peregrina y bella,  
raro prodigio de amor,  
para tanto prado, flor,  
para tanto cielo, estrella  
de enamorado os confieso  
que al mirar vuestra beldad,  
también con la libertad  
llegaba a perder el seso.  
Pero ya con los despojos  
de vuestro de llanto y mi ruego,  
si antes mi amor era ciego,

agora es amor con ojos;  
que vuestro prometí ser  
me habéis llegado a culpar;  
¿quién no promete al desear  
por llegar al merecer?  
Yo os prometo ser constante  
en lazo más cariñoso,  
como olvidando lo esposo  
me consintáis en lo amante.  
Esta entereza segura  
que de mi fe compro al precio,  
aunque le llamáis desprecio,  
yo le nombraré cordura.  
Hoy me suspendo neutral  
por no ver sin vista a un dios:  
sois hermosa, pero vos  
no habéis nacido mi igual.  
Decir que da calidad  
a la sangre la hermosura  
sobre opinión mal segura  
es necia vulgaridad;  
mas tened por infalible  
que os he de amar y querer;  
pero este amor ha de ser  
solamente en lo posible.  
Y siempre en el casamiento,  
si lo discurrís mejor,  
mucho más que por amor  
se quiere por cumplimiento.  
Antes con violento ardor  
sólo os quise porque os vi,  
y después que os merecí  
os quiero con más amor.  
Serviros quiero y pagar  
lo más que os puedo deber;  
pero aunque os debo querer,  
yo no me puedo casar.  
Y, en fin, no fuera decencia  
que engañada os deje aquí:  
vos sois discreta, y así  
me voy con vuestra licencia.  
FÉNIX. De suerte, oh vil homicida  
de mi honra perturbada,  
que por no verme engañada  
quieres dejarme ofendida:  
sin que cumplas no saldrás  
lo que tu amor prometió.

CONDE. ¿De qué te quejas, si yo  
quiero como los demás?

FÉNIX. Con mis iras te amenazo.

CONDE. Fénix, de ti ¿quién temió?

BEATRIZ. (Aparte.)

Lo que más le alabo yo  
es el buen desembarazo.

¡Bergantes hombres, esto es  
ser rocas y ser diamantes!

¡Cuáles son antes del antes!

¡Cuáles después del después!

FÉNIX. Dar a mi pena un consuelo  
atajándote podré.

CONDE. No me tengas que echaré,  
Fénix, la puerta en el suelo.

FÉNIX. Ya tu crueldad me da indicio  
de tu indignado rigor,

que a quien derribó un honor,

¿qué le estorba un edificio?

Mas si vas tan hilo a hilo,

cuando a tu desdén igualo,

no las lágrimas que exhalo

sudores sí que destilo,

si pueden...

CONDE.                                    ¡Grande porfía!

FÉNIX. Constantes...

CONDE.                                    ¡Grave pensión!

FÉNIX. Concertar tu corazón

las ansias de la fe mía,

porque mi esperanza incierta

el puerto pueda lograr...

CONDE. ¿Qué quieres?

FÉNIX.                                    Quiero rogar...

(Llaman.)

¿Qué, llamaron a la puerta?

BEATRIZ. Tu padre nos ha sentido.

FÉNIX. ¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?

Vos os habéis de esconder.

CONDE. En mi vida me he escondido.

FÉNIX. ¿No veis que si le abro aquí

nos ha de hallar a los dos?

Y esto no lo haréis por vos.

CONDE. ¿Pues, por quién, Fénix?

FÉNIX.                                    Por mí.

CONDE. Pues que me arroje me deja

por huir esta ocasión

agora deste balcón

a la calle.

FÉNIX. Tiene reja.

CONDE. Pues yo no me he de ocultar.

FÉNIX. Esto habéis de hacer por mí.

DON LUIS. (Dentro.)

Ah, Beatricilla, abre aquí.

BEATRIZ. Ya voy, Señor.

CONDE. ¡Qué pesar!

FÉNIX. ¿Esto en tal nobleza cabe?

¿Esto es fineza? ¿Es amor?

DON LUIS. ¿No aciertas a abrir?

(Anda Beatriz con la llave en la puerta.)

BEATRIZ. Señor,

está dañada la llave.

FÉNIX. ¿Así de mi opinión cierta  
profanáis la fama aquí?

DON LUIS. Échame la llave a mí  
por debajo de la puerta.

BEATRIZ. Cogióme, todo lo sabe.

CONDE. Fénix, pues si esto ha de ser...

FÉNIX. Acabaos de resolver.

BEATRIZ. No puedo sacar la llave.

DON LUIS. Acaba.

CONDE. A esta sala entro.

(Métele en la reja y cierra, la ventana.)

FÉNIX. Aquí te puedes quedar,  
porque te podrán hallar  
si te escondes allá dentro.

CONDE. Un bronce obstinado labras.

FÉNIX. Entra en la reja.

CONDE. Si haré.

FÉNIX. ¿Has cerrado?

CONDE. Ya cerré.

FÉNIX. Bien puedes abrir.

BEATRIZ. Pues abro.

Sale DON LUIS.

DON LUIS. Fénix, ¿tú vestida aquí?

BEATRIZ. (Aparte.)

Todo lo llegó a escuchar.

FÉNIX. Señor, oíte llamar,  
y salgo a buscarte así;  
de tus dolores prolijos  
di el sentimiento mortal;  
declara, señor, tu mal:  
di, ¿qué tienes?

DON LUIS. Tengo hijos.

BEATRIZ. (Aparte.)

Él siente de tu deshonra  
¡ay Dios! la mortal herida.

DON LUIS. Que me han de costar la vida,  
pues me han de quitar la honra.

FÉNIX. (Aparte. Por mí lo dice sin duda,  
sin duda al Conde sintió.)

Señor, si fue culpa yo...

DON LUIS. Calla, Fénix.

FÉNIX. Estoy muda

DON LUIS. En cosas del pundonor  
no puedo tener paciencia

FÉNIX. (Aparte. Yo le digo mi dolencia  
al remedio de mi honor.)

Yo confieso que infiel  
tu decoro profanó,  
pero palabra me dio...

DON LUIS. No estás volviendo por él  
ni con promesas te encante,  
que tantas veces las dijo,  
que aunque es tu hermano y mi hijo,  
le basta ser estudiante.

A Flandes le quiero enviar:  
sirva al rey, cuerpo de Dios.

FÉNIX. (Aparte. Corazón volved en vos.)

Señor, dime tu pesar,  
declárame tus cuidados.

DON LUIS. Él piensa que soy muy rico.

FÉNIX. ¿Qué ha sido, Señor?

DON LUIS. Perico  
me ha jugado cien ducados.

FÉNIX. ¿Por eso te desesperas?

DON LUIS. No espere de mí una blanca,  
no ha de ir más a Salamanca:  
los ladrones, a galeras.

FÉNIX. En efecto, ¿no dirás  
cómo tan tarde has sabido  
lo que aquí me has referido?

DON LUIS. Escúchame y lo sabrás:  
ya sabes tú que le di  
un real sobre otro contados  
para el curso cien ducados  
no ha diez días.

FÉNIX. Señor, sí.

DON LUIS. Pues porque a piedad me obligue  
aquesta noche ha llegado  
el pícaro del criado  
con esta carta.

FÉNIX.  
DON LUIS. (Lee.)

Prosigue.

«Jesús, María y José- Padre y Señor: Por ésta sabrá vuesa merced como he jugado el dinero del curso; pero consuélase vuesa merced que lo perdí con cincuenta y cinco; no me sucederá otra vez, porque tengo hecho juramento de no envidar sin tenerlas de mano. Ya sabe vuesa merced que el que no come tiene pena de muerte: vuestra merced tiene obligación de sustentarme, que yo no le pedí que me engendrarse. Yo estoy tan quieto, que ya no dejo que nadie riña conmigo. Ayer me rogó tanto un aragonés, que le costó un ojo de la cara; porque vuestra merced no diga que soy perdido, ahí le envío a Crispinillo; vuestra merced me le vuelva a enviar luego al punto con el plus, por otro nombre pecunia. Guarde Dios a mi padrecito, viejo de mi alma, lumbre de mis ojos. Salamanca y postrero de Octubre. Su humilde hijo, Perico. Vuestra merced diga a mi hermana me encomiende a Dios, que yo, aunque indigno, me acuerdo della en mis oraciones.»

¡Hay tan gran bellaquería!

Yo apostaré, Fénix, yo  
que en toda su vida no  
ha rezado Ave María;

pero que vieses quisiera  
a estotro medio estudiante:

¡ah Crispinillo, ah, bergante!

CRISPINILLO. ¿Señor?

DON LUIS. Salid acá fuera.

Sale CRISPINILLO vestido de gorrón, con unas alforjas, botas y espuelas.

CRISPINILLO. Adsum.

DON LUIS. ¿Vos venís, en fin,  
desde la Universidad?

CRISPINILLO. Etiam Domine.

DON LUIS. Callad,

picaron, no habléis latín.

CRISPINILLO. Non possum.

DON LUIS. No na engañéis,

muypreciado de estudiante,

con decirme a cada instante

tres latines que sabéis;

¿con botas y con espuelas

y alforjas? no lo he entendido,

¿pues sobre qué habéis venido?

CRISPINILLO. Señor, sobre cuatro suelas.

DON LUIS. La industria, por Dios, me agrada.

CRISPINILLO. Esto es, si queréis oílo,

como el que trae un palillo

sin haber comido nada.

DON LUIS. Oíd.

CRISPINILLO.           ¿Qué mandáis?  
DON LUIS.                           Yo os llamo...  
CRISPINILLO. ¿Qué es lo que vuarced pretende?  
DON LUIS. ¿No me diréis en qué entiende  
el ladrón de vuestro amo?  
¿Qué vida trae o que hace?  
CRISPINILLO. En fin, Señor, me mandáis...  
DON LUIS. Que su vida me digáis:  
decidmela.  
CRISPINILLO.                   Que me place;  
pero habéis de estarme atento  
a mi labia prevenida,  
pues de paso con su vida  
os pintaré su aposento.  
Nuestro estudiante, amo mío,  
y seis que con él están,  
vive pegado al Deán,  
junto a la Puerta del río,  
que para sus malas mañas,  
es barrio de mejor modo;  
tiene el aposento todo  
colgado de telarañas,  
adonde pudieras ver  
de cordeles y de pino  
una cama de camino  
como mula de alquiler;  
y advierto que no te espanto  
verla tan mal comparada,  
pues sobre ser alquilada  
se derrienga cada instante.  
No hay más pintura y retrato  
en su aposento infiel  
que una espada y un broquel  
y un candil de garabato,  
hay, por si comer previene  
(porque hay días que se trae)  
una mesa que se cae  
y una silla que se tiene.  
Compró, por si acaso hiela,  
de paño una mala capa;  
tiene un espejo sin tapa,  
y un cepillo que se pela.  
Tan vieja guitarra en ser  
toca, en muchas ocasiones,  
que a no ser por los bordones  
no se pudiera tener;  
tiene un arca infame luego

pegada junto a la cama  
muy maldita para dama  
porque se abre a cada ruego.

DON LUIS. ¿En qué entienden, os pregunto,  
él y otros seis de Madrid  
que viven juntos?

CRISPINILLO. Oíd

lo que hacen punto por punto.

FÉNIX. (Aparte.)

Que el Conde escucha imagina  
lo que habla.

BEATRIZ. (Aparte.)

Oirá mil consejos;  
mas no puede, que está lejos,  
y está echada la cortina.

FÉNIX. (Aparte a Beatriz.)

Este secreto que allano,  
a mi fama corresponde,  
que no ha de saber el Conde,  
si puedo, que tengo hermano.

CRISPINILLO. Para limpiar la persona,  
servirse con opinión,

cada uno tiene un gorrón,  
y todos una gorróna;

y no pienses que es delito  
cometido al pundonor,  
porque su amor no es amor,  
que es meramente apetito.

Que se levanta sabrás  
a escuelas con atención,  
y no a estudiar la lición  
sino a estorbar los demás.

Tanto, que en mil ocasiones  
de todos sus compañeros  
va derramando tinteros  
para borrar las lecciones.

Va luego (no miento cierto)  
que ésta es su costumbre y su

maña, al mono de Tolú  
a comer huesos de muerto;  
y ciertamente que es gloria  
verle cuán hábil y atento  
los come de entendimiento  
y los paga de memoria.

A su hora señalada  
a comer la olla contina,  
va con hambre estudiantina,



que la canina no es nada;  
comen todos en un plato,  
y aguardando a que él empiece,  
cuando ellos comen parece  
que lo comen de barato.  
Cencerrea la guitarra,  
ya a jugar zaino y cruel  
espada, daga y broquel,  
después a tirar a barra.  
Y mientras la noche espera,  
juega con mucha quietud  
los tres juegos de virtud:  
dados, pintas y primera.  
Si juega y pierde, al instante  
vuelve con resolución  
todo el juego en colación,  
pues se acaba en Alicante.  
De noche se va al mercado,  
si no hay otro mal que hacer,  
en otro traje, a correr  
asadores de adobado.  
Luego a ver amigos pasa  
a escudriñar y a inquirir  
dónde habrá algo que reñir:  
si no lo hay, se viene a casa.  
Quiérese luego acostar,  
hágole blanda la cama,  
da treinta voces al ama  
que le suba de cenar.  
Llegan los tres mentecatos  
con un respeto que admira,  
si alguien come más, le tira  
los libros, porque no hay platos.  
Rezar, aún no sabe tanto,  
reñir, es cosa precisa,  
estudiar, cosa de risa,  
hacer mal, cosa de llanto.  
En la copia puedes ver  
que mi lengua te pintó,  
el hijo que te costó  
tanto trabajo de hacer.  
Ya, Señor, te le he pintado;  
mira, aunque más te le pida,  
si habrás gustado en tu vida  
dinero tan mal gastado.  
DON LUIS. Vos sois lindo relator,  
y de Perico imagino

que lleva lindo camino  
de parar en oidor;  
su mala vida he sentido  
con más disgusto que pena:  
¿tiene alguna cosa buena?  
CRISPINILLO. Sí, Señor; es muy perdido,  
muy activo, muy cabal,  
(es que uno y otro te cuento)  
en prometer muy atento,  
en cumplir muy puntual;  
muy cortés, muy advertido,  
valor y prudencia mide,  
lo que presta, no lo pide,  
lo que da, lo da sin ruido,  
y respete su valor,  
si es que de vivir gustare,  
cualquiera que le tocare  
en la punta del honor.  
Porque no hallaras, recelo,  
del mundo en la variedad,  
caballero de ciudad  
que esté mas bien en el duelo.

DON LUIS. Por Dios, que me da alborozo  
lo que Crispín me ha contado,  
el muchacho es mi traslado,  
yo era así cuando era mozo.  
Yo me determino, pues  
de aqueste modo lo quiero,  
remitirle algún dinero:  
juegue, que muchacho es.

CRISPINILLO. (Aparte.)  
Mucho el dinero dilata.

FÉNIX. (Aparte.)

Acabad de llegar, males.

DON LUIS. Crispín, aquí están cabales  
docientos reales de plata:

Dádselos. (Saca dinero en un bulto.)

CRISPINILLO. Harélo así;  
piadoso padre te llamo.

(Aparte. Si él supiera que mi amo  
ha tres días que está aquí.)

Yo parto a buscarle adonde  
mi amo me está esperando;  
yo te dejé galanteando  
la hermana de cierto Conde,  
que le he de encontrar es llano.

DON LUIS. Idos, pues.

CRISPINILLO. Servirte quiero;  
¿pero no me da dinero  
para que envide una mano? (Vase.)  
DON LUIS. Vete a acostarte al instante,  
porque aún no serán las dos.  
¡Ah! Sí, llámale por Dios,  
que se olvidó lo importante,  
y esto más le avisaré  
que prevenirle quisiera;  
llámale por la escalera.  
BEATRIZ. ¿Crispinillo? Ya se fue,  
que ha volado es cosa llana,  
como el dinero ha cogido.  
DON LUIS. Aun no se puede haber ido;  
llámale por la ventana.  
BEATRIZ. Para que mejor le halle,  
(supuesto que ya se fue),  
si lo permites saldré  
a la puerta de la calle:  
así remediado está.  
DON LUIS. No, no, por aquí es mejor.  
FÉNIX. Espero, tente, Señor.  
DON LUIS. Quita, Fénix, que se irá.  
FÉNIX. ¿Qué le quieres?  
DON LUIS. En verdad,  
que es justo que le prevenga,  
que ogaño no se nos venga  
la Pascua de Navidad.  
FÉNIX. Él lo evitará, supuesto  
que tan airado te ve.  
DON LUIS. Desde aquí se lo diré  
(Abra la ventana para llamar al estudiante y topa al Conde embozado.)  
A Crispinillo... ¿Qué es esto?  
CONDE. Un hombre que en vuestra casa  
oculto desta manera  
y desta determinado  
pone su vida en defensa.  
DON LUIS. Hombre que dices tu culpa  
en tu propia resistencia,  
¿quién eres?  
CONDE. A esas preguntas  
diera sangrientas respuestas  
a hallaros con una espada.  
DON LUIS. Dejadme salir por ella.  
CONDE. Ya espero.  
FÉNIX. Padre y Señor,  
advierte...

DON LUIS. No me detengas.

FÉNIX. Que con templar una ira  
todo un honor aprovechas.

DON LUIS. ¿Pues quién es el que a mi vida  
la espada indigna sangrienta?

FÉNIX. En errando los principios  
también los fines se yerran.

DON LUIS. En mi dolor no repares  
en mi enojo o mis querellas,  
en tu honor es bien que mires:

¿quién es el que en mi presencia,  
obligándome con iras,  
me hace mayor las sospechas?

FÉNIX. Señor, mi honor es primero  
que mi vida, y pues intentas  
médico de mi honor mismo  
curar tan grave dolencia,  
el Conde me dio palabra  
de esposo.

DON LUIS. Dilo.

FÉNIX. Y con ella...

DON LUIS. Acaba.

FÉNIX. Basta, Señor,  
que ya te doy hartas muestras  
en decirte su palabra  
y en mostrarte mi vergüenza.

DON LUIS. Conde, o quien sois, sólo alcanzo  
un consuelo a tantas penas,  
que se ha de acabar mi vida  
si no se acaba mi afrenta.

A Fénix satisfaced  
con la mano en mi presencia,  
o en la presencia de Fénix  
me matad, que es bien que vea  
que no acaricio la vida  
cuando desdeño la ofensa.

CONDE. Antes con la indignación  
os irrité a la defensa,  
y agora con la templanza  
está mi pasión modesta;  
no aprovecho yo el valor  
en las canas, porque es fuerza  
que obre un valor solamente  
donde hallare resistencia.

Ni a vos de esposo presumo  
premiaros con la fineza,  
que si no la voluntad,

la sangre nos diferencia:  
y así a vos por ser tan viejo,  
y a vos por la sangre vuestra,  
al uno mi indignación,  
y a otro niego mi promesa;  
viejo sois, y vos mujer,  
y sabed que no aprovechan  
ni el acero de las canas  
ni los filos de la lengua.

DON LUIS. La razón me dé la espada.

(Vase yendo.)

CONDE. No me obligaré a las quejas.

DON LUIS. ¿Os vais?

CONDE. Ya me conocéis.

DON LUIS. ¡Oh cielos! y quién pudiera...

CONDE. Estáis muy viejo.

DON LUIS. Es verdad;

pero unas cenizas quedan.

CONDE. Son cenizas.

FÉNIX. Otra vez

será fuego.

CONDE. Es sin materia;

y pues no podéis los dos,

buscad otro que os defienda. (Vase.)

FÉNIX. Yo sabré...

DON LUIS. Fénix ingrata,

quítate de mi presencia.

FÉNIX. Ya yo me voy.

DON LUIS. ¿A qué aguardas?

FÉNIX. A sentir...

DON LUIS. No te detengas.

FÉNIX. Mi dolor...

DON LUIS. ¡Si él te matara!

FÉNIX. Mi agravio...

DON LUIS. No le refieras.

Un hijo me ha dado el cielo;

enviar a llamarle es fuerza:

valor tiene, yo estoy viejo.

¡Oh si los cielos quisieran,

que, pues las otras ignora,

la ley de venganza sepa! (Vase.)

Salen ARNESTO y CUATRO VALIENTES, MELLADO y ZAJINTO, valientes.

ARNESTO. Aquí le hemos de esperar.

VALIENTE 1º. Pues muera si ha de morir.

MELLADO. ¿A qué hora suele venir?

ARNESTO. Ya poco puede tardar;

aguardarle es importante

en esta esquina.

MELLADO. Es verdad.

ZAJINTO. Digamos en poridad,

¿es valiente el estudiante?

ARNESTO. Hombre es de mucho valor.

ZAJINTO. Pues muera si ha de morir.

ARNESTO. Y hombre que sabe reñir  
con diez o doce.

MELLADO. Meor.

ARNESTO. Y sólo porque me enfada  
le pretendo castigar.

MELLADO. ¿Cómo le hemos de matar,  
de estocada o cuchillada?

VALIENTE 1º. Como viniere a calor.

ARNESTO. Él es hombre de tal modo  
que será menester todo,  
porque es bizarro.

MELLADO. Meor;

y olvide oqué esos cuidados,  
que yo haré lo que digo,  
que en mi vida he sido amigo  
de pelear con cuitados.

ARNESTO. Conozco vuestro valor  
supuesto que os he elegido,  
a ningún hombre he temido,  
y éste le temo.

MELLADO. Meor.

ARNESTO. (Aparte. Pues solicita y profana  
este atrevido estudiante  
con apariencias de amante  
la hermosura de mi hermana,  
a la venganza me aliento,  
que a mi sangre corresponde,  
antes que mi hermano el Conde  
quiera castigar su intento.

Pues porque mejor acierte  
la venganza a que me incito,  
no ha de saber el delito  
antes que sepa su muerte.)

La noche es algo cerrada,  
y en ella el valor blasona.

MELLADO. ¿Vela vuested que es tizona?  
Luego la verá colada.

(Mete la espada.)

Gente a esta parte he sentido,  
lástima me hace el cuitado,  
déle uced por enterrado,

pues que la gente ha venido  
del pendón verde y la hería  
todos esperad atentos.

Sale DON PEDRO DE CÉSPEDES, estudiante gorrón, con un montante, y CRISPINILLO con él.

DON PEDRO. ¿No te dio más de docientos?

CRISPINILLO. No me ha dado más.

DON PEDRO. ¡Miseria!

CRISPINILLO. Que el viejo, si se repara,  
es de la miseria espejo.

DON PEDRO. No hables mal de mi viejo,  
que te cortaré la cara.

CRISPINILLO. Yo la daré por cortada  
si mi lengua te ofendió.

DON PEDRO. La hermana que Dios me dio  
¿tampoco no te dio nada?

CRISPINILLO. No valió para los dos  
toda mi solicitud,  
no me dio ni una salud.

DON PEDRO. Pues que no se la dé Dios.

CRISPINILLO. Tu intento me di y a dónde  
tu amor encendido pasa.

DON PEDRO. Galanteo en esta casa  
la hermana de cierto Conde,  
que es un título extranjero  
de la corte desterrado;  
y puesto que hemos llegado  
hacer una seña quiero.

ARNESTO. Él es, no hay sino llegar.

VALIENTE 2º. No tiene mala persona.

VALIENTE 1º. Tienda oacé la peleona  
y déjenos acá obrar.

DON PEDRO. Llamar quiero por aquí. (Llama.)

CRISPINILLO. ¡Qué se atreviese tu amor  
a la hermana de un señor,  
título de Italia!

DON PEDRO. Sí.

CRISPINILLO. ¡Qué determinado ardor!  
La desigualdad infiero  
que te tiene.

DON PEDRO. ¡Majadero!  
No hay más sangre que el valor.

ARNESTO. Desta manera ha de ser,  
empiece a obrar esta llama:

¿Ah, caballero?

DON PEDRO. ¿Quién llama?

ARNESTO. Esta calle he menester.

CRISPINILLO. Pues en la ceniza dimos  
(si el miedo no me ha engañado)  
con todo nuestro cuidado.

DON PEDRO. ¿Cuántos vienen?

ARNESTO. Seis venimos,  
qué preguntáis ¿no lo veis?

DON PEDRO. ¿Seis no más hablan así?

ARNESTO. ¿Os parecen pocos?

DON PEDRO. Sí.

Busquen siquiera otros seis.

CRISPINILLO. Señor, si en la cuenta entré  
de aqueste lance importuno,  
por si les faltare alguno,  
busquen cinco y yo me iré.

DON PEDRO. Bien dices, vete al instante;  
porque un gallina es sin duda  
antes estorbo que ayuda.

VALIENTE 1°. Acabemos, seo estudiante.

DON PEDRO. El ferreruelo pongamos  
guardado, y va de valor,  
que esto hace el buen nadador.

(Compone la capa.)

ARNESTO. ¿No acaba ya?

DON PEDRO. Ya acabamos:

(Aparte. mucho me hablan estos dos.)

ZAJINTO. ¿A este tan valiente pinta?

DON PEDRO. Pongo la vaina en la cinta, (Pónela.)  
y empiezo en nombre de Dios.

(Saca el montante y empiezan a pelear todos, uno a un lado y otro a otro, repartidos, y él  
tirando cada instante y apartándose los valientes, y siempre peleando con Arnesto.)

VALIENTE 1°. Tire vuasté a esotro lado.

ARNESTO. Que estoy herido recelo.

DON PEDRO. Vive Dios, que este mozuelo  
me ha parecido alentado  
y a su valor os responde.

MELLADO. Ea, que no hay que temer.

DON PEDRO. Sin duda debe de ser  
el hermanillo del Conde.

ARNESTO. Mortal me discurre el hielo,  
ya no puedo pelear.

Él me hirió y le he de matar.

DON PEDRO. Válgate el diablo, el mozuelo;  
a quien eres correspondes.

VALIENTE 1°. Zajinto, mostradle dientes.

DON PEDRO. No pensé que eran valientes  
los hermanos de los condes;  
a estos de las estocadas



quisiera alcanzarles yo.

(Cae don Pedro y dan en él los valientes.)

MELLADO. Vive el cielo que cayó:

ea, sobre él, camaradas.

DON PEDRO. Ahora porque he caído

tan airados embestís:

sois cobardes.

VALIENTE 1º.

Vos mentís.

Sale EL CONDE.

CONDE. Qué es esto, ¿a un hombre rendido?

como quien está a su lado

quiero indignar el acero;

ea, levantaos, caballero.

DON PEDRO. Vida y honor me habéis dado:

¿qué hacéis, gallinas? Apelo

de mis manos a mis pies:

a ellos, Crispín; ea, pues.

ARNESTO. Muerto soy, ¡válgame el cielo!

(Éntrenlos acuchillando el Conde y don Pedro.)

Sale CASANDRA y JACINTA.

CASANDRA. ¿Qué es esto que hay en la calle?

JACINTA. Ruido de armas escuché,

y si no miente el oído

a vuestro hermano también.

CASANDRA. Sin duda que con don Pedro

ha encontrado; ¿qué he de hacer?

JACINTA. ¿Qué es posible que hayas dado

en hacer caso de quien

ni de tu amor será digno,

ni aun digno de tu desdén?

¿De un estudiante?

CASANDRA.

Jacinta,

no me le nombres, pues ves

que es muy galán y valiente

y yo he nacido mujer.

Por burlas empezó amor,

y aunque por burla le hablé,

si yo le escuché de veras,

que es señal puedes creer

de no quererle muy mal

haberle escuchado bien.

JACINTA. Salgamos a esotro cuarto.

CASANDRA. Desde él podremos saber...

Sale huyendo CRISPINILLO.

CRISPINILLO. Aquí de vuestro favor

y aquí vuestra merced,

que sin ser valona en cesto

pienso que me han de prender;  
señora, si sois piadosa,  
escondedme si podéis  
debajo del guardainfante  
si no hay otra parte en qué;  
diez alguaciles me siguen  
y escribanos más de seis,  
y aunque yo no he hecho causa  
ellos la sabrán hacer.

A un hombre ha muerto en la calle  
mi señor, y otro con él  
a seis valientes de a cuatro  
dieron heridas de a diez;  
no puedo contaros nada,  
porque estoy tal, por mi fe,  
que me iré por esta parte  
y aun por las demás me iré;  
y así con vuestra licencia  
quiero escudriñar y ver  
si encontraré algún tejado  
que esté a mano o esté a pie.

Con esto no soy más largo;  
perdonad, damas, sabed  
que si importa no ser visto,  
no ser oído también. (Éntrase.)

Salen EL CONDE y DON PEDRO.

CONDE. Ya estáis dentro de mi casa  
y en esta pieza podéis  
iros a esconder en tanto  
que yo os salgo a defender.

DON PEDRO. En fin, vos me dais palabra...

CONDE. De que la vida pondré  
por vos, y aun mi propia honra  
si la importare poner.

DON PEDRO. Esa palabra os admito.

CONDE. Id a retiraros, pues.

ALGUACIL. (Dentro.)

Entrad todos a la sala,  
abrid el cuarto.

CONDE. ¿Quién es?

Sale EL ALGUACIL MAYOR.

ALGUACIL. Señor conde de Belflor,  
en vuestra casa entró quien  
a vuestro hermano dio muerte;  
esta desdicha sabed,  
y pues dentro desta casa  
el mismo ofensor tenéis,

vos os buscad el castigo  
que tan necesario es,  
y no piense generosa  
templarme vuestra altivez,  
que he de ver toda la casa.  
CONDE. (Aparte. ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?  
Mi hermano fue el que murió  
y yo fui aquel que ayudé  
a su muerte, ¿quién se vio  
en tanta desdicha, quién?)  
Supuesto que está en mi casa,  
dejarme mirar podéis  
todo el cuarto, porque yo  
lo más oculto veré.

Esperadme en esta cuadra.  
ALGUACIL. Si es tan vuestro este interés,  
a vos os toca mandar  
y a mí toca obedecer.

(Vanse.)  
CONDE. Cerrar esta puerta quiero  
vete a ese cuarto y después  
puedes salir acá fuera.  
CASANDRA. Mortal te obedeceré. (Vase.)

CONDE. Buscar quiero mi venganza,  
desta manera ha de ser,  
yo quiero llamarle agora.  
¿Ah, caballero?

DON PEDRO. ¿Quién es?

Sale DON PEDRO.  
CONDE. ¿Conocéisme?  
DON PEDRO. Ya os conozco,  
sois el que esta noche fue  
quien me ayudó.

CONDE. Pues decidme,  
¿no me habéis visto otra vez?

DON PEDRO. No os he visto.

CONDE. ¿Ni tampoco  
con quien reñisteis sabéis?

DON PEDRO. Era algo oscura la noche;  
verdad es que sospeché  
que era un hermano del conde  
de Belflor; mas no lo sé.

CONDE. Ya que a deciros me allano  
lo que sabéis y dudáis,  
el muerto es el que pensáis,  
y yo soy el que es su hermano,  
la mano y palabra os di,

y yo os prometí ayudar,  
pero nadie puede dar  
palabra que es contra si.

DON PEDRO. ¿Pues con qué se satisface  
lo que queréis intentar?

CONDE. Con que os tengo de matar.

DON PEDRO. Dificultoso se me hace,  
y si lo queréis saber,  
puesto que solos estamos  
y sois valiente, riñamos.

CONDE. No es aquí donde ha de ser;  
mejor ocasión espero.

DON PEDRO. Pues esa ocasión buscad.

CONDE. Lo primero imaginad  
que os he de ayudar primero.

DON PEDRO. Pues llegad a declararme  
en mi animoso temer,  
cómo a un tiempo puede ser  
darme muerte y ayudarme.

CONDE. Ha de ser desta manera

lo que atento discurrí,  
daros el ayuda aquí  
pero la muerte allá fuera.

Airado a un tiempo y fiel  
he de resolverme, en fin:

ésta es llave del jardín  
bien podéis iros por él  
si mi propio dolor labra  
la venganza que protesto,  
quedando en ella bien puesto,  
quedo mal con mi palabra.

Y así por poder pagaros

lo que tan preciso es,  
para mataros después  
es lo primero ayudaros.

DON PEDRO. Pues preguntaros es bien  
lo que se me ofrece aquí:

¿me distéis libertad?

CONDE. Sí.

DON PEDRO. ¿Dísteme ayuda?

CONDE. También.

DON PEDRO. ¿Y mi acierto o mi crueldad  
a vuestro hermano mató?

CONDE. Vuestra espada le rindió.

DON PEDRO. ¿Por vos vivo yo?

CONDE. Es verdad.

DON PEDRO. ¿De suerte, Conde, de suerte,

que si no ingrato, homicida,  
os recompensó una vida  
con la culpa de una muerte?

CONDE. Cuanto habláis es evidente.

DON PEDRO. Pasemos más adelante,  
que esto es lo más importante.

¿No sabéis que soy valiente?

CONDE. Reñir a mi lado os vi  
resueltamente, por Dios.

DON PEDRO. Pues algo he de hacer por vos  
de cuanto hicisteis por mí.

CONDE. ¿Qué es lo que intentar queréis  
con tanta resolución?

Decidme vuestra intención.

DON PEDRO. Irme donde no me halléis,  
y pagar discretamente  
lo que os tengo prometido,  
que era ser desconocido  
querer ser con vos valiente;  
en nueva ofensa ha incurrido  
que obliga a duelo mayor  
aquel que siendo ofensor  
va a buscar el ofendido.

Yo, pues, que templanos trato,  
esta ofensa que en vos arde,  
quiero parecer cobarde  
por no parecer ingrato.

CONDE. Aunque me obliguéis, por Dios,  
que no me habéis de templanos,  
porque os tengo de buscar.

DON PEDRO. Yo he de apartarme de vos.

CONDE. No moderáis mi pasión.

DON PEDRO. Yo no la intento evitar.

CONDE. Digo que os he de buscar.

DON PEDRO. Ésa es vuestra obligación.

CONDE. Que no os provoqué ni os muevo  
a que osado os arrojéis.

DON PEDRO. Es que hacéis lo que debéis,  
y yo hago lo que debo.

CONDE. Pues verémonos los dos.

DON PEDRO. Yo pienso que no os veré.

CONDE. ¿No os digo que os buscaré?

DON PEDRO. Yo me apartaré de vos.

CONDE. ¡Esa es gallarda osadía!

Ved que parece temor.

DON PEDRO. Muchas veces es valor  
una honrada cobardía.

CONDE. Los dos somos dos extremos,  
que ofendemos y obligamos;  
pero si nos encontramos,  
¿Qué hemos de hacer?  
DON PEDRO. Reñiremos.  
CONDE. Ídos, no os hayan sentido.  
DON PEDRO. Ya el valor se ha declarado,  
yo estoy de vos obligado  
CONDE. Yo estoy de vos ofendido,  
y hoy he de ver en mi suerte  
mi venganza prevenida.  
DON PEDRO. Procuraré vuestra vida.  
CONDE. Yo he de intentar vuestra muerte.  
DON PEDRO. Serán los cielos testigos  
de la fe que pongo en vos;  
¿cómo quedamos los dos,  
pues me ayudáis?  
CONDE. Enemigos.  
DON PEDRO. Pues no os he injuriado yo.  
CONDE. Sí, pero habéisme ofendido.  
DON PEDRO. Y aunque no os he convencido,  
¿podré reduciros?  
CONDE. No.  
DON PEDRO. En efeto, ¿no os obligo?  
CONDE. Ni será posible.  
DON PEDRO. Adiós.  
CONDE. ¡Véngueme el cielo de vos!  
DON PEDRO. ¡Hágaos el cielo mi amigo!

#### Jornada segunda

Salen CASANDRA, EL CONDE y JACINTA.

CONDE. No parece este estudiante  
ni sé dónde se ocultó.

CASANDRA. ¿Supiste su nombre?

CONDE. No,

y era lo más importante;  
dile libertad fiel  
con debida voluntad,  
pero en toda la ciudad  
no hallo quién me diga dél.  
Mas buscarle determino  
de mi pasión irritado,  
del oculto poblado  
al más desierto camino.

CASANDRA. De no hallarte no te espantes,  
que como es esta ciudad  
también Universidad.

Hay variedad de estudiantes,  
y pues que no ha parecido  
tu ofensor, a lo que infiero  
debe de ser forastero.

CONDE. Eso es lo que he presumido;  
y dejando a mi esperanza  
con irritada advertencia,  
y fiando a la prudencia  
el riesgo de mi venganza,  
les quiero comunicar  
a las luces de tu espejo,  
por mirarme en tu consejo  
un contento y un pesar.

Por restaurar mi opinión  
ya sabes tú que sin mí  
a un caballero le di  
en la corte un bofetón.  
Sabes que estará irritado,  
pues yo quien le ofendo soy,  
que por esta causa estoy  
en Toledo retirado.

CASANDRA. No me vuelvas a contar  
lo que sé, prosigue.

CONDE. Digo,  
que me ha escrito un grande amigo  
que me ha venido a matar.  
Y agora aplicar intento  
con afecto desigual  
al acibar deste mal  
lo dulce deste contento.

También me ha escrito una dama  
a quien traté con rigor,  
que en el incendio de amor  
vuelve a habilitar su llama.

Y no admires inhumano  
violento el fuego en que arde,  
porque siempre olvida tarde  
la que quiso bien temprano.  
Que el que amor solía ser  
a ser delirio se pasa;  
que se ha mudado a otra casa,  
y, en fin, que la vaya a ver;  
a dos cuidados me obligo,  
cuando uno y otro me llama,

uno a buscar a mi dama,  
y otro a buscar mi enemigo;  
si a éste se arroja mi amor,  
queda esotro afecto en calma  
uno es incendio del alma,  
y otro incendio de rigor;  
si aquella ofensa he cumplido  
con satisfacción bastante,  
aquí vengo a ser amante  
y allá no soy ofendido.

Pues en lo que honor recela,  
¿cuál me ordenas que prosiga?  
¿un rigor que no me obliga,  
o un amor que me desveía?

CASANDRA. Esto quisiera saber.

CONDE. Di, que el consejo te pido.

CASANDRA. Una dama te ha ofendido.

CONDE. ¿Qué importa siendo mujer?

CASANDRA. Veme respondiéndolo, y di,  
de tu pasión mal guiado,  
¿esta ofensa que has callado  
es de honor?

CONDE. Casandra, sí

CASANDRA. ¿Y desbocado tu ardor  
quiere entrarse por tu labio  
a renovar el agravio  
de una mujer?

CONDE. Tiene amor.

CASANDRA. ¿Y tanto, en fin, acreditas  
esas pasiones ingratas,  
que la otra ofensa recatas  
y a estotra te precipitas?

Pues menos puedes temer,  
aunque el consejo te asombre,  
todo el agravio de un hombre,  
que el duelo de una mujer;  
aunque antes fuese querida,  
si después se ve ultrajada,  
es ira cuando olvidada,  
¿qué será cuando ofendida?

Y así por seguro digo,  
entre uno y otro temor,  
que solamente tu amor  
es tu mayor enemigo.

Y estará muy ciego o necio  
si por lograr tu esperanza,  
teniendo la otra venganza



no temes este desprecio.

CONDE. Ella me ha enviado a llamar,  
y esta noche la he de ver.

CASANDRA. No la vuelvas a ofender  
si no la intentas premiar;  
teme esta nueva mudanza,  
como advertido y discreto,  
¿no caben en un sujeto  
el amor y la venganza?

CONDE. Que me tiene amor advierto,  
y le he de corresponder.

CASANDRA. El amor de la mujer  
no se sabe cuando es cierto.

CONDE. No has, de llegar a obligarme,  
ni este incendio templarás.

CASANDRA. ¿No ves el riesgo en que estás?  
Mira...

CONDE. Yo sabré guardarme  
a otra casa se ha mudado,  
según escribe, y conmigo  
he de llevar un amigo.

CASANDRA. En notable tema has dado;  
mas si no bastan aquí  
para mitigar tu ardor  
mis ruegos ni mi temor...

(Llaman recio.)

CONDE. ¿Llamaron, Casandra?

CASANDRA. Sí.

CONDE. Abre esa antesala, pues.

CASANDRA. ¡Notable susto he cobrado!

JACINTA. Voy a ver quién ha llamado.

CONDE. Acabad, mirad quién es;  
si es el que ofendí, pensad  
que he de esperarle constante.

Sale UN CRIADO.

CRIADO. Señor, aquel estudiante  
a quien diste libertad,  
y a quien contanto cuidado  
para tomar recompensa  
de tu duelo y de tu ofensa,  
por la ciudad has buscado,  
dice que te quiere hablar.

CONDE. ¿Cómo buscándole, di  
me viene a buscar a mí?

CRIADO. No lo sé.

CONDE. Dejadle entrar.

(Baja el Criado trayendo el Estudiante.)

Por Dios, que no le he entendido;  
nuevo modo de templarme,  
ofensor viene a buscarme,  
¿qué hiciera más ofendido?

Pero con mi bizarría  
que no corresponde digo;  
mas él llevará el castigo.

DON PEDRO. Guarde Dios a vueseoría.

CONDE. ¿Cómo os habéis atrevido  
a costa de vuestra muerte  
a poneros desta suerte  
delante del ofendido?

¿De mi valor obligado  
no distéis palabra aquí  
de recataros de mí?

DON PEDRO. Es verdad que yo la he dado,  
y que la cumpliese es bien.

CONDE. A nueva pasión me incito,  
¿no sabéis que os solicito  
para mataros?

DON PEDRO. También.

CONDE. ¿Luego vuestro error se ve  
viniendo a buscarme vos?

DON PEDRO. Quedemos solos los dos,  
que luego os responderé.

CONDE. Vete, hermana.

CASANDRA. ¡Quién pudiera  
templar tan grande cuidado! (Vase.)

DON PEDRO. Echad fuera ese criado.

CONDE. Tú también vete allá fuera.  
para este castigo es bien  
acordar esta dolencia;

¿qué intentáis?

DON PEDRO. Si dais licencia  
cierra esta puerta también,

CONDE. En fin ¿qué queréis de mí?

DON PEDRO. Que leáis este papel,  
pasad los ojos por él.

CONDE. Dádmele, pues.

DON PEDRO. Veisle aquí.

CONDE. (Leyendo.)

«Pedro: Yo estoy sin honra; el ofensor es poderoso; yo estoy muy viejo; vos me dicen que sois valiente: estudiad vuestra venganza.

No os digo quien es la causa de mi deshonra hasta que me veáis, ni firmo hasta que me venguéis, que no es razón que estén juntos el nombre del ofensor y del agraviado, su es bien que se nombre vuestro padre quien no tiene honra que dejaros. Dios os guarde.»

DON PEDRO. ¿Entendisteis el papel?

CONDE. Digo que ya le he entendido.

DON PEDRO. Un padre tengo ofendido  
y mi agravio miro en él.

CONDE. Pues por el papel pensad,  
que aunque vuestro agravio veis,  
hasta ahora no sabéis  
quién os ofendió.

DON PEDRO. Es verdad.

CONDE. Ni quién ha sido.

DON PEDRO. Es así;  
esto es lo que lloraré.

Ni aún el mismo agravio sé.

CONDE. ¿Y queréis saberle?

DON PEDRO. Sí:

pues agora, ilustre Conde,  
que suspenso os califico,  
que generoso os venero,  
y valiente os determino,  
vengo a ampararme de vos;  
porque aunque sois mi enemigo,  
quien fue padrino a mi vida  
será de mi honor padrino;  
yo os di palabra, Señor,  
de huir de vos; mas colijo  
que no es romperla buscaros  
por tercero de vos mismo.  
Yo os tengo ofendido a vos,  
y ofendido un padre miro;  
el que me ha agraviado ignoro,  
la injuria no la he sabido,  
pues con lágrimas de honor  
que por el alma destilo,  
que estotras al rostro salen  
es que han errado el camino,  
o es también que el corazón,  
con apariencias de niño  
sino las vierte de pena  
las suele brotar de vicio;  
os pido que me soltéis  
la palabra, y también pido  
que corriáis ese ardor,  
en tanto que solicito

a mi agravio mi venganzas  
a mi ofensor el cuchillo,  
a mi pasión mi valor,  
mi templanza a mi delirio;  
seamos amigos en tanto  
que espada y pasión indigno  
para cobrar este honor  
que ya consulto perdido.  
Tiempo hay para nuestro duelo,  
y antes está más activo  
para obrar con más violencia  
un rigor envejecido;  
si yo riñese con vos  
agraviado, y por arbitrio  
de la fortuna os matase,  
quedaban a un tiempo mismo  
sin lustre vuestro valor,  
y vuestro honor destruido;  
y si vos me dierais muerte,  
no quedabais tan bien visto;  
pues elegid generoso  
este consejo o aviso,  
ayudadme a tener honra,  
pues con ella conseguimos  
dos honores, vos y yo:  
vos en tener enemigo  
con honra, y yo tener honra  
para ser con vos más digno.  
Mi agravio es vuestro también;  
porque si vos vengativo  
me pretendéis dar la muerte,  
y esta deshonra no evito  
es haceros otro agravio  
vengaros de un ofendido.  
CONDE. Ni se diga que es valiente  
quien no fuere compasivo,  
ni que es enemigo grande  
quien no supo ser amigo:  
amigo soy vuestro en tanto  
que examináis los caminos  
de cobrar el honor vuestro;  
y advertid, que no me obligo  
con la razón que me dais,  
que ése ha sido un silogismo  
que le oigo como aparente,  
y le habláis como a preciso;  
tiempo hay para mi venganza

y para vuestro castigo.  
Al que ha sido tan bizarro  
que romperme no ha querido  
una palabra que en él  
fuera cumplirla delito;  
al que siendo tan valiente  
me habla tan agradecido  
que mi propia obligación  
me cuenta por beneficio,  
téngale yo obligación;  
y así desde luego digo  
que en tanto que no os vengáis  
y que sepáis quién ha sido  
quién ofendió a vuestro padre,  
tengo de ser vuestro amigo;  
pero luego que vengado  
soseguéis el brazo altivo,  
segunda vez irritado  
mi llueva pasión indigno.  
Ésa es deshonra, esta ofensa,  
en mí no hay honor perdido,  
vos echáis el honor menos,  
pues ayudaros elijo;  
que vuestro amigo he de ser  
una y mil veces repito;  
vuestro enemigo después,  
porque en los dos se haya visto  
por duelos y obligación  
ser amigos y enemigos.  
DON PEDRO. Pues este rato que soy  
vuestro amigo, sólo os pido  
(porque quiero aprovecharme  
del tiempo en que os hallo fino)  
que me deis los pies.

CONDE. Mis brazos  
con los vuestros califico.

DON PEDRO. Pues, Señor, quedaos agora...

CONDE. ¿Dónde vais?

DON PEDRO. Ya determino  
ir a buscar a mi padre.

CONDE. Esperáos, porque he temido  
no haya alguno que os conozca,  
y que den a no tiempo aviso  
al corregidor que fuistes  
quien mató a mi hermano.

DON PEDRO. Digo  
que decía bien, ¿pues qué haré?

CONDE. Dentro en mi casa escondido  
(porque hay más seguridad  
donde se hizo el delito)  
podéis quedaros.

PEDRO. ¿Y cómo  
he de vengarme?

CONDE. Si os sirvo,  
iré a buscar vuestro padre;  
decidme quién es.

DON PEDRO. No elijo  
que sepáis quién es mi padre,  
porque si mi padre mismo  
no me escribe a mí su nombre  
con ser yo su propio hijo  
por ver que está deshonorado,  
no fuera bien parecido  
que diga yo pronunciado  
lo que él me ha negado escrito.

CONDE. Bien decís; en este cuarto  
entrad, que yo necesito  
para ir a ver una dama,  
a quien idolatro fino,  
por asegurar mi vida  
ir a buscar a un amigo  
que me guarde las espaldas;  
descansad, que he presumido  
que habréis llegado a Toledo  
muy cansado del camino.

DON PEDRO. Esperad por vida vuestra.

CONDE. ¿Qué queréis?

DON PEDRO. No me confío  
de vos.

CONDE. ¿Porqué?

DON PEDRO. Porque en vos  
aún dura el ser enemigos.

CONDE. Decid por qué.

DON PEDRO. ¡Vengo yo  
fiado en vos a deciros  
todo un deshonor que llevo  
y un agravio que suspiro,  
fío de vos mi dolencia  
y todo mi mal os fío,  
y no me fiáis a mí  
unas espaldas, y activo  
sabiendo que no sé huir  
vais a buscar otro amigo!  
Quedaos con Dios, señor Conde.

CONDE. ¿No veis que constante miro  
que estorbo vuestra venganza  
si os ocasiono a un peligro?

DON PEDRO. ¿Ello no ha de ser noche?

CONDE. Claro es.

DON PEDRO.                   Pues yo me convido  
a guardaros las espaldas.

CONDE. No lo consiento.

DON PEDRO.                   Ya digo  
que he de ir con vos, vive Dios.

CONDE. Vuestra quietud solicito,  
y así estorbar la venganza.

DON PEDRO. Si es desconfianza, os aviso  
que en llegando a dar palabra  
si fuera mi padre mismo  
contra vos, contra mi padre  
vibrara el acero limpio;  
y aunque importara mi honor  
(prenda que tan noble estimo,  
que está por alma del alma  
dentro del alma incluido),  
mi propio honor no mirara;  
que si valiente y benigno  
ponéis por mi honor el vuestro,  
al vuestro pospongo el mío.

CONDE. Pues no os quiero replicar,  
bien podéis venir conmigo.

DON PEDRO. Ya para acostarse el sol  
en el lecho cristalino,  
le están mullendo sirenas  
los transparentes de vidrio.

CONDE. Pues si es de noche, salgamos.

DON PEDRO. Otra vez agradecido  
al templo de vuestra re  
me entrego o me sacrifico.

CONDE. ¡Oh cómo os soy obligado  
aunque me siento ofendido!

DON PEDRO. ¡Oh cómo una sangre luce  
de la bizarría al viso,  
y cómo también me pesa  
que estando agora tan finos  
en acabando este duelo  
no hayamos de ser amigos!

(Vanse.)

Salen FÉNIX y BEATRIZ con luces.

BEATRIZ. En fin, ¿le enviaste a llamar  
habiéndote ya dejado?

FÉNIX. ¿Qué he de hacer si no he encontrado  
el camino de olvidar?

Dura inapagable ardor  
en mi ofendida esperanza,  
pues le quiero por venganza  
y tu piensas que es amor.  
Héle llamado (¡oh cruel!)  
por ver si le templo así,  
que ha de estar el riesgo en mí  
cuando está la ofensa en él.

BEATRIZ. Paga su temeridad  
con ingrata recompensa,  
y no achagues a su ofensa  
lo que hace tu voluntad.

FÉNIX. ¡Oh quién de mi llanto al precio  
feriara el mal que ha sentido,  
porque siento más su olvido  
que mi injuria y su desprecio!

BEATRIZ. Tus discursos no verás  
que están de razón ajenos;  
¿el desprecio sientes menos  
y el olvido sientes más?

FÉNIX. Sé que no es pasión muy necia  
la que yo lloro advertida,  
que el que desprecia, no olvida,  
pero el que olvida, desprecia.

El que amante despreció,  
si antes quiso a una mujer,  
puede volverla a querer,  
pero el que la olvida no;  
y para mi conclusión  
estos afectos admira,  
desprecio es pasión de ira,  
y el olvido no es pasión.

Luego bien le colegido  
por discurso natural,  
que el desprecio es menor mal  
y mayor el del olvido.

BEATRIZ. Digo, Fénix, que no dudo  
lo que arguyes, mas me espanto  
que discurrir puedas tanto.

FÉNIX. Es el dolor muy agudo;  
mas deja, que en mis enojos,  
o puntual o prudente  
pague en aljófar corriente  
censo de plata a mis ojos.

BEATRIZ. Dime, Señora, en rigor,



porqué tu llanto me admira  
tus lágrimas ¿son de ira  
o son lágrimas de amor?  
FÉNIX. En mi pena y mi mudanza  
fácil puedes conocer,  
que estas que miras verter  
son lágrimas de venganza.  
BEATRIZ. En una materia tocas  
que no acierto a discurrir,  
en qué lo he de colegir.  
FÉNIX. En que salen tarde y pocas.  
BEATRIZ. ¿Pues qué precisa evidencia  
me has asegurado aquí  
para conocerlo así?  
FÉNIX. Óyelo con experiencia  
para entenderlo mejor;  
si lo reparas verás  
que siempre concurren más  
las lágrimas del amor.  
Pues ya a la experiencia llevo;  
como este cuerpo mortal  
es un leño racional,  
y el amor le prende el fuego,  
a esotro leño imitando,  
cuando el fuego está prendiendo,  
por una parte está ardiendo  
y por otra está sudando.  
La experiencia por despojos  
distingue con atención,  
arde por el corazón,  
pero suda por los ojos;  
pues hoy al contrario mira,  
si a los ojos se previenen,  
la diferencia que tienen  
las lágrimas de la ira.  
No hallando la ira esperanzas  
de ejecutar sus pasiones,  
ni por la boca en razones,  
ni por el brazo en venganzas,  
ardiendo con la pasión,  
no viéndose satisfecho,  
se aprieta dentro del pecho  
o se exprime el corazón.  
Pues para templar su ardor,  
a los ojos los da en tanto  
aquel que parece llanto  
y es un leve trasudor.

Pues si cuando me provocho  
a violentar mi ardimiento,  
para templar mi tormento,  
lloro tarde y lloro poco,  
por evidencia mejor  
o por consecuencia admira  
que es todo mi llanto ira  
y no llanto mi dolor.

BEATRIZ. Mi Señora, a lo que infiero,  
como la noche cerró,  
gallo que ya se pasó  
está ya en su gallinero;  
y la noche se ha trocado  
más cerrada al parecer  
que un portugués mercader  
cuando le piden prestado.

FÉNIX. A estas horas le escribí  
me viese.

BEATRIZ. ¿Y hasle avisado  
como nos hemos mudado  
a esta casa?

FÉNIX. Beatriz, sí.

BEATRIZ. Pues aquí esperando estoy,  
a esotra cuadra se ve,  
y la seña escucharé  
del Conde.

FÉNIX. Pues yo me voy.

BEATRIZ. Saliera tu intento vano  
si tu hermano te encontrase,  
que es posible que llegase  
de Salamanca tu hermano.  
Y porque mi duda cuadre  
esta advertencia prevengo.

FÉNIX. Yo le he dicho que no tengo  
mas pariente que a mi padre,  
que como sin ver mi honra  
mi ardiente amor me ha vencido,  
no quise hacer conocido  
mi hermano por mi deshonra.

BEATRIZ. Digo que hiciste bien.

FÉNIX. Pues  
esas sospechas reporta,  
que aunque le encuentre, no importa,  
porque no sabrá quién es;  
yo me retiro. (Vase.)

BEATRIZ. Y yo creo  
que en la escalera he sentido,

si no me engaño, ruido:  
¿quién es? ¿quién sube?

Sale CRISPINILLO.

CRISPINILLO.

Laus Deo.

BEATRIZ. ¿Crispín?

CRISPINILLO.

¿Beatriz?

BEATRIZ. (Aparte.)

¡Que llegó

a esta ocasión! ¿Qué temor?

CRISPINILLO. ¿Entró en casa mi Señor?

Porque ya ha llegado.

BEATRIZ.

No.

CRISPINILLO. Juntos habemos venido.

BEATRIZ. Di, ¿a qué? (Aparte. ¡Terrible pesar!)

CRISPINILLO. Su padre le envió a llamar;

la causa no la he sabido.

BEATRIZ. Oye, vete a recoger,

porque vendrás muy cansado.

CRISPINILLO. No vengo.

BEATRIZ. (Aparte. Si da en porfiado

lo ha de echar todo a perder.)

Tu señor ¿dónde quedó?

Ve a buscarle donde le halles.

CRISPINILLO. Al cruzar las cuatro calles

se me desapareció,

que fue alguna causa infiero,

que esto en tal ocasión pasa.

BEATRIZ. Si se ha ido a la otra casa,

donde vivimos primero,

como estotra casa ignora,

que esto es lo que he imaginado...

CRISPINILLO. Puede ser, que yo me he estado

en encontrar ésta una hora.

BEATRIZ. Búscale.

CRISPINILLO.

Porfiada estás,

cuando ves que estoy cansado.

BEATRIZ. Pues vete a acostar, menguado,

porque así descansarás.

CRISPINILLO. Aunque más esté rendido

la cama me desespera,

¿no me dejarás siquiera

hablar de recién venido?

BEATRIZ. (Aparte.)

¡Hay tan gran flema! ¿Qué haré?

Si a que llegue el Conde espero..

CRISPINILLO. Pregúntame algo.

BEATRIZ.

No quiero.

CRISPINILLO. Pues yo te preguntaré.

BEATRIZ. Vete a acostar. (Aparte. ¿Qué he de hacer?)

CRISPINILLO. ¡Ay tal tema! ¿Qué me quieres?

Cierto, Beatricilla, que eres  
desconversable mujer.

BEATRIZ. (Aparte.)

No me basta hacerle fieros  
para echarle de mi lado:  
no he visto hombre tan pesado.

CRISPINILLO. ¿Sabes algo de ligeros?

BEATRIZ. (Aparte.)

Si conmigo se repunta  
le sabré dar a entender...

CRISPINILLO. La respuesta debe ser  
como ha sido la pregunta.

-Un día al amanecer  
dijo un tuerto a un corcovado:

Muy de mañana ha cargado  
vuesarced al parecer.-

-Ya se ve que es de mañana,  
dijo el corcovado al tuerto,  
pues que vuesarced no ha abierto  
más de esa media ventana.-

BEATRIZ. ¿Quieres irte a recoger,  
que así no me satisfaces?

¿Cuánto yo te pido haces,  
y esto no quieres hacer?

CRISPINILLO. -Escribió un hombre a Zamora:

tres os he escrito con ésta,  
y no he tenido respuesta  
si no es de dos hasta agora.-

El ejemplo se verá,  
que así deste modo ha sido,  
pues de lo que aún no has pedido  
quieres la respuesta ya.

(Ruido en la calle.)

BEATRIZ. (Aparte. La seña es ésta, ¡qué enojo!  
el Conde.) ¿Qué le diré  
que le irrite? Calvo.

CRISPINILLO. A fe  
que diera por serlo un ojo.

BEATRIZ. Calvo.

CRISPINILLO. Sí ser calvo igualo  
con el bien menos ajeno.

BEATRIZ. ¿Pues qué hay en los calvos bueno?

CRISPINILLO. ¿Pues qué hay en los calvos malo?  
Tu sinrazon se comida,



sola estoy, pues va de tercio.

¡Ce! ¿Sois vos?

Sale EL CONDE al paño.

CONDE. Sí, mi Beatriz.

BEATRIZ. No pude salir más presto,  
porque hay un criado en casa,  
que es después de ser muy necio,  
tan flemático que puede  
ser guarda de un monumento;  
al cuarto quiero llevarte  
de Fénix.

CONDE. Mata primero  
esa luz, porque conmigo  
viene un amigo y no quiero  
que te conozca.

BEATRIZ. Bien dices,  
ya la mato. (Mátala.)

CONDE. No tan presto.

BEATRIZ. Yo la volveré a encender,  
que aún tengo mi amor entero,  
y podré con otro soplo  
ponerla como de nuevo.

Sale DON PEDRO al paño.

CONDE. Déjale estar ya: llegad  
a aquesta sala, don Pedro.

DON PEDRO. ¿Es dama de la Noruega  
esta dama?

CONDE. En este puesto  
podréis más seguramente  
preveniros a mi riesgo (Tiente la silla.)  
si ella está aquí, os asentad.

DON PEDRO. Lo que ordenas obedezco. (Siéntase.)

BEATRIZ. Ven conmigo, no te sienta  
el caduquísimo viejo,  
que tiene un sueño más frágil  
que un ayuno.

(Tome de la mano Beatriz al Conde.)

CONDE. Ya te entiendo.

BEATRIZ. ¿Oyes?

CONDE. ¿Qué dices?

BEATRIZ. Y pisa...

CONDE. ¿Qué es lo que quieres?

BEATRIZ. Tan quedo,

que te parezca que pisas,  
según caminas atento,  
los huevos de las despensas  
que desotros no hay un huevo. (Vase.)

DON PEDRO. Corrido me hallo, por Dios,  
de haber venido a este empeño  
un hombre que es mi enemigo;  
pero no pudo ser menos  
no habrá la aurora salido  
a prevenirle aposento  
por la eclíptica de luz  
al rey de tantos luceros,  
cuando vaya a ver mi padre,  
y mi deshonor sabiendo,  
vengue con mi indignación  
mi deshonor; mas no quiero  
hacer entes de razón  
en agravios verdaderos.

Sale DON LUIS, con espada y broquel, medio desnudo.

DON LUIS. O me ha engañado el oído,  
que anda a los males atento,  
o es que mi sospecha ha sido  
imaginación del miedo;  
o he escuchado hacia esta sala  
pasos, y sin luz pretendo  
examinar este indicio;  
porque si no es verdadero,  
es haberle consentido  
dar a entender que lo creo.

DON PEDRO. ¡Que esté mi padre ofendido  
y que acuda yo primero  
al honor de mi enemigo  
que no al de mi padre mismo!  
(Dé un golpe en la silla.)

DON LUIS. Golpe escuché en una silla  
hacia aquí, y a lo que entiendo,  
al compás que están obrando  
continuos los movimientos.  
La baqueta y el nogal  
se están quejando del peso;  
si me arrojó puede ser  
que huya quien es, pues yo apruebo  
ver con luces mi deshonor,  
que quiero ser el primero  
que en vez de ocultar el mal  
dé luz a su agravio mismo. (Vase.)

DON PEDRO. ¿Quién puede ser esta dama  
adonde hay tanto riesgo, (Levántese.)  
en este barrio que nunca  
conocer yo en Toledo  
las damas de mejor porte

he visto aquí? Mas ¿qué es esto?  
(Mire don Pedro hacia el vestuario.)

Luz es ésta, vive Dios,  
y por las espaldas veo  
a un hombre, que desnudando  
de la vaina va el acero,  
encargando al diestro brazo  
la espada, y dando al siniestro  
una luz, indigna airado  
valor y razón a un tiempo.  
Avisar quisiera al Conde,  
pero no me toca hacerlo,  
a la defensa he venido  
y no al aviso, yo intento,  
pues prometí la defensa,  
cumplir con lo que prometo.  
Mataréle. (Saque la espada.)

Al entrar don Pedro con la espada, sale DON LUIS con espada y luz.

DON LUIS. Morirá.

Pero, ¿qué miro?

DON PEDRO. ¿Qué veo?

DON LUIS. ¿Hijo?

DON PEDRO. ¿Señor?

DON LUIS. ¿Ya has venido?

¡Cuánto de verte me alegro!

¿Quién te abrió tan tarde, hijo?

¿Por dónde entraste aquí dentro?

¿Has venido a tu venganza?

¿Sabes ya tu agravio mesmo?

Mas ¿cómo el rostro indeciso,

el brazo airado y suspenso,

templada la indignación

con prolijos sentimientos,

cuando te llamo a venganzas

te confundes en silencios?

DON PEDRO. Padre, ¿cómo vos aquí?

¿Cómo yo...?

DON LUIS. Hijo, ¿qué es esto?

¿Qué turbación ha dejado

embarazado tu aliento,

si no es que va te has vengado

habiendo sabido el dueño

de mi ofensa, que un agravio

no sabe durar secreto?

DON PEDRO. De tus pasiones llamado

a satisfacerte vengo;

pero responde, Señor,



¿esta es tu casa?

DON LUIS. Sí, Pedro;

aunque ésta no es a tu casa.

DON PEDRO. ¿Por qué?

DON LUIS. Porque no tenemos  
aquel honor...

DON PEDRO. Calla, padre,

no sueltes la voz del pecho;

mas dime todo mi mal,

dile, Señor, porque temo

que en dudar mi deshonor

hay más evidente el riesgo,

pues moriré de dudarle

y viviré de saberlo.

(Aparte. Mas ¿quién se ha visto cerrado  
de tan contrarios efectos?

Mi enemigo está en mi casa

y yo, acompañarle vengo;

tengo hermana, y aunque es noble,

es mujer, que a un tiempo mismo,

por el honor de mi padre

me está obligando otro duelo;

si éste pretendo saber

otra deshonor recelo,

pues acudamos, honor,

a esta dolencia primero.

Allí la ofensa es dudosa

y aquí es el agravio cierto,

allí aún no estoy ofendido,

aquí aún no estoy satisfecho.

Pues si aquella aún no es deshonor,

esta deshonor apuremos.)

Dime, padre, ¿quién ha sido

quien ha profanado el templo

de mi honor? Y di también,

¿qué ofensa es la que te han hecho?

DON LUIS. Hay en aquesta ciudad...

DON PEDRO. Di, Señor.

DON LUIS. Un caballero

que atrevido...

DON PEDRO. No te pares.

DON LUIS. Procuró...

DON PEDRO. Dilo de presto.

DON LUIS. Quisiera decirte el mal

del modo que yo le siento.

DON PEDRO. Ayúdate de la ira,

y le dirás.



¡quién se vio en tan grande empeño,  
que por librar su enemigo  
ofenda a su padre mismo!

DON LUIS. Entra, Pedro.

DON PEDRO. No es posible.

DON LUIS. Déjame pasar.

DON PEDRO. No puedo.

(Dentro ande ruido.)

FÉNIX. (Dentro.)

¡No has de salir, vive Dios!

DON LUIS. Voces y pisadas siento.

DON PEDRO. Detente, padre.

Sale EL CONDE.

CONDE. Ya estoy

a vuestro lado, don Pedro.

Sale FÉNIX.

FÉNIX. Y yo a tu lado también

defender mi vida quiero.

Mas, ¡cielos! éste es mi hermano,

viva estatua soy de hielo.

DON PEDRO. Mi hermana y el Conde, ¡oh penas!

DON LUIS. Mi hijo y mi enemigo, ¡oh cielos!

CONDE. Su hijo dice, ¡qué desdichas!

FÉNIX. Mi muerte aguardo, ¡qué miedo!

DON LUIS. Hijo, aqueste es tu enemigo

y aqueste es el caballero

que me ofendió, ¿cómo vuelves

tú por tu enemigo mismo?

DON PEDRO. Dices bien, y sólo arguyo,

que siendo tanto el empeño,

aunque veo mi palabra

cuando mi deshonra veo,

entre el honor y palabra

es mi venganza primero:

¡muere, traidor!

CONDE. Esperad;

valor guardo y guardo acero

para quitaros la vida,

pero esto avisaros debo

en ley de noble linaje

cumplo aquello que prometo.

A mi hermano distes muerte,

y no sólo, oídme atento,

no os maté, pero os fié

lo más oculto del pecho,

en mi casa os amparé

contra mi ofensa dispuesto,

¿y vos dentro en vuestra casa  
queréis matarme? Pues demos  
la indignación a la ira  
y la pasión al efecto.

Pero quiero que acredite  
quien supiere nuestro empeño  
que no hacéis lo que debéis  
y yo hice lo que debo.

DON PEDRO. Tiene razón, vive Dios,  
primero era suyo el duelo,  
primero me dio la vida,  
y me dio libertad luego,  
después me amparaba noble,  
y agora matarle intento,  
si le dejo, estoy sin honra,  
y falto si no le dejo  
a obligación y palabra;  
¡cómo haré, piadosos cielos  
para darle libertad  
y darle la muerte a un tiempo!

DON LUIS. Con la muerte de su hermano  
la obligación te confieso,  
y la palabra también;  
pero cuando le hayas muerto,  
no se desdora tu sangre,  
que si él como caballero  
te socorrió, en el socorro  
queda su honor más bien puesto;  
aquí hay agravio, y agravio  
pide la venganza luego,  
luego no debes pagar  
esta obligación, supuesto  
que en ti viene a ser infamia  
lo que en él era trofeo.

DON PEDRO. ¡Quién para tantas pasiones  
pudiera buscar un medio!  
Pero medie a mi cuidado  
la ejecución de mi acero.

CONDE. Ea, don Pedro, riñamos;  
mas una cosa os acuerdo,  
que me distes la palabra  
de ayudarme en cualquier tiempo  
contra vuestro propio padre.

DON PEDRO. Es verdad.

DON LUIS. Los cumplimientos  
no obligan a las deshonras.

CONDE. Y añadistes demás desto,

que aunque importara la honra  
que tenéis.

DON PEDRO. Yo lo confieso.

DON LUIS. Mira que son aparentes  
todos esos argumentos,  
respóndate con tu honor.

CONDE. ¿Qué intentas?

DON PEDRO. Vengarme apruebo.

DON LUIS. ¿Pues, qué esperas?

CONDE. ¿Pues, qué aguardas?

DON LUIS. Yo te irrito.

CONDE. Yo te aliento.

DON LUIS. Yo te enojo.

CONDE. Yo te obligo.

FÉNIX. Prevenir quiero mi riesgo,  
huir quiero esta desdicha. (Vase.)

DON PEDRO. Esto ha de ser.

DON LUIS. No te muevo.

CONDE. ¿Qué respondes?

DON PEDRO. Ya me arrojó:

pagarte y matarte debo.

CONDE. ¿Cómo ha de ser?

DON PEDRO. Desafortunadamente.

DON LUIS. ¿Qué intentas?

DON PEDRO. Oye mi intento:

dos somos mi padre y yo,  
con que matarte podremos,  
y no es bien que mi valor  
se valga de mis excesos.  
Tú en tu casa me libraste  
por un jardín, pues yo quiero  
hacer lo propio en la mía:  
tú me has traído a este puesto,  
aquí te defendiendo yo,  
aquí defenderte apruebo;  
tú eres bizarro y valiente  
y noble, y esto supuesto  
cuando te buscare airado  
presumo hallarte resuelto.  
Tú me dijiste, después  
que me libraste del riesgo,  
que quedabas mi enemigo,  
pues con igual sentimiento  
no sólo te correspondo,  
mas presumo que te excedo;  
con ser agravio el que lloro  
y tú una ofensa, que es menos;

aquí no te he de matar,  
pero buscarte resuelvo  
en saliendo desta casa  
con voces que exhale al viento,  
iras que indigne mi brazo,  
quejas que encargue a mi pecho;  
con dilatar mi venganza  
te pago lo que te debo,  
pues con matarte en la calle  
te satisfago y me vengo.  
Tú procuras la defensa  
de tu hermano, y yo pretendo  
la venganza de mi honor;  
ya yo tengo satisfecho  
el duelo de tu amistad,  
y tu como noble has hecho.  
Obligados y ofendidos  
estamos a un mismo tiempo,  
el un duelo está acabado  
esotro duelo empecemos.  
CONDE. Pues a la calle salgamos,  
que aunque agora me suspendo,  
es por no echarte a perder  
lo mismo que te agradezco.  
DON LUIS. ¿A tu ofensor dejas ir?  
DON PEDRO. Sabrále buscar mi acero.  
DON LUIS. Advierte que puede ser...  
CONDE. Buscarte también prometo.  
DON LUIS. ¿No ves que eres agraviado?  
DON PEDRO. Tú me verás satisfecho.  
DON LUIS. La tuya no es más de ofensa.  
CONDE. ¿No ves que es mi hermano el muerto?  
DON LUIS. La ira temple tu brazo.  
DON PEDRO. Antes pienso que la esfuerzo.  
DON LUIS. ¿Te irás?  
CONDE. No huyen los nobles.  
DON LUIS. ¿Te vengarás?  
DON PEDRO. Tengo esfuerzo.  
DON LUIS. Pues vete.  
CONDE. Hallarásme airado.  
DON LUIS. Lo que harás...  
DON PEDRO. Veráslo presto.  
CONDE. Librar a Fénix procuro.  
DON PEDRO. Matar a Fénix prometo.  
DON LUIS. Irritar su espada juro.  
CONDE. ¡Ayude el cielo mi intento!  
DON PEDRO. ¡Líbreme el cielo de mí!

DON LUIS. ¡Déjeme vengar el cielo!

Jornada tercera

Salen FÉNIX, medio desnudo, y El CONDE de priesa: entran y cierran una puerta.

CONDE. Reduce al rostro el color  
que ya estás libre.

FÉNIX. De suerte,  
que por huir de una muerte  
me ha cogido un deshonor;  
¡que esto a mi nobleza pasa!  
Turbada llego y mortal.

CONDE. ¿Cuándo no fue torpe el mal?

FÉNIX. ¿Dónde estamos?

CONDE. En mi casa;  
y estando mi hermana aquí,  
para tu pena recelo  
que hallarás dulce consuelo.

FÉNIX. ¿Y estamos seguros?

CONDE. Sí.

FÉNIX. ¿Y si mi hermano me alcanza,  
que pienso que me siguió,  
y aún me vio entrar?

CONDE. No te vio,  
que es muy ciega la venganza;  
mi prudencia te convida  
a divertir el temor.

FÉNIX. ¡Si volvieras por mi honor  
como vuelves por mi vida!

CONDE. Tiempo hay.- ¿Casandra?

Sale CASANDRA.

CASANDRA. ¿Quién llama?

Hermano, tú tan turbado,  
¿qué me ordenas?

CONDE. Ten cuidado,  
Casandra, con esta dama,  
porque importa a su opinión  
y a defenderla me atrevo,  
supuesto que pagar debo  
a su amor mi obligación.

Tras mí procuró vengar  
su hermano el fuego en que arde,  
y era parecer cobarde  
no salirle yo a buscar;  
elija, pues, mi rigor

la venganza permitida,  
ya he defendido tu vida,  
ahora falta mi honor.

FÉNIX. Tente, porque más tirano  
presumo perderte así,  
pues he de perderte a tí  
o he de perder a mi hermano;  
y perderte a tí es peor  
según a mi agravio acuerdo,  
que en él un hermano pierdo,  
pero en tí pierdo un honor;  
pues si puedo desta suerte  
a mi deshonor cobrarte,  
mucho más de provocarte  
debo elegir de temerte.

CASANDRA. No he de aconsejarte tal:  
buscar quien fuere preven,  
que si a tu honor le está bien,  
a tu valor le está mal.

CONDE. Pues deja que airado intente  
cobrar la ocasión que pierdo.

FÉNIX. No es ser cobarde ser cuerdo.

CASANDRA. Ni ser cuerdo es ser valiente.

FÉNIX. Hacer forzoso el rigor  
no es valor, sino locura.

CASANDRA. Y lo que nombran cordura  
siempre suele ser temor.

CONDE. Dejad de porfiar las dos,  
que yo sé lo que he de hacer.

FÉNIX. Oye.

CASANDRA.                   Advierte.

CONDE.                               Esto ha de ser:  
guarda esta dama, y adiós. (Vase.)

FÉNIX. Si son tantos mis enojos  
y mi desconsuelo es tanto,  
¿qué hace en mi pecho mi llanto,  
y qué hacen sin él mis ojos?  
Pero un consuelo me espera,  
que si no sube a su centro,  
será ponzoña allá dentro  
y será alivio acá fuera.

CASANDRA. Quién eres quiero saber,  
tú que para dolor tanto  
me hablas con lengua de llanto.

FÉNIX. Una infelice mujer.

CASANDRA. Di, ¿cuál ha sido el rigor  
que reducidas en hielo



pagó lluvias a tu cielo?

FÉNIX. Un agravio y un amor.

CASANDRA. Bella dama, ¿dime pues  
quién fue el ingrato y tirano  
que te ha ofendido?

FÉNIX. Tu hermano.

CASANDRA. ¿Y tu nombre?

FÉNIX. Fénix es.

CASANDRA. Pues no a tu desvelo asombre  
receloso tu temer

que ya llego a conocer  
tu desdicha por tu nombre;  
ya mi hermano me ha contado

tu fineza y su vigor,  
su ingratitud y tu amor,  
su descuido y tu cuidado;

y pues no quiero tu error  
que me declares, te pido  
¿qué es lo que te ha sucedido?

FÉNIX. No tiene lengua el dolor.

CASANDRA. No procures vergonzosa  
callar, tu error por tu fama,

que del amor en la llama  
ardo también mariposa;  
dime tu mal declarado

para consolar tu olvido,  
que, Pues, digo que he querido  
también confieso que he errado.

FÉNIX. No permitas que te diga  
mal que aún no se comprende,  
y pues sabes quién me ofende,  
sepa de ti quién te obliga:

ya que sé que eres amante  
sepa la causa, en efeto.

CASANDRA. Tengo amor, pero es secreto;  
un caballero estudiante  
arde en mi pecho inhumano.

FÉNIX. El dueño me nombra, pues.

CASANDRA. Don Pedro Céspedes es.

FÉNIX. Ése, Casandra, es mi hermano.

CASANDRA. Luego aquí con dos extremos,  
cuando el amor nos rendimos,  
de un accidente morimos.

FÉNIX. De un achaque adolecemos.

CASANDRA. Que una es nuestra causa arguyo  
a no intervenir desdén,  
a tu hermano quiero bien.

FÉNIX. Y yo tengo amor al tuyo;  
ya en vano la voz impido,  
si a mi lengua he despertado:  
yo le amo solicitado.

CASANDRA. Y yo te ignoro admitido:  
mas ¿cómo has venido aquí  
triste, turbada y mortal?

FÉNIX. ¿Dirásme luego tu mal?

CASANDRA. Si diré.

FÉNIX. Pues oye.

CASANDRA. Di.

FÉNIX. Tan compadecida  
te oiré como atenta,  
por anticiparte  
la atención siquiera.

Y así ¿mas, qué es esto?

Ruido hay allá fuera,

¿quién será?

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ. Yo soy.

FÉNIX. ¿Beatriz tan suspensa?

CASANDRA. ¿Qué traes?

FÉNIX. Dilo presto.

BEATRIZ. Traigo malas nuevas.

CASANDRA. ¿Es muerto don Pedro?

BEATRIZ. No es muerto.

FÉNIX. Habla apriesa,  
¿y el Conde?

BEATRIZ. Tampoco.

FÉNIX. El suceso empieza.

BEATRIZ. Oíd que me importa  
que me estéis atenta.

Aquel estudiante  
que tiene las letras,  
pocas, pero grandes;  
grandes, pero buenas;  
aquel que tu padre  
le hizo en la turquesa  
donde tú naciste  
sin gana y por fuerza,  
salió con el Conde  
por las nuestras puertas  
a dar estocadas  
tales como buenas,  
al tiempo que tú  
pusiste discreta,  
si no en polvorosa,

pies en polvareda.  
Tú que al Conde viste,  
por un lado llegas,  
haces que en su casa  
te libre por fuerza,  
con la obscura noche  
librarte aprovecha.  
Pues el tu hermanico  
que a la calle llega,  
y no encuentra al Conde,  
por vengar su ofensa,  
verbos por la boca  
con sus nombres echa,  
todos en romance,  
que en latín los yerra.  
La justicia entonces,  
que andaba de pesca,  
las varas por callas,  
la vista por cuerda,  
y en lugar de anzuelos  
corchetes con lengua,  
topa con tu hermano,  
con «¿quién va?» le llegan  
«nadie va», responde;  
no lo dijo en estas  
cuando a estotras dicen  
todos «resistencia»;  
«yo no me resisto»,  
les responde apenas,  
cuando como diablos  
le incitan y tientan.  
«Éste es», dijo el uno,  
dándole linterna,  
«el que al noble Arnesto  
dio la muerte fiera».-  
«¿Qué Arnesto, les dijo,  
es éste que cuentan?»-  
«Hermano del Conde»,  
dijo otro en la rueda.  
«Nego», dijo entonces  
tu hermano en respuesta.  
«Probo», le responden,  
y haciéndole señas  
uno, que lo deje  
correr por su cuenta  
que él le sacará  
por la puerta afuera,

por la puerta adentro  
de la cárcel le entran.  
Aqueste es el caso  
al pie de la letra.  
El Conde, tu hermano,  
me hizo que viniera  
a avisarte porque  
su prisión supieras.  
Tu padre, Señora,  
quedó de poeta  
cuando le han silbado  
su amada comedia.  
Y llorando amores  
su triste tragedia,  
hecho Jeremías  
de ti se lamenta.  
A Crispín también  
a la cárcel llevan,  
el caso has oído  
y volverme es fuerza.  
Soy leal criada  
tu padre me espera,  
no le queda en casa  
nadie que le venda;  
voyle a consolar,  
y así sin licencia  
(que esto del pedirla  
es cosa muy vieja),  
Fénix, de retorno  
vendré a que me veas.  
FÉNIX. De suerte ¡oh desdichas!  
que ya no les queda,  
ni a mi mal alivio,  
ni a mi amor defensa.  
CASANDRA. De suerte ¡oh desvelos!  
que ya con tal nueva,  
del mar del amor  
entré en la tormenta.  
FÉNIX. Del Conde mi amante  
es justo que tema,  
que, pues es ingrato,  
vengativo sea.  
CASANDRA. De mi hermano juzgo  
que su muerte quiera,  
que viven unidas  
venganzas y ofensas.  
FÉNIX. Pues sea el alivio

para tantas penas,  
que hay dolor que mate  
si hay honor que ofenda.  
CASANDRA. Pues salga esta llama  
que estando encubierta  
el mismo disfraz  
la dio más violencia.  
FÉNIX. Salga por mis ojos  
sangre de mis venas,  
sea coral fino  
y aljófar parezca.  
CASANDRA. Ver quiero a don Pedro  
en la cárcel mesma,  
más soy de mi amor  
que no de mi ofensa.  
FÉNIX. Si ya no hay socorro,  
¿qué espera esta fuerza  
sitiada de males  
que al mal no se entrega?  
CASANDRA. Por mí dio a mi hermano  
la muerte sangrienta,  
y no me ha ofendido  
quien por mí se arriesga.  
FÉNIX. Parte es mi ofensor,  
y siéndolo quedan  
viva tu venganza  
y mi fama muerta.  
CASANDRA. Pues amor, a obrar.  
FÉNIX. A morir, violencias.  
CASANDRA. Désele a este fuego  
más noble materia.  
FÉNIX. Rebelde mi vida,  
¿a qué es lo que espera?  
CASANDRA. Amor obstinado,  
¿cómo no se aumenta?  
FÉNIX. ¿Para qué la muerte  
con tanta pereza?  
CASANDRA. ¿Para qué la vida  
si no vivo en ella?  
FÉNIX. Pues voy a sentir...  
CASANDRA. Pues voy a que sepan...  
FÉNIX. Males de mi agravio.  
CASANDRA. De mi amor finezas.  
FÉNIX. Mas ¿cómo es posible  
que guarde secretas...?  
CASANDRA. Que no es medicina  
que calle mi lengua...

FÉNIX. Quejas de mi agravio.

CASANDRA. De mi amor violencias.

LAS DOS. Que amor oculto es calentura lenta  
que es más dañosa cuanto más secreta.

Cárcel.

Salen por dos puertas EL BORREGO, EL CERNÍCALO, EL MELLADO, CHISPA, EL  
GANCHUELO, CRISPINILLO, uno con un pedazo de queso, otro con una taza de cuerno,  
otro con pan y cuchillo, y otro con rábanos, y CHISPILLA con un jarro grande.

MELLADO. Aquí ha de ser, voto a cual,

y pues que solos nos vemos,

la palabra remoжемos.

CERNÍCALO. Meor será la canal.

CRISPINILLO. No hay tan honrada cuadrilla

en la Alemania ni España.

(Siéntense en el suelo.)

BORREGO. Tráguese en amor compañía.

CRISPINILLO. Echa de colar, Chispilla.

CHISPILLA. Vive el dador que da gloria

vernos tanto, ya lo jago.

MELLADO. Gidalgos, con cada trago

casuno cuente su hestoria,

avizore la atalaya,

no mos vean.

CHISPILLA. Eso quiero.

CERNÍCALO. Oyen, jágase primero

nuestra cerimoña.

TODOS. Vaya.

MELLADO. Levántome, pues, a obrar. (Levántase.)

CRISPINILLO. Digo que empiece el Mellado,

que es buen probete y honrado.

MELLADO. Pues yo quiero escomenzar;

tomo el jarro, y brujas fuera,

en nombre de la allabada. (Menéale.)

GANCHUELO. Ea, empezá, camarada. (Dale la taza.)

MELLADO. Venga la columpiadera.

(Echa vino en la taza.)

Así como ellombre indino,

creatura de Dios y el cielo,

derrama por este suelo

estas dos tazas de vino, (Derrámalas.)

así vertidas estén

todas las sangres que fueren

de aquellos que mal nos quieren,

y digan todos:

TODOS. Amén.

MELLADO. Ya que hacemos la razón...

CRISPINILLO. ¿Por qué en esto mos paramos?

MELLADO. ¡Brindis a que mos veamos  
en la puerta del Cambrón!

CRISPINILLO. Dice bien, muy justo es.

MELLADO. Pues yo que la mano llevo  
con vuesa licencia bebo.

CRISPINILLO. Beba, y la hestoria dempués.

MELLADO. ¿Cuál es el Chitio? Esté en gloria  
el alma que le plantó. (Bebe.)

BORREGO. Acabe, y beberé yo.

MELLADO. Va la hestoria.

TODOS. Va la hestoria.

MELLADO. Diome cincuenta doblones

un Arnesto de contado,  
porque diese a un licenciado  
una noche dos hurgones;  
propuso primero el daño,  
mas como el dinero dio,  
mos fuimos Zajinto y yo  
a trabaar este araño.

Maltratónos a los dos,  
y fue misterio secreto,  
pues no tovimos respeto  
a los hábitos de Dios.

A Arnesto que con afán  
llevó la rabia amolada,  
le cascó una tarascada  
en la talega del pan  
el clérigo o estodiante,  
mas quedó del golpe tal,  
que no comerá más sal;  
garduñáronme en flagante,  
metiéronme en la doctrina,  
rogáronme luego que  
cantáramos, no canté.

Hubo un viernes desceplina,  
pregonáronme la ley,  
y pienso que voy de veras  
por seis años a galeras  
a servir a Dios y al Rey.  
Pero no importa el rigor  
que vaya a gurapas, pues  
no dirán que ellombre es  
solomista ni traidor.

CRISPINILLO. Pase el harto y venga el barco.

GANCHUELO. Oye océ, tenga consuelo,  
que no seré yo el Ganchuelo,  
o no ha de palmear el charco.





que por extraños fracasos  
anda el hombre en estos pasos,  
que, en efecto, el hombre es hombre;  
a mí un fuelle se llegó,  
saber quién era procura,  
quísome quitar la gura,  
la sartén no quise yo;  
embístenme, pero cuando,  
como ya me conocieron,  
todos juntos me corrieron;  
plantéme como un Berlando,  
y, en efecto, aunque eran tantos,  
y aunque acosado me vi,  
al escribano le di  
en lo hueco un sepancuantos.

Al alguacil que repara  
cuánto le tiro valiente,  
le hice una cruz en la frente  
por si le falta en la vara;  
trasquilé a un corchete el pelo,  
más llocidos que Flatonte,  
mas como el hombre no es monte  
Estropecé y di en el suelo,  
y aunque con ansia y con pena,  
como en el suelo me hallaron,  
los corchetes me apiolaron  
y embauláronme en la trena.

MELLADO. ¿Y murió alguno en rigor  
de toda esta tarascada?

CRISPINILLO. No sé, ahí han dado posada  
al uno en San Salvador.

GANCHUELO. Por Cristo, que ha sido fiera.

CRISPINILLO. Y aun no sé si el otro es muerto.

MELLADO. Si lo que oacé dice es cierto,  
negocillo es de escalera.

CERNÍCALO. Yo me sigo, que he bebido: (Bebe.)

yo porque puse, estoy preso,  
unos claveles de hueso  
a la puerta de un marido,  
y aunque por mala fortuna  
el torcedor me dio fuerte  
siete ansias, todas de muerte,  
no he sido cisne a ninguna.

MELLADO. Eres bizarro y gentil,  
fuerte en el potro anduviste,  
pero, dime, ¿a quién pusiste  
las espinas de marfil?







amolado de recazos:

no es él.

ESCRIBANO. ¿Lo juráis?

MELLADO. Lo juro.

ESCRIBANO. Pues poned aquí la mano.

(Pone la mano.)

MELLADO. (Aparte.)

Si haré por sacar esta ascua

con la mano deste gato.

ESCRIBANO. Buena se pone la causa

señor don Pedro.

DON PEDRO. El descargo

me ha de sacar de la cárcel.

ESCRIBANO. Pues yo prometo ayudaros

como no apriete la parte,

que es el todo en este caso. (Vase.)

DON PEDRO. Quedo de vuestra amistad

agradecido y fiado.

MELLADO. ¿Fuese el escribano?

DON PEDRO. Fuese:

y agora que hemos quedado

solos, quiero agradeceros

la vi que me habéis dado;

mi honor, mi hacienda y mi espada

es vuestra, y si libre salgo

de la cárcel, yo os prometo

satisfacer y pagaros

deudas de reconocido

y obligaciones de honrado.

MELLADO. Yo soy siempre vuestro amigo,

que hemos reñido en un plato,

y no es menester conmigo

hacer tantos arrumacos.

Yo soy amigo de buenos,

y os estoy enficionado

desde que os vi menear

la zanahoria, y ¡voto al diablo!

que podéis dar al más tieso

cuarenta echadas de bravo.

DON PEDRO. ¿Quién os tiene aquí?

MELLADO. Ese Conde

dice que por mí mataron

a su hermano, y que yo os vi,

y miente como Pilatos;

pero oís, aquesta noche

me han de vengar seis chulanos,

y le han de hacer en la panza

seis guzpataras de a palmo.

DON PEDRO. ¿Pues por qué le han de matar?

(Aparte. Saber me importa este caso.)

MELLADO. Porque a un carrillo en Madrid  
le hizo que fuese cristiano.

DON PEDRO. ¿Cristiano a un carrillo? ¿Cómo?

MELLADO. Como le plantó en lo llano  
los Mandamientos de Dios.

DON PEDRO. ¿Y adónde intentan matarlo?

MELLADO. Al puente.

DON PEDRO. ¿Cómo me alegro!

que éste es mi mayor contrario,

y así no tendremos quien

nos persiga.

MELLADO. Enmascarados

han de ir los seis camaradas:

danles por la obra...

DON PEDRO. ¿Cuánto?

MELLADO. Quinientos; pero yo digo  
que concertaron barato.

DON PEDRO. ¿Y él cómo saben que irá?

MELLADO. Porque le tienen trazado  
un papel de desafío.

Sale CRISPINILLO.

CRISPINILLO. El sol debajo de un manto,

la luz disfrazada en sombras,

envuelto en nieblas un rayo

viene a verte...

DON PEDRO. Éste no es tiempo

de amor cuando navegando

del mar del honor fluctúo

en tantos Scilas de engaños.

CRISPINILLO. Dice que la importa hablarte,

y puede ganar de mano

al sol, aunque juegue el sol

con ella Abriles y Mayos.

DON PEDRO. Entre, pues; veamos luego

Mellado.

MELLADO. Sólo os encargo  
silencio.

DON PEDRO. Yo os le prometo.

MELLADO. ¿Oís? Luego nos veamos  
en yéndose la chulama. (Vase.)

DON PEDRO. Hoy con el caso más raro

que han observado los bronces

mi honor y venganza trato.

Salen JACINTA y CASANDRA, cubiertas.

CASANDRA. Quédate, Jacinta, fuera:

el está aquí, yo le hablo.

Infelice caballero,  
tan valiente y tan bizarro  
que el mismo merecimiento  
os hizo más desdichado;  
una apasionada vuestra,  
o amante, que no es recato  
dar a la acción la fineza  
y no descubrirla el labio;  
a esta prisión rigurosa  
en los disfraces de un manto  
viene a decir sentimientos  
nunca hasta aquí declarados.

Pobre sois, y sois valiente,  
y a mí me toca el amparo  
de quien sólo por mi causa  
mira su honor perturbado.

No os quiero decir quién soy,  
mas quiero decir que os traigo  
el oro de vuestro amor  
en oro recompensado:

joyas trae esa criada  
para que compréis ufano  
vuestra libertad al oro,  
y no os parezca agasajo  
lo que a mí también me toca,  
que como os estimo tanto,  
libertando vuestra vida  
mi propia vida rescato.

Y después que os mire libre,  
sabed que quiero feriaros  
sospechas de vuestra pena  
a cuidados de mi llanto.

Ésta es la primera vez  
que ardientemente obstinado  
el fuego de amor oculto  
brotó en indicios al labio.

Mujer soy, y tengo amor,  
y ya bien podéis fiaros  
aún mucho más que en tenerle  
en haberse declarado.

No he pretendido escribiros,  
antes vine a consolaros,  
que es intérprete mejor  
la lengua que no la mano;  
y porque agora es forzoso

volverme a casa, quedaos,  
yo os veré y escribiré.  
Obre el trato más humano,  
que las fuerzas del amor,  
las más se rinden por trato;  
y así...

DON PEDRO. Deteneos, Señora,  
que primero he de rogaros  
que la luz desa hermosura  
venza la niebla del manto.

CASANDRA. No puedo.

DON PEDRO. Pues escuchad  
este imaginado rasgo,  
que al templo de mis pasiones  
quiere mi lengua pintaros.  
La ocasión me da oportuna  
fortuna,  
mas es, si la oculta el labio,  
agravio,  
que aunque enseña vuestro ardor  
amor,  
para sentir más rigor  
vuestro favor he culpado,  
pues me habéis equivocado  
fortuna, agravio y amor.  
Permitid a mi desvelo,  
celo,  
que es dar compasión mayor  
favor,  
y es mentir a luz tan pura  
hermosura.

Y mi sufrimiento apura  
que cuando mi amor sabéis,  
a este tiempo me neguéis  
cielo, favor y hermosura.  
No deis en tibios desmayos  
rayos,  
ni en dudosos arreboles  
soles,  
ni a vuestro cielo ocultado  
nublado;  
mas, ¿para qué mi cuidado  
siente tan mortal desvelo  
si es fuerza que haya en el cielo  
rayos, soles y nublado?

Descubrid...

Sale CRISPINILLO.



CRISPINILLO. Buena la hicimos.  
DON PEDRO. ¿De qué vienes tan turbado?  
¿Di, qué ha sido?  
CRISPINILLO. ¡Bercebú!  
DON PEDRO. Acaba, dímelo.  
CRISPINILLO. El diablo,  
tu enemigo.  
DON PEDRO. ¿Quién, el Conde?  
CRISPINILLO. Y pienso que entra a buscaros  
con un color de sudores;  
mas yo de unciones le traigo.  
DON PEDRO. ¿A qué viene?  
CRISPINILLO. No lo sé,  
sólo digo que ha llegado.  
DON PEDRO. ¿Dónde?  
CRISPINILLO. A buscarte.  
DON PEDRO. ¿Qué dices?  
CRISPINILLO. Hétele por do va entrando.  
CONDE. (Dentro.)  
¿Don Pedro?  
DON PEDRO. ¿De qué os turbáis?  
CASANDRA. Sabed que el Conde es mi herma no.  
DON PEDRO. ¿Luego vos sois...?  
CASANDRA. Infeliz.  
DON PEDRO. El dueño...  
CRISPINILLO. Mirad que ha entrado.  
CASANDRA. Casandra soy.  
DON PEDRO. Pues aquí  
podéis, Señora, ocultaros.  
CASANDRA. ¡Si me vio entrar!  
CRISPINILLO. No lo sé;  
la criada está mirando,  
acabad.  
CASANDRA. ¡Qué presto, amor,  
me has engolfado en mis daños!  
(Escóndese.)  
Sale EL CONDE turbado.  
CONDE. Guárdeos el cielo, don Pedro.  
DON PEDRO. Seáis, Conde, bien llegado.  
¿En la cárcel me buscáis?  
¿A qué venís?  
CONDE. A mataros.  
CRISPINILLO. (Aparte.)  
Acabóse; vio a su hermana;  
por ella ha de haber porrazo.  
Para las mujeres son  
enemigos necesarios.

DON PEDRO. ¿Pues cómo (Aparte. ¡Si vio a Casandra!)  
intentáis (Aparte. ¡Lance apretado!)  
viéndome preso (Aparte. ¡Astro adverso!)  
buscarme determinado?

CONDE. Ya sabéis que en vuestra casa,  
o heroicamente bizarros,  
o advertidamente cuerdos,  
para la calle libramos  
indignaciones y aceros;  
vos la obligación pagando  
que me debistes, y yo  
de vuestro valor fiado.

DON PEDRO. Y también sé que salí  
desde mi casa a buscaros;  
que no os hallé y, en efecto,  
por ir tras vos me encontraron  
que estoy, preso, ya lo veis,  
que me irritáis, está claro,  
que me buscáis, no lo ignoro;  
y así podéis declararos,  
que aunque dijisteis agora  
que a matarme entráis airado,  
fue error de vuestra pasión;  
pues siendo quien sois, extraño  
que hable así un hombre valiente  
a otro hombre que está sin manos.

CONDE. El mataros no es aquí.

DON PEDRO. ¿Pues dónde?

CONDE. Escuchadme un rato;  
yo soy parte en el delito  
de la muerte de mi hermano,  
y como soy el que soy  
lo más en tan grave cargo,  
que estábades declaré  
la noche que le mataron  
en Salamanca, y que sois  
mi amigo, dando descargos  
que en mí no eran tan precisos  
y en vos eran necesarios;  
solicito con los ruegos,  
soy cuerdo en los agasajos,  
advertido en las promesas,  
y en satisfacerlas franco.  
Os tengo libre don Pedro,  
y aunque a mí no me ha tocado,  
siendo vos el ofendido  
ser yo quien venga a libraros,

con mi duelo y con el vuestro  
a un mismo tiempo cumplamos;  
mañana libre os veréis,  
mañana vendré a buscaros,  
vos habéis sido conmigo  
puntual, noble y gallardo,  
pues ya con haber cumplido,  
puesto que os he libertado,  
porque diga que podréis  
quien sepa nuestro embarazo  
ser siempre tan valeroso,  
pero nunca más bizarro.  
DON PEDRO. Ya que libertad me dais,  
sólo quiero preguntaros,  
¿por qué agora no estoy libre,  
y mañana sí?

CONDE. Es el caso  
que aunque pudiera esta noche  
libraros, otro cuidado  
tengo que interviene en él  
parte de mi honor, y en tanto,  
que por un papel que ahora  
en esta puerta me han dado,  
de nuestras obligaciones  
la satisfacción dilato.

No quiero yo que se diga,  
habiéndoos ya libertado,  
que falto al salisfaceros  
y cumplo con obligaros.  
DON PEDRO. Yo os suplo la dilación,  
y así bien puedo rogaros  
que salga yo de la cárcel  
esta noche.

CONDE. ¿Importaos algo?

DON PEDRO. No me importa sólo a mí,  
porque nos importa a entrambos.

CONDE. Pues ya libre podéis iros  
si es que me alargáis el plazo.

DOS PEDRO. Aún tanto como ofendido  
quedo de vos obligado.

CONDE. Y yo confieso que os debo  
más de lo mismo que os pago.

DON PEDRO. Mi vida, Conde, os confieso;  
y ansí obraremos en tanto,  
cuando amigos como amigos,  
contrarios como contrarios.

CONDE. Sois noble y agradecido.

DON PEDRO. Pues agora os satisfago,  
puesto que para después  
nuestra venganza dejamos,  
con lo que otras veces suelo.

CONDE. ¿Con qué?

DON PEDRO. Con daros los brazos.

CONDE. Yo os los doy con mucho gusto.

DON PEDRO. Vuestra fe y lealtad alabo,  
pero en saliendo de aquí...

Sale DON LUIS cuando le da los brazos.

CONDE. ¿Qué intentáis hacer?

DON PEDRO. Mataros.

CONDE. Pues yo os buscaré, don Pedro.

DON PEDRO. Yo también sabré buscaros  
adiós, Conde.

CONDE. Adiós don Pedro.

DON PEDRO. ¿No direis cómo quedamos?

CONDE. Yo obligado y ofendido. (Vase.)

DON PEDRO. Yo ofendido y obligado.

DON LUIS. ¡Vive Dios, hijo cobarde,  
desconocido y ingrato

al honor que te dio el cielo,  
que a poderte hacer pedazos  
y a ser posible quitarte  
esa sangre que te he dado,  
que hiciera...

DON PEDRO. ¿Qué es esto, padre?

DON LUIS. ¿Tú abrazas a tu contrario?

¿El que mereció tu acero  
llega a merecer tus brazos?

Yo soy viejo y tengo ya  
la ira y valor templados,  
y si con él me abrazara,  
por los cielos soberanos  
que le arrancara del pecho  
el corazón a pedazos.

DON PEDRO. ¡Padre!

DON LUIS. No me llames padre:  
quítate de aquí.

DON PEDRO. Templaos.

DON LUIS. ¿No ves que pide otra afrenta  
el que agradece un agravio?

Vuestra hermana se huyó anoche,  
y vos hicisteis más caso  
de una palabra que es vuestra  
que de un honor que es de tantos.  
Ya perdisteis la ocasión

de poder verme vengado:  
mas, ¿para qué tiene lengua  
aquel que no tiene manos?  
Ya sí tengo algún honor  
reducido en noble llanto,  
como es la sangre del alma  
en lágrimas le derramo.  
Pero pues sois tan cobarde,  
inadvertido y villano  
que trocáis a un mismo tiempo  
venganzas en agasajos,  
yo voy a tomar venganza  
del Conde que me ha agraviado;  
voy a morir a su acero,  
que aunque son tantos mis años,  
el valor no tiene canas;  
y si no, muera a sus manos:  
vivir no quiero ofendido,  
y quiero morir honrado.

DON PEDRO. Oid.

DON LUIS. No me repliquéis.

DON PEDRO. Éste es valor.

DON LUIS. Es engaño.

DON PEDRO. Ésta fue una recompensa.

DON LUIS. ¡Pues vos de mi honor tan franco!

¡Cobardía es, vive el cielo!

DON PEDRO. Advertid...

DON LUIS. Ya lo he mirado.

DON PEDRO. Que sabré ser...

DON LUIS. Muy cobarde.

DON PEDRO. Quien cobre...

DON LUIS. Obligasme en vano.

DON PEDRO. Un honor...

DON LUIS. Es imposible.

DON PEDRO. Que perdí.

DON LUIS. Yo le restauro.

DON PEDRO. ¿De qué modo?

DON LUIS. Con mi muerte.

DON PEDRO. ¿A dónde vais?

DON LUIS. A vengaros,

que sois muy agradecido,

y cuando más indignado,

al que habéis de dar la muerte

temo que le deis los brazos. (Vase.)

DON PEDRO. Pues yo prometo a los cielos...

Sale CASANDRA.

CASANDRA. Fuese su padre y mi hermano.

DON PEDRO. Cobrar mi honor...

CASANDRA. ¡Ah don Pedro!

DON PEDRO. Con el hecho más tirano...

CASANDRA. ¿No me respondéis? ¿Qué es esto?

DON PEDRO. Que oculta en el bronce y mármol,  
señora...

CASANDRA. ¿Podré salir?

DON PEDRO. No hay quien os impida el paso.

CASANDRA. ¿Cómo?

DON PEDRO. ¿Qué es lo que decís?

CASANDRA. ¡Tan desconocido os hallo!

DON PEDRO. Casandra, no tengo honor.

CASANDRA. ¿Qué es lo que intentas?

DON PEDRO. Cobrarlo.

CASANDRA. ¿Y amor?

DON PEDRO. Téngole suspenso.

CASANDRA. No agradecéis mis cuidados.

DON PEDRO. No hay amor donde no hay honra.

CASANDRA. ¿Tan presto conmigo ingrato?

DON PEDRO. No es bueno para galán  
hombre que está deshonorado.

CASANDRA. Yo os daré honor siendo vuestra.

DON PEDRO. Con honor sabré obligaros.

CASANDRA. Éste es desprecio.

DON PEDRO. Es fineza.

CASANDRA. ¿Qué intentáis?

DON PEDRO. Vengarme trato.

CASANDRA. ¿Y después?

DON PEDRO. Buscaros fino.

CASANDRA. ¿Y agora?

DON PEDRO. Indignarme airado.

CASANDRA. ¿Contra quién?

DON PEDRO. Sabráslo presto.

CASANDRA. ¿Cómo he de veros?

DON PEDRO. Vengado.

CASANDRA. Pues, adiós. (Vase.)

DON PEDRO. Guárdeos el cielo.

¡Iras, ya se llegó el plazo

venganzas pide mi acero

y ejecuciones mi mano!

Campiña.

Sale GANCHUELO con cinco hombres con máscaras, espadas y broqueles y una escopeta.

GANCHUELO. En este verde prado,

de arrayanes y murtas coronado,

ocultarnos podemos.

VALIENTE 1º. A que llegue esperemos

todos en emboscada.

GANCHUELO. Aquesta fue la hora señalada,  
y ya tardar no puede, preveníos,  
y a un mismo tiempo todos repartidos  
saldremos cuando llegue sobre el puente.  
VALIENTE 2º. Pues con el plomo no hay hombre valiente,  
cargar agora la pistola quiero.  
(Cargue la escopeta.)

aseguremos dudas al acero.

GANCHUELO. Bien dices, retirarnos intentemos.

VALIENTE. Retirémonos todos.

VALIENTE 2º. Retiremos.

Sale EL CONDE.

CONDE. Deste papel llamado  
y de mi noble sangre provocado,  
a este sitio he venido  
de sólo mi valor mal prevenido.  
¿Quién será, pues, quien me ha desafiado?  
¿Si el padre de don Pedro provocado  
de su agravio primero,  
de sus canas pretende hacer acero,  
sabiendo que su hijo estaba preso?  
Temeroso no estoy, pero confieso  
que me hallo cuidadoso,  
si al que ofendí en la corte riguroso,  
por cobrar su venganza con mi muerte  
a campaña me llama desta suerte.  
Pero mal lo he pensado,  
que nunca desafía un agraviado:  
ya yo estoy en campaña,  
ésta es la orilla a quien el Tajo baña;  
éste su altivo puente:  
buscar agora quien me llama intente  
mi valor irritado y prevenido;  
con mis obligaciones he cumplido  
sin que haya en mi valor mudanza alguna,  
obre agora a su arbitrio la fortuna.

(Vase.)

Salen DON PEDRO y CRISPINILLO vestidos de color, y don Pedro con una mascarilla en la cinta colgada.

CRISPINILLO. Señor, no sé nadar y es desvarío  
que me traigas al río:  
di, ¿vienes con tal prisa  
a que te laven tu única camisa?  
Dispensero parece  
que a las orillas viene a comprar peces,  
o como sales de la cárcel, creo

que vienes de espulgarte con deseo.

DON PEDRO. El puesto es éste; aquí me han avisado que es el sitio aplazado.

Hoy, Crispín, la mayor venganza espero; agora es tiempo; retirarme quiero entre estos verdes ramos.

CRISPINILLO. ¿No me dirás, Señor, a dónde vamos?

DON PEDRO. Ponerme este disfraz es importante.

CRISPINILLO. Sin tu traje primero de estudiante, con máscara y sin blanca, yo imagino que vienes a robar a algún camino.

DON PEDRO. Tú reñirás, Crispín, puesto a mi lado.

CRISPINILLO. Don Pedro, como nunca lo he cursado, no sé reñir.

DON PEDRO. ¿Pues qué te falta, loco?

CRISPINILLO. El ánimo, no es más; y aunque esto es poco, irme quiero y dejarte, porque yo siempre sirvo de estorbarte.

DON PEDRO. Pues que con tu temor me desobligas, vete, Crispín; pero a ninguno digas adonde me ha dejado tu recelo, que te daré la muerte, vive el cielo.

(Vase.)

CRISPINILLO. Con la lengua he de hacer, pues que te agrada, lo que hiciera a tu lado con la espada.

(Vase.)

Salen GANCHUELO y EL CONDE.

CONDE. Aunque esperando os estoy con indignación y acero, quién sois vos saber espero.

GANCHUELO. ¿Sois el Conde?

CONDE. El Conde soy, y soy el que aquí os espero.

GANCHUELO. Este acero os desengaña;

(Sacan las espadas.)

porque no hay en la campaña mas respuesta que el acero.

CONDE. Valiente habláis como sabio, cierta es la resolución.

(Salen todos sobre él y uno con la pistola.)

¡Vive el cielo, que es traición!

GANCHUELO. No hay traición donde hay agravio.

CONDE. Más lucirá mi rigor habiendo más que vencer.

VALIENTE 3º. ¿Tírole?

GANCHUELO. No es menester.

CONDE. No sabe huir el valor.



GANCHUELO. Daros la muerte pretendo.

CONDE. A dárosla yo me obligo.

GANCHUELO. Tu muerte será el castigo.

Sale DON PEDRO con máscara, y quítale la pistola al que la tiene.

DON PEDRO. A ellos, que yo os defiendo,

y pues con sus armas veis

que os he venido a ayudar,

a este quiero derribar.

(Tira a uno y cae en el suelo, y llévalos dentro a cuchilladas.)

CONDE. (Dentro.)

¿Quién sois?

DON PEDRO. (Dentro.)

Presto lo veréis.

CONDE. (Dentro.)

Pues que sois traidores pues,

es cierto que sois villanos.

DON PEDRO. (Dentro.)

Cobardes, temed mis manos

si no tenéis muchos pies.

(Dan una vuelta acuchillándolos por el tablado.)

CONDE. Muestras de quien eres das

en el valor que has mostrado.

DON PEDRO. Uno está ya despachado,

señor Conde, a los demás.

CONDE. Que os debo la vida ved.

GANCHUELO. En grande peligro estamos;

huyamos todos.

VALIENTE 2º.

Huyamos.

CONDE. Yo os seguiré.

DON PEDRO.

Detened,

(Huyen, y pónese delante don Pedro.)

que agora os quiero matar.

CONDE. ¿Quien me ha dado aquí la vida

ser pretende mi homicida

volviéndomela a quitar?

Que he de pagarla, advertid,

como quien soy, vive Dios.

DON PEDRO. Solos estamos los dos,

y pues lo estamos, reñid,

CONDE. Satisfaceros no quiero,

si no lo habéis de admitir;

pero si hemos de reñir,

sepa yo quién sois primero.

Porque yo resuelta estoy,

aunque más me defendáis,

puesto que más me irritáis

a reñir con vos.

DON PEDRO. Yo soy. (Descúbrese.)

CONDE. ¿Cómo habéis venido aquí,  
don Pedro?

DON PEDRO. Si yo os rogué

que me libráades, fue  
por daros la vida así.

Ya pienso que os he pagado  
de mi valor defendida,  
con daros aquí la vida  
la vida que me habéis dado,  
y habéroslo dado es,  
aunque airado os defendí,  
porque me ha importado a mí  
daros la muerte después.

CONDE. A reñir con vos me obligo  
pues es vuestra intención ésa;  
mas, vive Dios, que me pesa  
de perder tan buen amigo.

DON PEDRO. Y a mí me pesa perder  
por vuestra causa, por Dios,  
un amigo como vos;  
pero ya no puede ser,  
pues ofendidos estamos.

CONDE. ¿Qué falta en resolución?

DON PEDRO. Falta la satisfacción.

CONDE. Pues riñamos.

DON PEDRO. Pues riñamos.

CONDE. Con mi acero airado intento  
(Riñen.)

tomar la venganza en vos:

¡Valiente sois, vive Dios!

DON PEDRO. ¡Vive Dios, que sois valiente!

CONDE. ¡Bravo pulso!

DON PEDRO. ¡Brazo fuerte!

CONDE. ¡Bravo valor!

DON PEDRO. ¡Bríos raros!

CONDE. ¡Lástima me da mataros!

DON PEDRO. ¡Mucho siento el daros muerte!

CONDE. ¡Bizarro valor tenéis!

DON PEDRO. A ese valor corresponde;

¡válgate el diablo por Conde!

CONDE. Esperad.

DON PEDRO. ¿Qué me queréis?

¿Por qué os detenéis? ¿Qué es esto?

CONDE. Busco un medio, vive Dios,

para no reñir con vos

y para quedar bien puesto;

que mataros es rigor.

DON PEDRO. Sí, mas buscadle también  
para que vos quedéis bien  
y yo quede algo mejor.

CONDE. ¿Luego no nos concertamos  
en el medio que protesto?

DON PEDRO. Yo he de quedar mejor puesto.

CONDE. Pues riñamos.

DON PEDRO. Pues riñamos;  
irritemos el rigor.

CONDE. Parad, que medio hay también  
en que yo quede más bien  
y en que vos quedéis mejor.

DON PEDRO. ¿Medio puede haber aquí  
cuando ofendidos nos vemos,  
en que a un mismo tiempo estemos  
los dos mejor puestos?

CONDE. Sí;

porque cuando no supiera  
vuestra sangre y vuestro honor,  
en vuestro propio valor  
vuestra sangre conociera.

Siempre me habéis excedido,  
ya puntual, ya arrojado,  
en la parte de obligado  
y en la parte de ofendido.

Con evidencia se muestra  
lo que aparente se ve,  
si en mi casa os libté,  
me excedisteis en la vuestra.

Y si de vos obligado  
a vuestra lealtad debida  
os di libertad y vida,  
mi vida habéis restaurado.

Pues para satisfaceros,  
hoy que obligado me habéis,  
pues en lo más me excedéis,  
en lo más he de excederos.

Pagar vuestra fama quiero,  
mi amor con el vuestro obre,  
vos sois hidalgo y sois pobre,  
yo soy rico y caballero;  
y así puesto que se allana  
vuestro duelo y pundonor,  
satisfaciendo el honor  
de vuestra ofendida hermana;  
y si a un mismo tiempo allano,

teniéndola por esposa,  
la recompensa forzosa  
a la muerte de mi hermano;  
para daros vuestro honor,  
aunque vos ganáis en esto,  
quedando menos bien puesto  
soy el que queda mejor.

DON PEDRO. Otra conveniencia gano  
cuando vuestro amor se allana;  
por Casandra vuesa hermana  
di la muerte a vuestro hermano  
yo sé que me tiene amor,  
y yo la he querido bien.

CONDE. Vuestra es mi hermana también.

DON PEDRO. ¿Pues cómo sabré mejor  
las dos dichas con que gano  
honor y amistad aquí?

CONDE. Con que la palabra os di,  
y con que ya os doy la mano.

DON PEDRO. Tan noble satisfacción  
finezas a mi honor labra,  
pues cumplirá su palabra  
quien cumple su obligación.

CONDE. Ya solamente obligados  
estamos.

DON PEDRO. Conde, no sé:  
ello dirá.

CONDE. ¿Pues porqué?

DON PEDRO. Porque quedamos cuñados.

CONDE. Hoy, pues, que preciso es  
juntas las bodas serán.

Fénix y Casandra están  
en mi casa.

DON PEDRO. Vamos, pues.

CONDE. Mi honor con esto aprovecho.

DON PEDRO. Mi amor con esto se allana,  
su honor cobrará mi hermana,  
yo quedaré satisfecho,  
y su honor, ya restaurado,  
mi padre ha de conocer.

CONDE. ¿Qué falta agora que hacer?

DON PEDRO. Pedir perdón al Senado  
por satisfacción mejor.

CONDE. Y con él pedir es bien  
que un victor también nos den  
si lo merece el autor.

Obligados y ofendidos, y gorrón de Salamanca.  
Francisco de Rojas Zorrilla

## PERSONAS

FÉNIX.  
BEATRIZ.  
EL CONDE DE BELFLOR.  
CASANDRA.  
JACINTA.  
ARNESTO.  
EL GANCHUELO.  
ZAJINTO.  
EL CERNÍCALO.  
EL MELLADO.  
CHISPILLA.  
CRISPINILLO.  
EL BORREGO.  
DON LUIS, viejo.  
DON PEDRO, estudiante.  
UN ALCALDE MAYOR.

### Jornada primera

Sale FÉNIX, medio desnuda, deteniendo al CONDE, y BEATRIZ con luz.

FÉNIX. Cierra esa puerta, Beatriz;  
no has de salir, vive el cielo.

BEATRIZ. Ciérrola y quito la llave.

CONDE. No con fingidos extremos  
me detengas.

FÉNIX. ¡Vive amor,  
que es dios que manda en mi pecho,  
que no has de salir!

CONDE. ¿Qué importa?

Romperé por tus preceptos:

(Va a abrir y halla cerrado.)

¿cerraste? Dame la llave.

Acaba, Beatriz.

BEATRIZ. Ni puedo,

ni quiero.

CONDE. Dime por qué.

BEATRIZ. No preguntes a un no quiero.

CONDE. Saldré por esas ventanas.

BEATRIZ. Tienen rejas, habla quedo.

CONDE. Pues déjame ir, que ya es hora.

BEATRIZ. Mirad que no duerme el viejo;  
que ha más de una hora que escupe  
y dos que tose.

CONDE. En efecto,  
¿qué es lo que intentas de mí?

FÉNIX. Si tú escucharas mi intento...

CONDE. Dile, Fénix.

FÉNIX. Ya te digo,  
más quisiera...

CONDE. Dilo presto.

FÉNIX. Que me oigas.

CONDE. Agradecido  
te escucharé.

FÉNIX. Eso repruebo:  
no ama fino el que agradece  
que son, si de amor lo infiero,  
disculpas de aborrecer  
los más agradecimientos.

CONDE. ¿Cómo he de escucharte?

FÉNIX. Amante.

CONDE. ¿Y en qué podrás conocerlo?

FÉNIX. En tu atención.

CONDE. El amor,  
¿quién le colige en lo atento?

FÉNIX. La atención supone amor,  
disgusto el divertimento;  
bien quiere aquel que escuchando  
se transforma en los concetos;  
o es veneración o amor  
aplaudir los sentimientos:  
afecto dice escucharlos,  
odio arguye no atenderlos;  
luego para conocer  
el amor en dos sujetos,  
aquel se hallará más fino  
que estuviere más atento.

CONDE. Pues atento he de escucharte.

FÉNIX. Oye.

CONDE. Prosigue.

FÉNIX. Ya empiezo:  
desterrado de la corte

habrá dos años y medio  
que llegastes, señor Conde,  
a esta ciudad de Toledo;  
la causa pocos la saben,  
u decís que fue, mas dejo  
por lo que toca a mi honor  
lo que no importa al suceso.  
Era yo en esta ciudad  
a los galanes objeto,  
a las hermosas envidia,  
a las discretas silencio,  
a los cariños desden,  
a las porfías desprecio,  
a los méritos descuido,  
a los cuidados trofeo;  
y si tuve algún amor,  
le consentí tan honesto,  
que le evitó mi atención  
las circunstancias de ciego.  
Salió una mañana el sol,  
que anda también con el tiempo,  
a rizarse la guedeja  
del Tajo en el claro espejo;  
y de admiración y envidia  
a verle salir tan bello  
en el rigor del diciembre,  
calmó borrascoso el cierzo,  
cuando a divertir el año  
desordenadas salieron,  
bien que con nieblas del manto,  
las más flores de Toledo;  
yo, muy rosa en lo temprana,  
muy azucena en lo honesto,  
dueño de las voluntades  
y de mi albedrío dueño;  
en un coche repetí  
por el margen lisonjero  
del río que infunde avisos  
las estampas y paseos;  
escuchaba yo de todos  
de paso aquellos requiebros  
que oyéndolos tantas veces  
siempre parecen tan nuevos;  
llegaste tú en un caballo  
dos veces a verme atento,  
la primera vez por uso,  
la segunda por deseo.

Rogábate que te fueses;  
tú, porfiado, sin ser necio,  
conociendo en mi semblante  
la fuerza que hice a mi ruego,  
obligando con suspiros  
para indicios de tu incendio,  
pues los recibiste en aire  
y los resolviste en fuego,  
lisonjeando tu voz  
de tu grande entendimiento  
por la senda del oído  
a mi corazón tu afecto  
tomo por firme padrón,  
aunque esculpió duraderos  
con el buril de la lengua  
renglones de fe en mi pecho;  
pues mis ojos envidiosos  
de mis oídos, sintiendo  
que entre amor por los oídos  
y que no entrase por ellos,  
se anticiparon también,  
y, en efecto, compitieron,  
ellos de oírle obligados,  
estos de verte suspensos.  
Tanto, que para quererte,  
como amarte fue precepto,  
del sentir y del mirar  
te sobró el merecimiento:  
hasme querido dos años,  
o haslo dicho por lo menos.  
Dos años te he desdeñado,  
hoy confieso que te quiero;  
por mayor mi incendio allano,  
por menor mi mal te cuento.  
Más tiempo es para una dama,  
aunque sea su galán mismo,  
aquel en que ama obligando,  
que no el que oculta fingiendo.  
Salí esta noche a escucharte  
a esa reja y, en efecto,  
a tu ruego convencida,  
y obligada a tus afectos,  
como la puerta del alma  
te abrí la de mi aposento,  
porque no haga un edificio  
más fuerza que hizo mi pecho.  
Entraste, faltó la luz,



que la recató el secreto,  
pero la luz no estorbaba  
a no amor que estaba ciego;  
hablamos, estuve fina,  
pedí celos sin tenerlos,  
que no hay gusto en el amor  
si no hay picante de celos;  
silenciosamente ¡oh Conde!  
a que hablamos en requiebros,  
que amores a media voz  
siempre tienen mejor puesto;  
y como no me mirabas,  
aunque me estabas oyendo,  
todo transformado en ti  
se divirtió tu respeto.  
Hurtar mi fama procuras,  
sólo a mi hermosura atento,  
que como es ladrón amor  
se pagaba del silencio:  
resístome, solícitas,  
lloro y mis lágrimas templo,  
que aunque las vertió el dolor,  
las enjugó mi deseo.  
Dasme palabra de esposo,  
que es la ñagaza o el cebo  
con que a la red del engaño  
se abaten los pensamientos.  
Creíte, nací mujer;  
tuve amor, halléte tierno;  
vuelvo a resistirme más,  
porfío, fue cumplimiento;  
ruégasme, cierro el discurso  
lisonjeas, yo te creo:  
vuelvo a dudar, tú te enojas;  
y, en fin, aquí de mi aliento  
perdí..., ¿cómo he de decirlo?  
¿Mas para qué me detengo  
en ir buscando disfraces  
para declarar mis yerros?  
que viéndome a mí amorosa,  
hallándote a ti severo,  
viéndote a ti que me olvidas,  
viéndome a mí que te ruego,  
aún más que no con mi voz  
te dice con tu despego,  
y apenas (¡qué fuerte lance!)  
profanaste (¡grave empeño!)

mi fama (¡cruel desastre!)  
cuando (¡este sí que es tormento!)  
despegado (¡qué tibieza!)  
te sales (yo lo merezco)  
de mi retrete (eres hombre)  
a esta sala (¡qué grosero!)  
quíereste ir, no lo permito;  
porfías, la puerta cierro;  
y agora que ya me escuchas,  
o bien airado o violento,  
quiero aprovechar mi queja  
y dar voces al desierto  
de tu corazón, que antes  
era población de afectos,  
por ver si alguna reliquia  
desos ya carbones muertos  
al soplo de mi razón  
se aviva en tu ardiente pecho.  
(Mude representación.)  
Señor Conde, estad en vos  
y advertid que en este duelo  
vuestro honor y vuestro amor  
quedan a un tiempo mal puestos:  
en vuestro amor no hay quien dude  
vuestro desaire, supuesto  
que amante desde lo fiero  
os pasáis a lo grosero,  
pues vuestro honor hoy padece  
no cumpliendo y ofreciendo.  
Sino manchas que le borran,  
nieblas que le agravien ciego;  
¿qué accidente respondióme,  
se ha crecido a vuestro celo,  
que lo que en vos fue voz noble  
se ha vuelto infame silencio?  
Si es por andar con el uso  
renovar los sentimientos,  
pues sois al desdén afable  
y desconocido al premio,  
no seas como los más,  
pues nacisteis de los menos,  
dejad para la vulgar  
la conveniencia de entero.  
A esta regla de olvidado  
dadle la excepción de cuerdo,  
y sed, siendo más que todos,  
imitación de vos mesmo.

Recompensad, pese a mí,  
todo mi honor con el vuestro,  
pues en la sangre os compito  
y en el amor os excedo.  
Del uso os dejáis llevar,  
¿y queréis gozar tan presto  
del haber nacido hombre  
el infame privilegio?  
No, señor, eso no os halle  
dentro de vuestro conceto,  
que tanto como mi fama  
a vuestra opinión atiendo.  
Templaos más en las violencias,  
no deroguéis, poco atento,  
la ley que habéis promulgado  
en favor de mis deseos.  
Renovad vuestra palabra,  
para que en decente lecho  
unan nuestras voluntades  
firmes lazos de himeneo;  
y cuando la dilatéis,  
que la confirméis os ruego,  
que a vos no os cuesta un cuidado  
y a mí me vale un consuelo.  
Ya porque habéis profanado  
de mi honestidad el templo,  
¿agrava para mi culpa  
la obstinación de quereros?  
Pues quereros pienso, Conde;  
y así con aljófar nuevo  
que en mis párpados por conchas  
cuajó el mar del sentimiento,  
substituyendo a mis ojos  
de mi labio los secretos,  
que en el deshonor es bien  
hable más quien habla menos  
os ruego (aún éste es mi daño)  
que amante, si podéis serlo,  
a la coyunda durable  
rindáis el erguido cuello;  
y si no, viven mis ojos,  
que llamasteis vuestros cielos,  
que he de reducir en iras  
cuanto en caricias dispenso.  
De mi razón y mi agravio  
he de forjar tal acero,  
templado al fuego del alma

en la fragua de mi esfuerzo,  
que con él, sí, vive Dios,  
os he de hacer... mas no quiero  
obligaros con rigores,  
cuando con finezas puedo.  
Hermosa soy, y es vergüenza  
desconfiar de mí tan presto,  
pues rogar con amenazas  
es decir que no os merezco;  
y así airada y amorosa,  
con ruegos os amonesto,  
con enojos os aviso,  
con iras os aconsejo,  
que os reduzcáis cariñoso,  
que os reconozcáis discreto,  
que os determinéis activo,  
y que os resolváis atento  
a avivar segunda vez  
ese ya templado incendio,  
puesto que para prenderle  
os estoy prestando el fuego.  
Porque si vuelvo a enojarme,  
y estas venganzas renuevo,  
que en el fondo de mi llanto  
han hecho amoroso asiento,  
indignada, como hermosa,  
rabiosa, como con celos,  
resuelta, como sin honra,  
airada, como sin riesgos,  
os sabré dar el castigo  
que merecen vuestros yerros  
pues mucho más que mi agravio  
sentiré vuestro desprecio.  
CONDE. Fénix peregrina y bella,  
raro prodigio de amor,  
para tanto prado, flor,  
para tanto cielo, estrella  
de enamorado os confieso  
que al mirar vuestra beldad,  
también con la libertad  
llegaba a perder el seso.  
Pero ya con los despojos  
de vuestro de llanto y mi ruego,  
si antes mi amor era ciego,  
ahora es amor con ojos;  
que vuestro prometí ser  
me habéis llegado a culpar;

¿quién no promete al desear  
por llegar al merecer?  
Yo os prometo ser constante  
en lazo más cariñoso,  
como olvidando lo esposo  
me consintáis en lo amante.  
Esta entereza segura  
que de mi fe compro al precio,  
aunque le llamáis desprecio,  
yo le nombraré cordura.  
Hoy me suspendo neutral  
por no ver sin vista a un dios:  
sois hermosa, pero vos  
no habéis nacido mi igual.  
Decir que da calidad  
a la sangre la hermosura  
sobre opinión mal segura  
es necia vulgaridad;  
mas tened por infalible  
que os he de amar y querer;  
pero este amor ha de ser  
solamente en lo posible.  
Y siempre en el casamiento,  
si lo discurrís mejor,  
mucho más que por amor  
se quiere por cumplimiento.  
Antes con violento ardor  
sólo os quise porque os vi,  
y después que os merecí  
os quiero con más amor.  
Serviros quiero y pagar  
lo más que os puedo deber;  
pero aunque os debo querer,  
yo no me puedo casar.  
Y, en fin, no fuera decencia  
que engañada os deje aquí:  
vos sois discreta, y así  
me voy con vuestra licencia.  
FÉNIX. De suerte, oh vil homicida  
de mi honra perturbada,  
que por no verme engañada  
quieres dejarme ofendida:  
sin que cumplas no saldrás  
lo que tu amor prometió.  
CONDE. ¿De qué te quejas, si yo  
quiero como los demás?  
FÉNIX. Con mis iras te amenazo.

CONDE. Fénix, de ti ¿quién temió?

BEATRIZ. (Aparte.)

Lo que más le alabo yo  
es el buen desembarazo.

¡Bergantes hombres, esto es  
ser rocas y ser diamantes!

¡Cuáles son antes del antes!

¡Cuáles después del después!

FÉNIX. Dar a mi pena un consuelo  
atajándote podré.

CONDE. No me tengas que echaré,  
Fénix, la puerta en el suelo.

FÉNIX. Ya tu crueldad me da indicio  
de tu indignado rigor,

que a quien derribó un honor,

¿qué le estorba un edificio?

Mas si vas tan hilo a hilo,

cuando a tu desdén igualo,

no las lágrimas que exhalo

sudores sí que destilo,

si pueden...

CONDE. ¡Grande porfía!

FÉNIX. Constantes...

CONDE. ¡Grave pensión!

FÉNIX. Concertar tu corazón

las ansias de la fe mía,

porque mi esperanza incierta

el puerto pueda lograr...

CONDE. ¿Qué quieres?

FÉNIX. Quiero rogar...

(Llaman.)

¿Qué, llamaron a la puerta?

BEATRIZ. Tu padre nos ha sentido.

FÉNIX. ¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?

Vos os habéis de esconder.

CONDE. En mi vida me he escondido.

FÉNIX. ¿No veis que si le abro aquí

nos ha de hallar a los dos?

Y esto no lo haréis por vos.

CONDE. ¿Pues, por quién, Fénix?

FÉNIX. Por mí.

CONDE. Pues que me arroje me deja

por huir esta ocasión

agora deste balcón

a la calle.

FÉNIX. Tiene reja.

CONDE. Pues yo no me he de ocultar.

FÉNIX. Esto habéis de hacer por mí.  
DON LUIS. (Dentro.)  
Ah, Beatricilla, abre aquí.  
BEATRIZ. Ya voy, Señor.  
CONDE. ¡Qué pesar!  
FÉNIX. ¿Esto en tal nobleza cabe?  
¿Esto es fineza? ¿Es amor?  
DON LUIS. ¿No aciertas a abrir?  
(Anda Beatriz con la llave en la puerta.)  
BEATRIZ. Señor,  
está dañada la llave.  
FÉNIX. ¿Así de mi opinión cierta  
profanáis la fama aquí?  
DON LUIS. Échame la llave a mí  
por debajo de la puerta.  
BEATRIZ. Cogióme, todo lo sabe.  
CONDE. Fénix, pues si esto ha de ser...  
FÉNIX. Acabaos de resolver.  
BEATRIZ. No puedo sacar la llave.  
DON LUIS. Acaba.  
CONDE. A esta sala entro.  
(Métele en la reja y cierra, la ventana.)  
FÉNIX. Aquí te puedes quedar,  
porque te podrán hallar  
si te escondes allá dentro.  
CONDE. Un bronce obstinado labras.  
FÉNIX. Entra en la reja.  
CONDE. Si haré.  
FÉNIX. ¿Has cerrado?  
CONDE. Ya cerré.  
FÉNIX. Bien puedes abrir.  
BEATRIZ. Pues abro.  
Sale DON LUIS.  
DON LUIS. Fénix, ¿tú vestida aquí?  
BEATRIZ. (Aparte.)  
Todo lo llegó a escuchar.  
FÉNIX. Señor, oíte llamar,  
y salgo a buscarte así;  
de tus dolores prolijos  
di el sentimiento mortal;  
declara, señor, tu mal:  
di, ¿qué tienes?  
DON LUIS. Tengo hijos.  
BEATRIZ. (Aparte.)  
Él siente de tu deshonra  
¡ay Dios! la mortal herida.  
DON LUIS. Que me han de costar la vida,

pues me han de quitar la honra.

FÉNIX. (Aparte. Por mí lo dice sin duda,  
sin duda al Conde sintió.)

Señor, si fue culpa yo...

DON LUIS. Calla, Fénix.

FÉNIX. Estoy muda

DON LUIS. En cosas del pundonor  
no puedo tener paciencia

FÉNIX. (Aparte. Yo le digo mi dolencia  
al remedio de mi honor.)

Yo confieso que infiel

tu decoro profanó,

pero palabra me dio...

DON LUIS. No estés volviendo por él

ni con promesas te encante,

que tantas veces las dijo,

que aunque es tu hermano y mi hijo,

le basta ser estudiante.

A Flandes le quiero enviar:

sirva al rey, cuerpo de Dios.

FÉNIX. (Aparte. Corazón volved en vos.)

Señor, dime tu pesar,

declárame tus cuidados.

DON LUIS. Él piensa que soy muy rico.

FÉNIX. ¿Qué ha sido, Señor?

DON LUIS. Perico

me ha jugado cien ducados.

FÉNIX. ¿Por eso te desesperas?

DON LUIS. No espere de mí una blanca,

no ha de ir más a Salamanca:

los ladrones, a galeras.

FÉNIX. En efecto, ¿no dirás

cómo tan tarde has sabido

lo que aquí me has referido?

DON LUIS. Escúchame y lo sabrás:

ya sabes tú que le di

un real sobre otro contados

para el curso cien ducados

no ha diez días.

FÉNIX. Señor, sí.

DON LUIS. Pues porque a piedad me obligue

aquesta noche ha llegado

el pícaro del criado

con esta carta.

FÉNIX. Prosigue.

DON LUIS. (Lee.)



«Jesús, María y José- Padre y Señor: Por ésta sabrá vuesa merced como he jugado el dinero del curso; pero consuélase vuesa merced que lo perdí con cincuenta y cinco; no me sucederá otra vez, porque tengo hecho juramento de no envidar sin tenerlas de mano. Ya sabe vuesa merced que el que no come tiene pena de muerte: vuestra merced tiene obligación de sustentarme, que yo no le pedí que me engendrarse. Yo estoy tan quieto, que ya no deajo que nadie riña conmigo. Ayer me rogó tanto un aragonés, que le costó un ojo de la cara; porque vuestra merced no diga que soy perdido, ahí le envió a Crispinillo; vuestra merced me le vuelva a enviar luego al punto con el plus, por otro nombre pecunia. Guarde Dios a mi padrecito, viejo de mi alma, lumbre de mis ojos. Salamanca y postrero de Octubre. Su humilde hijo, Perico. Vuestra merced diga a mi hermana me encomiende a Dios, que yo, aunque indigno, me acuerdo della en mis oraciones.»

¡Hay tan gran bellaquería!

Yo apostaré, Fénix, yo

que en toda su vida no

ha rezado Ave María;

pero que vieses quisiera

a estotro medio estudiante:

¡ah Crispinillo, ah, bergante!

CRISPINILLO. ¿Señor?

DON LUIS. Salid acá fuera.

Sale CRISPINILLO vestido de gorrón, con unas alforjas, botas y espuelas.

CRISPINILLO. Adsum.

DON LUIS. ¿Vos venís, en fin,

desde la Universidad?

CRISPINILLO. Etiam Domine.

DON LUIS. Callad,

picaron, no habléis latín.

CRISPINILLO. Non possum.

DON LUIS. No na engañéis,

muypreciado de estudiante,

con decirme a cada instante

tres latines que sabéis;

¿con botas y con espuelas

y alforjas? no lo he entendido,

¿pues sobre qué habéis venido?

CRISPINILLO. Señor, sobre cuatro suelas.

DON LUIS. La industria, por Dios, me agrada.

CRISPINILLO. Esto es, si queréis oílo,

como el que trae un palillo

sin haber comido nada.

DON LUIS. Oíd.

CRISPINILLO. ¿Qué mandáis?

DON LUIS. Yo os llamo...

CRISPINILLO. ¿Qué es lo que vuarced pretende?



DON LUIS. ¿En qué entienden, os pregunto,  
él y otros seis de Madrid  
que viven juntos?

CRISPINILLO. Oíd

lo que hacen punto por punto.

FÉNIX. (Aparte.)

Que el Conde escucha imagina

lo que habla.

BEATRIZ. (Aparte.)

Oirá mil consejos;

mas no puede, que está lejos,

y está echada la cortina.

FÉNIX. (Aparte a Beatriz.)

Este secreto que allano,

a mi fama corresponde,

que no ha de saber el Conde,

si puedo, que tengo hermano.

CRISPINILLO. Para limpiar la persona,

servirse con opinión,

cada uno tiene un gorrón,

y todos una gorrón;

y no pienses que es delito

cometido al pundonor,

porque su amor no es amor,

que es meramente apetito.

Que se levanta sabrás

a escuelas con atención,

y no a estudiar la lición

sino a estorbar los demás.

Tanto, que en mil ocasiones

de todos sus compañeros

va derramando tinteros

para borrar las lecciones.

Va luego (no miento cierto)

que ésta es su costumbre y su

maña, al mono de Tolú

a comer huesos de muerto;

y ciertamente que es gloria

verle cuán hábil y atento

los come de entendimiento

y los paga de memoria.

A su hora señalada

a comer la olla contina,

va con hambre estudiantina,

que la canina no es nada;

comen todos en un plato,

y aguardando a que él empiece,

cuando ellos comen parece  
que lo comen de barato.  
Cencerrea la guitarra,  
ya a jugar zaino y cruel  
espada, daga y broquel,  
después a tirar a barra.  
Y mientras la noche espera,  
juega con mucha quietud  
los tres juegos de virtud:  
dados, pintas y primera.  
Si juega y pierde, al instante  
vuelve con resolución  
todo el juego en colación,  
pues se acaba en Alicante.  
De noche se va al mercado,  
si no hay otro mal que hacer,  
en otro traje, a correr  
asadores de adobado.  
Luego a ver amigos pasa  
a escudriñar y a inquirir  
dónde habrá algo que reñir:  
si no lo hay, se viene a casa.  
Quiérese luego acostar,  
hágole blanda la cama,  
da treinta voces al ama  
que le suba de cenar.  
Llegan los tres mentecatos  
con un respeto que admira,  
si alguien come más, le tira  
los libros, porque no hay platos.  
Rezar, aún no sabe tanto,  
reñir, es cosa precisa,  
estudiar, cosa de risa,  
hacer mal, cosa de llanto.  
En la copia puedes ver  
que mi lengua te pintó,  
el hijo que te costó  
tanto trabajo de hacer.  
Ya, Señor, te le he pintado;  
mira, aunque más te le pida,  
si habrás gustado en tu vida  
dinero tan mal gastado.  
DON LUIS. Vos sois lindo relator,  
y de Perico imagino  
que lleva lindo camino  
de parar en oidor;  
su mala vida he sentido

con más disgusto que pena:

¿tiene alguna cosa buena?

CRISPINILLO. Sí, Señor; es muy perdido,

muy activo, muy cabal,

(es que uno y otro te cuento)

en prometer muy atento,

en cumplir muy puntual;

muy cortés, muy advertido,

valor y prudencia mide,

lo que presta, no lo pide,

lo que da, lo da sin ruido,

y respete su valor,

si es que de vivir gustare,

cualquiera que le tocara

en la punta del honor.

Porque no hallaras, recelo,

del mundo en la variedad,

caballero de ciudad

que esté mas bien en el duelo.

DON LUIS. Por Dios, que me da alborozo

lo que Crispín me ha contado,

el muchacho es mi traslado,

yo era así cuando era mozo.

Yo me determino, pues

de aqueste modo lo quiero,

remitirle algún dinero:

juegue, que muchacho es.

CRISPINILLO. (Aparte.)

Mucho el dinero dilata.

FÉNIX. (Aparte.)

Acabad de llegar, males.

DON LUIS. Crispín, aquí están cabaes

docientos reales de plata:

Dádselos. (Saca dinero en un bulto.)

CRISPINILLO. Harélo así;

piadoso padre te llamo.

(Aparte. Si él supiera que mi amo

ha tres días que está aquí.)

Yo parto a buscarle adonde

mi amo me está esperando;

yo te dejé galanteando

la hermana de cierto Conde,

que le he de encontrar es llano.

DON LUIS. Idos, pues.

CRISPINILLO. Servirte quiero;

¿pero no me da dinero

para que envide una mano? (Vase.)

DON LUIS. Vete a acostarte al instante,  
porque aún no serán las dos.

¡Ah! Sí, llámale por Dios,  
que se olvidó lo importante,  
y esto más le avisaré  
que prevenirle quisiera;

llámale por la escalera.

BEATRIZ. ¿Crispinillo? Ya se fue,  
que ha volado es cosa llana,  
como el dinero ha cogido.

DON LUIS. Aun no se puede haber ido;  
llámale por la ventana.

BEATRIZ. Para que mejor le halle,  
(supuesto que ya se fue),  
si lo permites saldré  
a la puerta de la calle:  
así remediado está.

DON LUIS. No, no, por aquí es mejor.

FÉNIX. Espero, tente, Señor.

DON LUIS. Quita, Fénix, que se irá.

FÉNIX. ¿Qué le quieres?

DON LUIS. En verdad,  
que es justo que le prevenga,  
que ogaño no se nos venga  
la Pascua de Navidad.

FÉNIX. Él lo evitará, supuesto  
que tan airado te ve.

DON LUIS. Desde aquí se lo diré  
(Abra la ventana para llamar al estudiante y topa al Conde embozado.)

A Crispinillo... ¿Qué es esto?

CONDE. Un hombre que en vuestra casa  
oculto desta manera  
y desta determinado  
pone su vida en defensa.

DON LUIS. Hombre que dices tu culpa  
en tu propia resistencia,  
¿quién eres?

CONDE. A esas preguntas  
diera sangrientas respuestas  
a hallaros con una espada.

DON LUIS. Dejadme salir por ella.

CONDE. Ya espero.

FÉNIX. Padre y Señor,  
advierte...

DON LUIS. No me detengas.

FÉNIX. Que con templar una ira  
todo un honor aprovechas.

DON LUIS. ¿Pues quién es el que a mi vida  
la espada indigna sangrienta?

FÉNIX. En errando los principios  
también los fines se yerran.

DON LUIS. En mi dolor no repares  
en mi enojo o mis querellas,  
en tu honor es bien que mires:  
¿quién es el que en mi presencia,  
obligándome con iras,  
me hace mayor las sospechas?

FÉNIX. Señor, mi honor es primero  
que mi vida, y pues intentas  
médico de mi honor mismo  
curar tan grave dolencia,  
el Conde me dio palabra  
de esposo.

DON LUIS. Dilo.

FÉNIX. Y con ella...

DON LUIS. Acaba.

FÉNIX. Basta, Señor,  
que ya te doy hartas muestras  
en decirte su palabra  
y en mostrarte mi vergüenza.

DON LUIS. Conde, o quien sois, sólo alcanzo  
un consuelo a tantas penas,  
que se ha de acabar mi vida  
si no se acaba mi afrenta.

A Fénix satisfaced  
con la mano en mi presencia,  
o en la presencia de Fénix  
me matad, que es bien que vea  
que no acaricio la vida  
cuando desdeño la ofensa.

CONDE. Antes con la indignación  
os irrité a la defensa,  
y agora con la templanza  
está mi pasión modesta;  
no aprovecho yo el valor  
en las canas, porque es fuerza  
que obre un valor solamente  
donde hallare resistencia.

Ni a vos de esposo presumo  
premiaros con la fineza,  
que si no la voluntad,  
la sangre nos diferencia:  
y así a vos por ser tan viejo,  
y a vos por la sangre vuestra,

al uno mi indignación,  
y a otro niego mi promesa;  
viejo sois, y vos mujer,  
y sabed que no aprovechan  
ni el acero de las canas  
ni los filos de la lengua.

DON LUIS. La razón me dé la espada.  
(Vase yendo.)

CONDE. No me obligaré a las quejas.

DON LUIS. ¿Os vais?

CONDE. Ya me conocéis.

DON LUIS. ¡Oh cielos! y quién pudiera...

CONDE. Estáis muy viejo.

DON LUIS. Es verdad;  
pero unas cenizas quedan.

CONDE. Son cenizas.

FÉNIX. Otra vez  
será fuego.

CONDE. Es sin materia;  
y pues no podéis los dos,  
buscad otro que os defienda. (Vase.)

FÉNIX. Yo sabré...

DON LUIS. Fénix ingrata,  
quítate de mi presencia.

FÉNIX. Ya yo me voy.

DON LUIS. ¿A qué aguardas?

FÉNIX. A sentir...

DON LUIS. No te detengas.

FÉNIX. Mi dolor...

DON LUIS. ¡Si él te matara!

FÉNIX. Mi agravio...

DON LUIS. No le refieras.

Un hijo me ha dado el cielo;

enviar a llamarle es fuerza:

valor tiene, yo estoy viejo.

¡Oh si los cielos quisieran,

que, pues las otras ignora,

la ley de venganza sepa! (Vase.)

Salen ARNESTO y CUATRO VALIENTES, MELLADO y ZAJINTO, valientes.

ARNESTO. Aquí le hemos de esperar.

VALIENTE 1º. Pues muera si ha de morir.

MELLADO. ¿A qué hora suele venir?

ARNESTO. Ya poco puede tardar;

aguardarle es importante

en esta esquina.

MELLADO. Es verdad.

ZAJINTO. Digamos en poridad,



¿es valiente el estudiante?

ARNESTO. Hombre es de mucho valor.

ZAJINTO. Pues muera si ha de morir.

ARNESTO. Y hombre que sabe reñir  
con diez o doce.

MELLADO. Meor.

ARNESTO. Y sólo porque me enfada  
le pretendo castigar.

MELLADO. ¿Cómo le hemos de matar,  
de estocada o cuchillada?

VALIENTE 1º. Como viniere a calor.

ARNESTO. Él es hombre de tal modo  
que será menester todo,  
porque es bizarro.

MELLADO. Meor;

y olvide océ esos cuidados,  
que yo haré lo que digo,  
que en mi vida he sido amigo  
de pelear con cuitados.

ARNESTO. Conozco vuestro valor  
supuesto que os he elegido,  
a ningún hombre he temido,  
y éste le temo.

MELLADO. Meor.

ARNESTO. (Aparte. Pues solicita y profana  
este atrevido estudiante  
con apariencias de amante  
la hermosura de mi hermana,  
a la venganza me aliento,  
que a mi sangre corresponde,  
antes que mi hermano el Conde  
quiera castigar su intento.

Pues porque mejor acierte  
la venganza a que me incito,  
no ha de saber el delito  
antes que sepa su muerte.)

La noche es algo cerrada,  
y en ella el valor blasona.

MELLADO. ¿Vela vuested que es tizona?  
Luego la verá colada.

(Mete la espada.)

Gente a esta parte he sentido,  
lástima me hace el cuitado,  
déle uced por enterrado,  
pues que la gente ha venido  
del pendón verde y la hería  
todos esperad atentos.

Sale DON PEDRO DE CÉSPEDES, estudiante gorrón, con un montante, y CRISPINILLO con él.

DON PEDRO. ¿No te dio más de docientos?

CRISPINILLO. No me ha dado más.

DON PEDRO. ¡Miseria!

CRISPINILLO. Que el viejo, si se repara,  
es de la miseria espejo.

DON PEDRO. No hables mal de mi viejo,  
que te cortaré la cara.

CRISPINILLO. Yo la daré por cortada  
si mi lengua te ofendió.

DON PEDRO. La hermana que Dios me dio  
¿tampoco no te dio nada?

CRISPINILLO. No valió para los dos  
toda mi solicitud,  
no me dio ni una salud.

DON PEDRO. Pues que no se la dé Dios.

CRISPINILLO. Tu intento me di y a dónde  
tu amor encendido pasa.

DON PEDRO. Galanteo en esta casa  
la hermana de cierto Conde,  
que es un título extranjero  
de la corte desterrado;  
y puesto que hemos llegado  
hacer una seña quiero.

ARNESTO. Él es, no hay sino llegar.

VALIENTE 2º. No tiene mala persona.

VALIENTE 1º. Tienda oacé la peleona  
y déjenos acá obrar.

DON PEDRO. Llamar quiero por aquí. (Llama.)

CRISPINILLO. ¡Qué se atreviese tu amor  
a la hermana de un señor,  
título de Italia!

DON PEDRO. Sí.

CRISPINILLO. ¡Qué determinado ardor!  
La desigualdad infiero  
que te tiene.

DON PEDRO. ¡Majadero!

No hay más sangre que el valor.

ARNESTO. Desta manera ha de ser,  
empiece a obrar esta llama:

¿Ah, caballero?

DON PEDRO. ¿Quién llama?

ARNESTO. Esta calle he menester.

CRISPINILLO. Pues en la ceniza dimos  
(si el miedo no me ha engañado)  
con todo nuestro cuidado.

DON PEDRO. ¿Cuántos vienen?

ARNESTO. Seis venimos,  
qué preguntáis ¿no lo veis?

DON PEDRO. ¿Seis no más hablan así?

ARNESTO. ¿Os parecen pocos?

DON PEDRO. Sí.

Busquen siquiera otros seis.

CRISPINILLO. Señor, si en la cuenta entré  
de aqueste lance importuno,  
por si les faltare alguno,  
busquen cinco y yo me iré.

DON PEDRO. Bien dices, vete al instante;  
porque un gallina es sin duda  
antes estorbo que ayuda.

VALIENTE 1º. Acabemos, seo estudiante.

DON PEDRO. El ferreruelo pongamos  
guardado, y va de valor,  
que esto hace el buen nadador.

(Compone la capa.)

ARNESTO. ¿No acaba ya?

DON PEDRO. Ya acabamos:

(Aparte. mucho me hablan estos dos.)

ZAJINTO. ¿A este tan valiente pinta?

DON PEDRO. Pongo la vaina en la cinta, (Pónela.)  
y empiezo en nombre de Dios.

(Saca el montante y empiezan a pelear todos, uno a un lado y otro a otro, repartidos, y él  
tirando cada instante y apartándose los valientes, y siempre peleando con Arnesto.)

VALIENTE 1º. Tire vuasté a esotro lado.

ARNESTO. Que estoy herido recelo.

DON PEDRO. Vive Dios, que este mozuelo  
me ha parecido alentado  
y a su valor os responde.

MELLADO. Ea, que no hay que temer.

DON PEDRO. Sin duda debe de ser  
el hermanillo del Conde.

ARNESTO. Mortal me discurre el hielo,  
ya no puedo pelear.

Él me hirió y le he de matar.

DON PEDRO. Válgate el diablo, el mozuelo;  
a quien eres correspondes.

VALIENTE 1º. Zajinto, mostradle dientes.

DON PEDRO. No pensé que eran valientes  
los hermanos de los condes;  
a estos de las estocadas  
quisiera alcanzarles yo.

(Cae don Pedro y dan en él los valientes.)

MELLADO. Vive el cielo que cayó:

ea, sobre él, camaradas.

DON PEDRO. Ahora porque he caído  
tan airados embestís:

sois cobardes.

VALIENTE 1º.

Vos mentís.

Sale EL CONDE.

CONDE. Qué es esto, ¿a un hombre rendido?  
como quien está a su lado  
quiero indignar el acero;  
ea, levantaos, caballero.

DON PEDRO. Vida y honor me habéis dado:

¿qué hacéis, gallinas? Apelo  
de mis manos a mis pies:

a ellos, Crispín; ea, pues.

ARNESTO. Muerto soy, ¡válgame el cielo!  
(Éntrenlos acuchillando el Conde y don Pedro.)

Sale CASANDRA y JACINTA.

CASANDRA. ¿Qué es esto que hay en la calle?

JACINTA. Ruido de armas escuché,  
y si no miente el oído  
a vuestro hermano también.

CASANDRA. Sin duda que con don Pedro  
ha encontrado; ¿qué he de hacer?

JACINTA. ¿Qué es posible que hayas dado  
en hacer caso de quien  
ni de tu amor será digno,  
ni aun digno de tu desdén?  
¿De un estudiante?

CASANDRA.

Jacinta,

no me le nombres, pues ves  
que es muy galán y valiente  
y yo he nacido mujer.

Por burlas empezó amor,  
y aunque por burla le hablé,  
si yo le escuché de veras,  
que es señal puedes creer  
de no quererle muy mal  
haberle escuchado bien.

JACINTA. Salgamos a esotro cuarto.

CASANDRA. Desde él podremos saber...

Sale huyendo CRISPINILLO.

CRISPINILLO. Aquí de vuestro favor  
y aquí vuestra merced,  
que sin ser valona en cesto  
pienso que me han de prender;  
señora, si sois piadosa,  
escondedme si podéis

debajo del guardainfante  
si no hay otra parte en qué;  
diez alguaciles me siguen  
y escribanos más de seis,  
y aunque yo no he hecho causa  
ellos la sabrán hacer.

A un hombre ha muerto en la calle  
mi señor, y otro con él  
a seis valientes de a cuatro  
dieron heridas de a diez;  
no puedo contaros nada,  
porque estoy tal, por mi fe,  
que me iré por esta parte  
y aun por las demás me iré;  
y así con vuestra licencia  
quiero escudriñar y ver  
si encontraré algún tejado  
que esté a mano o esté a pie.

Con esto no soy más largo;  
perdonad, damas, sabed  
que si importa no ser visto,  
no ser oído también. (Éntrase.)

Salen EL CONDE y DON PEDRO.

CONDE. Ya estáis dentro de mi casa  
y en esta pieza podéis  
iros a esconder en tanto  
que yo os salgo a defender.

DON PEDRO. En fin, vos me dais palabra...

CONDE. De que la vida pondré  
por vos, y aun mi propia honra  
si la importare poner.

DON PEDRO. Esa palabra os admito.

CONDE. Id a retiraros, pues.

ALGUACIL. (Dentro.)

Entrad todos a la sala,  
abrid el cuarto.

CONDE. ¿Quién es?

Sale EL ALGUACIL MAYOR.

ALGUACIL. Señor conde de Belflor,  
en vuestra casa entró quien  
a vuestro hermano dio muerte;  
esta desdicha sabed,  
y pues dentro desta casa  
el mismo ofensor tenéis,  
vos os buscad el castigo  
que tan necesario es,  
y no piense generosa

templarme vuestra altivez,  
que he de ver toda la casa.

CONDE. (Aparte. ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?

Mi hermano fue el que murió  
y yo fui aquel que ayudé  
a su muerte, ¿quién se vio  
en tanta desdicha, quién?)

Supuesto que está en mi casa,  
dejarme mirar podéis  
todo el cuarto, porque yo  
lo más oculto veré.

Esperadme en esta cuadra.

ALGUACIL. Si es tan vuestro este interés,  
a vos os toca mandar  
y a mí toca obedecer.

(Vanse.)

CONDE. Cerrar esta puerta quiero  
vete a ese cuarto y después  
puedes salir acá fuera.

CASANDRA. Mortal te obedeceré. (Vase.)

CONDE. Buscar quiero mi venganza,  
desta manera ha de ser,  
yo quiero llamarle agora.

¿Ah, caballero?

DON PEDRO. ¿Quién es?

Sale DON PEDRO.

CONDE. ¿Conocéisme?

DON PEDRO. Ya os conozco,

sois el que esta noche fue  
quien me ayudó.

CONDE. Pues decidme,

¿no me habéis visto otra vez?

DON PEDRO. No os he visto.

CONDE. ¿Ni tampoco

con quien reñisteis sabéis?

DON PEDRO. Era algo oscura la noche;

verdad es que sospeché  
que era un hermano del conde  
de Belflor; mas no lo sé.

CONDE. Ya que a deciros me allano

lo que sabéis y dudáis,  
el muerto es el que pensáis,  
y yo soy el que es su hermano,  
la mano y palabra os di,  
y yo os prometí ayudar,  
pero nadie puede dar  
palabra que es contra si.

DON PEDRO. ¿Pues con qué se satisface lo que queréis intentar?

CONDE. Con que os tengo de matar.

DON PEDRO. Dificultoso se me hace, y si lo queréis saber, puesto que solos estamos y sois valiente, riñamos.

CONDE. No es aquí donde ha de ser; mejor ocasión espero.

DON PEDRO. Pues esa ocasión buscad.

CONDE. Lo primero imaginad que os he de ayudar primero.

DON PEDRO. Pues llegad a declararme en mi animoso temer, cómo a un tiempo puede ser darme muerte y ayudarme.

CONDE. Ha de ser desta manera lo que atento discurrí, daros el ayuda aquí pero la muerte allá fuera.

Airado a un tiempo y fiel he de resolverme, en fin:

ésta es llave del jardín bien podéis iros por él si mi propio dolor labra la venganza que protesto, quedando en ella bien puesto, quedo mal con mi palabra.

Y así por poder pagaros lo que tan preciso es, para mataros después es lo primero ayudaros.

DON PEDRO. Pues preguntaros es bien lo que se me ofrece aquí:

¿me distéis libertad?

CONDE. Sí.

DON PEDRO. ¿Dísteme ayuda?

CONDE. También.

DON PEDRO. ¿Y mi acierto o mi crueldad a vuestro hermano mató?

CONDE. Vuestra espada le rindió.

DON PEDRO. ¿Por vos vivo yo?

CONDE. Es verdad.

DON PEDRO. ¿De suerte, Conde, de suerte, que si no ingrato, homicida, os recompenso una vida con la culpa de una muerte?

CONDE. Cuanto habláis es evidente.

DON PEDRO. Pasemos más adelante,  
que esto es lo más importante.

¿No sabéis que soy valiente?

CONDE. Reñir a mi lado os vi  
resueltamente, por Dios.

DON PEDRO. Pues algo he de hacer por vos  
de cuanto hicisteis por mí.

CONDE. ¿Qué es lo que intentar queréis  
con tanta resolución?

Decidme vuestra intención.

DON PEDRO. Irme donde no me halléis,  
y pagar discretamente

lo que os tengo prometido,

que era ser desconocido

querer ser con vos valiente;

en nueva ofensa ha incurrido

que obliga a duelo mayor

aquel que siendo ofensor

va a buscar el ofendido.

Yo, pues, que templaros trato,

esta ofensa que en vos arde,

quiero parecer cobarde

por no parecer ingrato.

CONDE. Aunque me obliguéis, por Dios,

que no me habéis de templar,

porque os tengo de buscar.

DON PEDRO. Yo he de apartarme de vos.

CONDE. No moderáis mi pasión.

DON PEDRO. Yo no la intento evitar.

CONDE. Digo que os he de buscar.

DON PEDRO. Ésa es vuestra obligación.

CONDE. Que no os provoco ni os muevo  
a que osado os arrojéis.

DON PEDRO. Es que hacéis lo que debéis,  
y yo hago lo que debo.

CONDE. Pues verémonos los dos.

DON PEDRO. Yo pienso que no os veré.

CONDE. ¿No os digo que os buscaré?

DON PEDRO. Yo me apartaré de vos.

CONDE. ¡Esa es gallarda osadía!

Ved que parece temor.

DON PEDRO. Muchas veces es valor  
una honrada cobardía.

CONDE. Los dos somos dos extremos,  
que ofendemos y obligamos;  
pero si nos encontramos,



¿Qué hemos de hacer?

DON PEDRO. Reñiremos.

CONDE. Ídos, no os hayan sentido.

DON PEDRO. Ya el valor se ha declarado,  
yo estoy de vos obligado

CONDE. Yo estoy de vos ofendido,  
y hoy he de ver en mi suerte  
mi venganza prevenida.

DON PEDRO. Procuraré vuestra vida.

CONDE. Yo he de intentar vuestra muerte.

DON PEDRO. Serán los cielos testigos  
de la fe que pongo en vos;  
¿cómo quedamos los dos,  
pues me ayudáis?

CONDE. Enemigos.

DON PEDRO. Pues no os he injuriado yo.

CONDE. Sí, pero habéisme ofendido.

DON PEDRO. Y aunque no os he convencido,  
¿podré reducirlos?

CONDE. No.

DON PEDRO. En efeto, ¿no os obligo?

CONDE. Ni será posible.

DON PEDRO. Adiós.

CONDE. ¡Véngume el cielo de vos!

DON PEDRO. ¡Hágaos el cielo mi amigo!

Jornada segunda

Salen CASANDRA, EL CONDE y JACINTA.

CONDE. No parece este estudiante  
ni sé dónde se ocultó.

CASANDRA. ¿Supiste su nombre?

CONDE. No,

y era lo más importante;

dile libertad fiel

con debida voluntad,

pero en toda la ciudad

no hallo quién me diga dél.

Mas buscarle determino

de mi pasión irritado,

del oculto poblado

al más desierto camino.

CASANDRA. De no hallarte no te espantes,

que como es esta ciudad

también Universidad.

Hay variedad de estudiantes,  
y pues que no ha parecido  
tu ofensor, a lo que infiero  
debe de ser forastero.

CONDE. Eso es lo que he presumido;  
y dejando a mi esperanza  
con irritada advertencia,  
y fiando a la prudencia  
el riesgo de mi venganza,  
les quiero comunicar  
a las luces de tu espejo,  
por mirarme en tu consejo  
un contento y un pesar.  
Por restaurar mi opinión  
ya sabes tú que sin mí  
a un caballero le di  
en la corte un bofetón.  
Sabes que estará irritado,  
pues yo quien le ofendo soy,  
que por esta causa estoy  
en Toledo retirado.

CASANDRA. No me vuelvas a contar  
lo que sé, prosigue.

CONDE. Digo,  
que me ha escrito un grande amigo  
que me ha venido a matar.  
Y agora aplicar intento  
con afecto desigual  
al acibar deste mal  
lo dulce deste contento.  
También me ha escrito una dama  
a quien traté con rigor,  
que en el incendio de amor  
vuelve a habilitar su llama.  
Y no admires inhumano  
violento el fuego en que arde,  
porque siempre olvida tarde  
la que quiso bien temprano.  
Que el que amor solía ser  
a ser delirio se pasa;  
que se ha mudado a otra casa,  
y, en fin, que la vaya a ver;  
a dos cuidados me obligo,  
cuando uno y otro me llama,  
uno a buscar a mi dama,  
y otro a buscar mi enemigo;  
si a éste se arroja mi amor,

queda esotro afecto en calma  
uno es incendio del alma,  
y otro incendio de rigor;  
si aquella ofensa he cumplido  
con satisfacción bastante,  
aquí vengo a ser amante  
y allá no soy ofendido.

Pues en lo que honor recela,  
¿cuál me ordenas que prosiga?

¿un rigor que no me obliga,  
o un amor que me desveía?

CASANDRA. Esto quisiera saber.

CONDE. Di, que el consejo te pido.

CASANDRA. Una dama te ha ofendido.

CONDE. ¿Qué importa siendo mujer?

CASANDRA. Veme respondiendo, y di,  
de tu pasión mal guiado,  
¿esta ofensa que has callado  
es de honor?

CONDE. Casandra, sí

CASANDRA. ¿Y desbocado tu ardor  
quiere entrarse por tu labio  
a renovar el agravio  
de una mujer?

CONDE. Tiene amor.

CASANDRA. ¿Y tanto, en fin, acreditas  
esas pasiones ingratas,  
que la otra ofensa recatas  
y a estotra te precipitas?  
Pues menos puedes temer,  
aunque el consejo te asombre,  
todo el agravio de un hombre,  
que el duelo de una mujer;  
aunque antes fuese querida,  
si después se ve ultrajada,  
es ira cuando olvidada,  
¿qué será cuando ofendida?

Y así por seguro digo,  
entre uno y otro temor,  
que solamente tu amor  
es tu mayor enemigo.

Y estará muy ciego o necio  
si por lograr tu esperanza,  
teniendo la otra venganza  
no temes este desprecio.

CONDE. Ella me ha enviado a llamar,  
y esta noche la he de ver.

CASANDRA. No la vuelvas a ofender  
si no la intentas premiar;  
teme esta nueva mudanza,  
como advertido y discreto,  
¿no caben en un sujeto  
el amor y la venganza?

CONDE. Que me tiene amor advierto,  
y le he de corresponder.

CASANDRA. El amor de la mujer  
no se sabe cuando es cierto.

CONDE. No has, de llegar a obligarme,  
ni este incendio templarás.

CASANDRA. ¿No ves el riesgo en que estás?  
Mira...

CONDE. Yo sabré guardarme  
a otra casa se ha mudado,  
según escribe, y conmigo  
he de llevar un amigo.

CASANDRA. En notable tema has dado;  
mas si no bastan aquí  
para mitigar tu ardor  
mis ruegos ni mi temor...

(Llaman recio.)

CONDE. ¿Llamaron, Casandra?

CASANDRA. Sí.

CONDE. Abre esa antesala, pues.

CASANDRA. ¡Notable susto he cobrado!

JACINTA. Voy a ver quién ha llamado.

CONDE. Acabad, mirad quién es;  
si es el que ofendí, pensad  
que he de esperarle constante.

Sale UN CRIADO.

CRIADO. Señor, aquel estudiante  
a quien diste libertad,  
y a quien contanto cuidado  
para tomar recompensa  
de tu duelo y de tu ofensa,  
por la ciudad has buscado,  
dice que te quiere hablar.

CONDE. ¿Cómo buscándole, di  
me viene a buscar a mí?

CRIADO. No lo sé.

CONDE. Dejadle entrar.

(Baja el Criado trayendo el Estudiante.)

Por Dios, que no le he entendido;  
nuevo modo de templarme,  
ofensor viene a buscarme,

¿qué hiciera más ofendido?

Pero con mi bizarría

que no corresponde digo;

mas él llevará el castigo.

DON PEDRO. Guarde Dios a vueseoría.

CONDE. ¿Cómo os habéis atrevido

a costa de vuestra muerte

a poneros desta suerte

delante del ofendido?

¿De mi valor obligado

no distéis palabra aquí

de recataros de mí?

DON PEDRO. Es verdad que yo la he dado,

y que la cumpliese es bien.

CONDE. A nueva pasión me incito,

¿no sabéis que os solicito

para mataros?

DON PEDRO. También.

CONDE. ¿Luego vuestro error se ve

viniendo a buscarme vos?

DON PEDRO. Quedemos solos los dos,

que luego os responderé.

CONDE. Vete, hermana.

CASANDRA. ¿Quién pudiera

templar tan grande cuidado! (Vase.)

DON PEDRO. Echad fuera ese criado.

CONDE. Tú también vete allá fuera.

para este castigo es bien

acordar esta dolencia;

¿qué intentáis?

DON PEDRO. Si dais licencia

cierra esta puerta también,

CONDE. En fin ¿qué queréis de mí?

DON PEDRO. Que leáis este papel,

pasad los ojos por él.

CONDE. Dádmele, pues.

DON PEDRO. Veisle aquí.

CONDE. (Leyendo.)

«Pedro: Yo estoy sin honra; el ofensor es poderoso; yo estoy muy viejo; vos me dicen que sois valiente: estudiad vuestra venganza.

No os digo quien es la causa de mi deshonor hasta que me veáis, ni firmo hasta que me venguéis, que no es razón que estén juntos el nombre del ofensor y del agraviado, su es bien que se nombre vuestro padre quien no tiene honra que dejaros. Dios os guarde.»

DON PEDRO. ¿Entendisteis el papel?

CONDE. Digo que ya le he entendido.

DON PEDRO. Un padre tengo ofendido  
y mi agravio miro en él.

CONDE. Pues por el papel pensad,  
que aunque vuestro agravio veis,  
hasta ahora no sabéis  
quién os ofendió.

DON PEDRO. Es verdad.

CONDE. Ni quién ha sido.

DON PEDRO. Es así;  
esto es lo que lloraré.

Ni aún el mismo agravio sé.

CONDE. ¿Y queréis saberle?

DON PEDRO. Sí:

pues agora, ilustre Conde,  
que suspenso os califico,  
que generoso os venero,  
y valiente os determino,  
vengo a ampararme de vos;  
porque aunque sois mi enemigo,  
quien fue padrino a mi vida  
será de mi honor padrino;  
yo os di palabra, Señor,  
de huir de vos; mas colijo  
que no es romperla buscaros  
por tercero de vos mismo.  
Yo os tengo ofendido a vos,  
y ofendido un padre miro;  
el que me ha agraviado ignoro,  
la injuria no la he sabido,  
pues con lágrimas de honor  
que por el alma destilo,  
que estotras al rostro salen  
es que han errado el camino,  
o es también que el corazón,  
con apariencias de niño  
sino las vierte de pena  
las suele brotar de vicio;  
os pido que me soltéis  
la palabra, y también pido  
que corriáis ese ardor,  
en tanto que solicito  
a mi agravio mi venganzas  
a mi ofensor el cuchillo,  
a mi pasión mi valor,  
mi templanza a mi delirio;  
seamos amigos en tanto

que espada y pasión indigno  
para cobrar este honor  
que ya consulto perdido.  
Tiempo hay para nuestro duelo,  
y antes está más activo  
para obrar con más violencia  
un rigor envejecido;  
si yo riñese con vos  
agraviado, y por arbitrio  
de la fortuna os matase,  
quedaban a un tiempo mismo  
sin lustre vuestro valor,  
y vuestro honor destruido;  
y si vos me dierais muerte,  
no quedabais tan bien visto;  
pues elegid generoso  
este consejo o aviso,  
ayudadme a tener honra,  
pues con ella conseguimos  
dos honores, vos y yo:  
vos en tener enemigo  
con honra, y yo tener honra  
para ser con vos más digno.  
Mi agravio es vuestro también;  
porque si vos vengativo  
me pretendéis dar la muerte,  
y esta deshonra no evito  
es haceros otro agravio  
vengaros de un ofendido.  
CONDE. Ni se diga que es valiente  
quien no fuere compasivo,  
ni que es enemigo grande  
quien no supo ser amigo:  
amigo soy vuestro en tanto  
que examináis los caminos  
de cobrar el honor vuestro;  
y advertid, que no me obligo  
con la razón que me dais,  
que ése ha sido un silogismo  
que le oigo como aparente,  
y le habláis como a preciso;  
tiempo hay para mi venganza  
y para vuestro castigo.  
Al que ha sido tan bizarro  
que romperme no ha querido  
una palabra que en él  
fuera cumplirla delito;

al que siendo tan valiente  
me habla tan agradecido  
que mi propia obligación  
me cuenta por beneficio,  
téngale yo obligación;  
y así desde luego digo  
que en tanto que no os vengáis  
y que sepáis quién ha sido  
quién ofendió a vuestro padre,  
tengo de ser vuestro amigo;  
pero luego que vengado  
soseguéis el brazo altivo,  
segunda vez irritado  
mi lleva pasión indigno.  
Ésa es deshonra, esta ofensa,  
en mí no hay honor perdido,  
vos echáis el honor menos,  
pues ayudaros elijo;  
que vuestro amigo he de ser  
una y mil veces repito;  
vuestro enemigo después,  
porque en los dos se haya visto  
por duelos y obligación  
ser amigos y enemigos.

DON PEDRO. Pues este rato que soy  
vuestro amigo, sólo os pido  
(porque quiero aprovecharme  
del tiempo en que os hallo fino)  
que me deis los pies.

CONDE. Mis brazos  
con los vuestros califico.

DON PEDRO. Pues, Señor, quedaos agora...

CONDE. ¿Dónde vais?

DON PEDRO. Ya determino  
ir a buscar a mi padre.

CONDE. Esperáos, porque he temido  
no haya alguno que os conozca,  
y que den a no tiempo aviso  
al corregidor que fuistes  
quien mató a mi hermano.

DON PEDRO. Digo  
que decía bien, ¿pues qué haré?

CONDE. Dentro en mi casa escondido  
(porque hay más seguridad  
donde se hizo el delito)  
podéis quedaros.

PEDRO. ¿Y cómo



he de vengarme?

CONDE. Si os sirvo,  
iré a buscar vuestro padre;  
decidme quién es.

DON PEDRO. No elijo  
que sepáis quién es mi padre,  
porque si mi padre mismo  
no me escribe a mí su nombre  
con ser yo su propio hijo  
por ver que está deshonorado,  
no fuera bien parecido  
que diga yo pronunciado  
lo que él me ha negado escrito.

CONDE. Bien decís; en este cuarto  
entrad, que yo necesito  
para ir a ver una dama,  
a quien idolatro fino,  
por asegurar mi vida  
ir a buscar a un amigo  
que me guarde las espaldas;  
descansad, que he presumido  
que habréis llegado a Toledo  
muy cansado del camino.

DON PEDRO. Esperad por vida vuestra.

CONDE. ¿Qué queréis?

DON PEDRO. No me confío  
de vos.

CONDE. ¿Porqué?

DON PEDRO. Porque en vos  
aún dura el ser enemigos.

CONDE. Decid por qué.

DON PEDRO. ¡Vengo yo

fiado en vos a deciros  
todo un deshonor que llevo  
y un agravio que suspiro,  
fío de vos mi dolencia  
y todo mi mal os fío,  
y no me fiáis a mí  
unas espaldas, y activo  
sabiendo que no sé huir  
vais a buscar otro amigo!  
Quedaos con Dios, señor Conde.

CONDE. ¿No veis que constante miro  
que estorbo vuestra venganza  
si os ocasiono a un peligro?

DON PEDRO. ¿Ello no ha de ser noche?

CONDE. Claro es.

DON PEDRO.                   Pues yo me convidó  
a guardaros las espaldas.

CONDE. No lo consiento.

DON PEDRO.                   Ya digo  
que he de ir con vos, vive Dios.

CONDE. Vuestra quietud solicito,  
y así estorbar la venganza.

DON PEDRO. Si es desconfianza, os aviso  
que en llegando a dar palabra  
si fuera mi padre mismo  
contra vos, contra mi padre  
vibrara el acero limpio;  
y aunque importara mi honor  
(prenda que tan noble estimo,  
que está por alma del alma  
dentro del alma incluido),  
mi propio honor no mirara;  
que si valiente y benigno  
ponéis por mi honor el vuestro,  
al vuestro pospongo el mío.

CONDE. Pues no os quiero replicar,  
bien podéis venir conmigo.

DON PEDRO. Ya para acostarse el sol  
en el lecho cristalino,  
le están mullendo sirenas  
los transparentes de vidrio.

CONDE. Pues si es de noche, salgamos.

DON PEDRO. Otra vez agradecido  
al templo de vuestra re  
me entrego o me sacrifico.

CONDE. ¡Oh cómo os soy obligado  
aunque me siento ofendido!

DON PEDRO. ¡Oh cómo una sangre luce  
de la bizarría al viso,  
y cómo también me pesa  
que estando agora tan finos  
en acabando este duelo  
no hayamos de ser amigos!

(Vanse.)

Salen FÉNIX y BEATRIZ con luces.

BEATRIZ. En fin, ¿le enviaste a llamar  
habiéndote ya dejado?

FÉNIX. ¿Qué he de hacer si no he encontrado  
el camino de olvidar?

Dura inapagable ardor  
en mi ofendida esperanza,  
pues le quiero por venganza

y tu piensas que es amor.  
Héle llamado (¡oh cruel!)  
por ver si le templo así,  
que ha de estar el riesgo en mí  
cuando está la ofensa en él.  
BEATRIZ. Paga su temeridad  
con ingrata recompensa,  
y no achaques a su ofensa  
lo que hace tu voluntad.  
FÉNIX. ¡Oh quién de mi llanto al precio  
feriara el mal que ha sentido,  
porque siento más su olvido  
que mi injuria y su desprecio!  
BEATRIZ. Tus discursos no verás  
que están de razón ajenos;  
¿el desprecio sientes menos  
y el olvido sientes más?  
FÉNIX. Sé que no es pasión muy necia  
la que yo lloro advertida,  
que el que desprecia, no olvida,  
pero el que olvida, desprecia.  
El que amante despreció,  
si antes quiso a una mujer,  
puede volverla a querer,  
pero el que la olvida no;  
y para mi conclusión  
estos afectos admira,  
desprecio es pasión de ira,  
y el olvido no es pasión.  
Luego bien le colegido  
por discurso natural,  
que el desprecio es menor mal  
y mayor el del olvido.  
BEATRIZ. Digo, Fénix, que no dudo  
lo que arguyes, mas me espanto  
que discurrir puedas tanto.  
FÉNIX. Es el dolor muy agudo;  
mas deja, que en mis enojos,  
o puntual o prudente  
pague en aljófar corriente  
censo de plata a mis ojos.  
BEATRIZ. Dime, Señora, en rigor,  
porqué tu llanto me admira  
tus lágrimas ¿son de ira  
o son lágrimas de amor?  
FÉNIX. En mi pena y mi mudanza  
fácil puedes conocer,

que estas que miras verter  
son lágrimas de venganza.

BEATRIZ. En una materia tocas  
que no acierto a discurrir,  
en qué lo he de colegir.

FÉNIX. En que salen tarde y pocas.

BEATRIZ. ¿Pues qué precisa evidencia  
me has asegurado aquí  
para conocerlo así?

FÉNIX. Óyelo con experiencia  
para entenderlo mejor;  
si lo reparas verás

que siempre concurren más  
las lágrimas del amor.

Pues ya a la experiencia llevo;

como este cuerpo mortal

es un leño racional,

y el amor le prende el fuego,

a esotro leño imitando,

cuando el fuego está prendiendo,

por una parte está ardiendo

y por otra está sudando.

La experiencia por despojos

distingue con atención,

arde por el corazón,

pero suda por los ojos;

pues hoy al contrario mira,

si a los ojos se previenen,

la diferencia que tienen

las lágrimas de la ira.

No hallando la ira esperanzas

de ejecutar sus pasiones,

ni por la boca en razones,

ni por el brazo en venganzas,

ardiendo con la pasión,

no viéndose satisfecho,

se aprieta dentro del pecho

o se exprime el corazón.

Pues para templar su ardor,

a los ojos los da en tanto

aquel que parece llanto

y es un leve trasudor.

Pues si cuando me provoco

a violentar mi ardimiento,

para templar mi tormento,

lloro tarde y lloro poco,

por evidencia mejor

o por consecuencia admira  
que es todo mi llanto ira  
y no llanto mi dolor.

BEATRIZ. Mi Señora, a lo que infiero,  
como la noche cerró,  
gallo que ya se pasó  
está ya en su gallinero;  
y la noche se ha trocado  
más cerrada al parecer  
que un portugués mercader  
cuando le piden prestado.

FÉNIX. A estas horas le escribí  
me viese.

BEATRIZ. ¿Y hasle avisado  
como nos hemos mudado  
a esta casa?

FÉNIX. Beatriz, sí.

BEATRIZ. Pues aquí esperando estoy,  
a esotra cuadra se ve,  
y la seña escucharé  
del Conde.

FÉNIX. Pues yo me voy.

BEATRIZ. Saliera tu intento vano  
si tu hermano te encontrase,  
que es posible que llegase  
de Salamanca tu hermano.  
Y porque mi duda cuadre  
esta advertencia prevengo.

FÉNIX. Yo le he dicho que no tengo  
mas pariente que a mi padre,  
que como sin ver mi honra  
mi ardiente amor me ha vencido,  
no quise hacer conocido  
mi hermano por mi deshonra.

BEATRIZ. Digo que hiciste bien.

FÉNIX. Pues  
esas sospechas reporta,  
que aunque le encuentre, no importa,  
porque no sabrá quién es;  
yo me retiro. (Vase.)

BEATRIZ. Y yo creo  
que en la escalera he sentido,  
si no me engaño, ruido:  
¿quién es? ¿quién sube?

Sale CRISPINILLO.

CRISPINILLO.

Laus Deo.

BEATRIZ. ¿Crispín?

CRISPINILLO.                   ¿Beatriz?  
BEATRIZ. (Aparte.)  
¡Que llegó  
a esta ocasión! ¿Qué temor?  
CRISPINILLO. ¿Entró en casa mi Señor?  
Porque ya ha llegado.  
BEATRIZ.                               No.  
CRISPINILLO. Juntos habemos venido.  
BEATRIZ. Di, ¿a qué? (Aparte. ¡Terrible pesar!)  
CRISPINILLO. Su padre le envió a llamar;  
la causa no la he sabido.  
BEATRIZ. Oye, vete a recoger,  
porque vendrás muy cansado.  
CRISPINILLO. No vengo.  
BEATRIZ.                               (Aparte. Si da en porfiado  
lo ha de echar todo a perder.)  
Tu señor ¿dónde quedó?  
Ve a buscarle donde le halles.  
CRISPINILLO. Al cruzar las cuatro calles  
se me desapareció,  
que fue alguna causa infiero,  
que esto en tal ocasión pasa.  
BEATRIZ. Si se ha ido a la otra casa,  
donde vivimos primero,  
como estotra casa ignora,  
que esto es lo que he imaginado...  
CRISPINILLO. Puede ser, que yo me he estado  
en encontrar ésta una hora.  
BEATRIZ. Búscale.  
CRISPINILLO.                   Porfiada estás,  
cuando ves que estoy cansado.  
BEATRIZ. Pues vete a acostar, menguado,  
porque así descansarás.  
CRISPINILLO. Aunque más esté rendido  
la cama me desespera,  
¿no me dejarás siquiera  
hablar de recién venido?  
BEATRIZ. (Aparte.)  
¡Hay tan gran flema! ¿Qué haré?  
Si a que llegue el Conde espero..  
CRISPINILLO. Pregúntame algo.  
BEATRIZ.                               No quiero.  
CRISPINILLO. Pues yo te preguntaré.  
BEATRIZ. Vete a acostar. (Aparte. ¿Qué he de hacer?)  
CRISPINILLO. ¡Ay tal tema! ¿Qué me quieres?  
Cierto, Beatricilla, que eres  
desconversable mujer.

BEATRIZ. (Aparte.)

No me basta hacerle fieros  
para echarle de mi lado:  
no he visto hombre tan pesado.

CRISPINILLO. ¿Sabes algo de ligeros?

BEATRIZ. (Aparte.)

Si conmigo se repunta  
le sabré dar a entender...

CRISPINILLO. La respuesta debe ser  
como ha sido la pregunta.

-Un día al amanecer  
dijo un tuerto a un corcovado:

Muy de mañana ha cargado  
vuesarced al parecer.-

-Ya se ve que es de mañana,  
dijo el corcovado al tuerto,  
pues que vuesarced no ha abierto  
más de esa media ventana.-

BEATRIZ. ¿Quieres irte a recoger,  
que así no me satisfaces?

¿Cuánto yo te pido haces,  
y esto no quieres hacer?

CRISPINILLO. -Escribió un hombre a Zamora:  
tres os he escrito con ésta,

y no he tenido respuesta  
si no es de dos hasta agora.-

El ejemplo se verá,  
que así deste modo ha sido,  
pues de lo que aún no has pedido  
quieres la respuesta ya.

(Ruido en la calle.)

BEATRIZ. (Aparte. La seña es ésta, ¡qué enojo!  
el Conde.) ¿Qué le diré  
que le irrite? Calvo.

CRISPINILLO. A fe  
que diera por serlo un ojo.

BEATRIZ. Calvo.

CRISPINILLO. Sí ser calvo igualo  
con el bien menos ajeno.

BEATRIZ. ¿Pues qué hay en los calvos bueno?

CRISPINILLO. ¿Pues qué hay en los calvos malo?

Tu sinrazon se comida,  
y no los quieras culpar:  
dime, ¿habrás visto ahorcar  
a un hombre calvo en tu vida?

Si sacan a un azotado  
a visitarle el envés,





porque hay un criado en casa,  
que es después de ser muy necio,  
tan flemático que puede  
ser guarda de un monumento;  
al cuarto quiero llevarte  
de Fénix.

CONDE. Mata primero  
esa luz, porque conmigo  
viene un amigo y no quiero  
que te conozca.

BEATRIZ. Bien dices,  
ya la mato. (Mátala.)

CONDE. No tan presto.

BEATRIZ. Yo la volveré a encender,  
que aún tengo mi amor entero,  
y podré con otro soplo  
ponerla como de nuevo.

Sale DON PEDRO al paño.

CONDE. Déjale estar ya: llegad  
a aquesta sala, don Pedro.

DON PEDRO. ¿Es dama de la Noruega  
esta dama?

CONDE. En este puesto  
podréis más seguramente  
preveniros a mi riesgo (Tiente la silla.)  
si ella está aquí, os asentad.

DON PEDRO. Lo que ordenas obedezco. (Siéntase.)

BEATRIZ. Ven conmigo, no te sienta  
el caduquísimo viejo,  
que tiene un sueño más frágil  
que un ayuno.

(Tome de la mano Beatriz al Conde.)

CONDE. Ya te entiendo.

BEATRIZ. ¿Oyes?

CONDE. ¿Qué dices?

BEATRIZ. Y pisa...

CONDE. ¿Qué es lo que quieres?

BEATRIZ. Tan quedo,

que te parezca que pisas,  
según caminas atento,  
los huevos de las despensas  
que desotros no hay un huevo. (Vase.)

DON PEDRO. Corrido me hallo, por Dios,  
de haber venido a este empeño  
un hombre que es mi enemigo;  
pero no pudo ser menos  
no habrá la aurora salido

a prevenirle aposento  
por la eclíptica de luz  
al rey de tantos luceros,  
cuando vaya a ver mi padre,  
y mi deshonor sabiendo,  
vengue con mi indignación  
mi deshonor; mas no quiero  
hacer entes de razón  
en agravios verdaderos.

Sale DON LUIS, con espada y broquel, medio desnudo.

DON LUIS. O me ha engañado el oído,  
que anda a los males atento,  
o es que mi sospecha ha sido  
imaginación del miedo;  
o he escuchado hacia esta sala  
pasos, y sin luz pretendo  
examinar este indicio;  
porque si no es verdadero,  
es haberle consentido  
dar a entender que lo creo.

DON PEDRO. ¡Que esté mi padre ofendido  
y que acuda yo primero  
al honor de mi enemigo  
que no al de mi padre mismo!

(Dé un golpe en la silla.)

DON LUIS. Golpe escuché en una silla  
hacia aquí, y a lo que entiendo,  
al compás que están obrando  
continuos los movimientos.

La baqueta y el nogal  
se están quejando del peso;  
si me arrojo puede ser  
que huya quien es, pues yo apruebo  
ver con luces mi deshonor,  
que quiero ser el primero  
que en vez de ocultar el mal  
dé luz a su agravio mismo. (Vase.)

DON PEDRO. ¿Quién puede ser esta dama  
adonde hay tanto riesgo, (Levántese.)  
en este barrio que nunca  
conocer yo en Toledo  
las damas de mejor porte  
he visto aquí? Mas ¿qué es esto?  
(Mire don Pedro hacia el vestuario.)

Luz es ésta, vive Dios,  
y por las espaldas veo  
a un hombre, que desnudando

de la vaina va el acero,  
encargando al diestro brazo  
la espada, y dando al siniestro  
una luz, indigna airado  
valor y razón a un tiempo.  
Avisar quisiera al Conde,  
pero no me toca hacerlo,  
a la defensa he venido  
y no al aviso, yo intento,  
pues prometí la defensa,  
cumplir con lo que prometo.

Mataréle. (Saque la espada.)

Al entrar don Pedro con la espada, sale DON LUIS con espada y luz.

DON LUIS. Morirá.

Pero, ¿qué miro?

DON PEDRO. ¿Qué veo?

DON LUIS. ¿Hijo?

DON PEDRO. ¿Señor?

DON LUIS. ¿Ya has venido?

¡Cuánto de verte me alegro!

¿Quién te abrió tan tarde, hijo?

¿Por dónde entraste aquí dentro?

¿Has venido a tu venganza?

¿Sabes ya tu agravio rnesmo?

Mas ¿cómo el rostro indeciso,

el brazo airado y suspenso,

templada la indignación

con prolijos sentitnientos,

cuando te llamo a venganzas

te confundes en silencios?

DON PEDRO. Padre, ¿cómo vos aquí?

¿Cómo yo...?

DON LUIS. Hijo, ¿qué es esto?

¿Qué turbación ha dejado

embarazado tu aliento,

si no es que va te has vengado

habiendo sabido el dueño

de mi ofensa, que un agravio

no sabe durar secreto?

DON PEDRO. De tus pasiones llamado

a satisfacerte vengo;

pero responde, Señor,

¿esta es tu casa?

DON LUIS. Sí, Pedro;

aunque ésta no es a tu casa.

DON PEDRO. ¿Por qué?

DON LUIS. Porque no tenemos

aquel honor...

DON PEDRO.

Calla, padre,

no sueltes la voz del pecho;  
mas dime todo mi mal,  
dile, Señor, porque temo  
que en dudar mi deshonor  
hay más evidente el riesgo,  
pues moriré de dudarle  
y viviré de saberlo.

(Aparte. Mas ¿quién se ha visto cerrado  
de tan contrarios efectos?

Mi enemigo está en mi casa

y yo, acompañarle vengo;  
tengo hermana, y aunque es noble,  
es mujer, que a un tiempo mismo,  
por el honor de mi padre  
me está obligando otro duelo;  
si éste pretendo saber  
otra deshonor recelo,  
pues acudamos, honor,  
a esta dolencia primero.

Allí la ofensa es dudosa  
y aquí es el agravio cierto,  
allí aún no estoy ofendido,  
aquí aún no estoy satisfecho.

Pues si aquella aún no es deshonor,  
esta deshonor apuremos.)

Dime, padre, ¿quién ha sido  
quien ha profanado el templo  
de mi honor? Y di también,  
¿qué ofensa es la que te han hecho?

DON LUIS. Hay en aquesta ciudad...

DON PEDRO. Di, Señor.

DON LUIS. Un caballero  
que atrevido...

DON PEDRO. No te pares.

DON LUIS. Procuró...

DON PEDRO. Dilo de presto.

DON LUIS. Quisiera decirte el mal  
del modo que yo le siento.

DON PEDRO. Ayúdate de la ira,  
y le dirás.

DON LUIS. Estoy viejo,  
ya se apaga aquel ardor  
que viste encender violento,  
y si algun fuego quedó  
al turbio corriente tierno

de mis ojos, se quedó  
en humo y sombra resuelto,  
que era su corriente mucha  
para ser tan poco el fuego.  
Este caballero pues...

DON PEDRO. Con sólo ser caballero  
doy un consuelo a mi mal  
si cabe en mi mal consuelo.

DON LUIS. Digo, que una noche...

DON PEDRO. Acaba,  
Dime tu dolor.

DON LUIS. No puedo;

intérprete ha menester  
la lengua del sentimiento  
Fénix le sabrá explicar.  
Ven a examinarle cuerdo,  
pregúntale tu desdicha,  
averíguala su pecho,  
y no la obligues con iras,  
antes elige por medio,  
si quieres que diga el mal,  
darla primero el consuelo.

Ea, entremos en su cuarto.

DON PEDRO. Tente, Señor. (Aparte. ¡Vive el cielo!  
que Fénix de mi deshonra  
es la causa, y que yo vengo  
de mi propio deshonor  
a ser infame tercero.

Pues no ha de saber mi padre,  
aunque haya sido por yerro,  
que vengo con mi enemigo.)

DON LUIS. ¿En qué te suspendes, Pedro?

Entremos.

DON PEDRO. Tente, Señor,  
que no hemos de entrar.

DON LUIS. ¿Qué es esto?

¿Tú me defiendes la puerta?

DON PEDRO. Sí, Señor, yo la defiendo.

DON LUIS. Quítate.

DON PEDRO. No he de apartarme.

(Aparte. Yo sabré matarle luego.

Ahora importa defenderle;  
¡quién se vio en tan grande empeño,  
que por librar su enemigo  
ofenda a su padre mismo!

DON LUIS. Entra, Pedro.

DON PEDRO. No es posible.

DON LUIS. Déjame pasar.

DON PEDRO. No puedo.

(Dentro ande ruido.)

FÉNIX. (Dentro.)

¡No has de salir, vive Dios!

DON LUIS. Voces y pisadas siento.

DON PEDRO. Detente, padre.

Sale EL CONDE.

CONDE. Ya estoy

a vuestro lado, don Pedro.

Sale FÉNIX.

FÉNIX. Y yo a tu lado también

defender mi vida quiero.

Mas, ¡cielos! éste es mi hermano,

viva estatua soy de hielo.

DON PEDRO. Mi hermana y el Conde, ¡oh penas!

DON LUIS. Mi hijo y mi enemigo, ¡oh cielos!

CONDE. Su hijo dice, ¡qué desdichas!

FÉNIX. Mi muerte aguardo, ¡qué miedo!

DON LUIS. Hijo, aqueste es tu enemigo

y aqueste es el caballero

que me ofendió, ¿cómo vuelves

tú por tu enemigo mismo?

DON PEDRO. Dices bien, y sólo arguyo,

que siendo tanto el empeño,

aunque veo mi palabra

cuando mi deshonra veo,

entre el honor y palabra

es mi venganza primero:

¡muere, traidor!

CONDE. Esperad;

valor guardo y guardo acero

para quitaros la vida,

pero esto avisaros debo

en ley de noble linaje

cumplo aquello que prometo.

A mi hermano distes muerte,

y no sólo, oídmelo atento,

no os maté, pero os fié

lo más oculto del pecho,

en mi casa os amparé

contra mi ofensa dispuesto,

¿y vos dentro en vuestra casa

queréis matarme? Pues demos

la indignación a la ira

y la pasión al efecto.

Pero quiero que acredite

quien supiere nuestro empeño  
que no hacéis lo que debéis  
y yo hice lo que debo.

DON PEDRO. Tiene razón, vive Dios,  
primero era suyo el duelo,  
primero me dio la vida,  
y me dio libertad luego,  
después me amparaba noble,  
y agora matarle intento,  
si le dejo, estoy sin honra,  
y falto si no le dejo  
a obligación y palabra;  
¡cómo haré, piadosos cielos  
para darle libertad  
y darle la muerte a un tiempo!

DON LUIS. Con la muerte de su hermano  
la obligación te confieso,  
y la palabra también;  
pero cuando le hayas muerto,  
no se desdora tu sangre,  
que si él como caballero  
te socorrió, en el socorro  
queda su honor más bien puesto;  
aquí hay agravio, y agravio  
pide la venganza luego,  
luego no debes pagar  
esta obligación, supuesto  
que en ti viene a ser infamia  
lo que en él era trofeo.

DON PEDRO. ¡Quién para tantas pasiones  
pudiera buscar un medio!  
Pero medie a mi cuidado  
la ejecución de mi acero.

CONDE. Ea, don Pedro, riñamos;  
mas una cosa os acuerdo,  
que me distes la palabra  
de ayudarme en cualquier tiempo  
contra vuestro propio padre.

DON PEDRO. Es verdad.

DON LUIS. Los cumplimientos  
no obligan a las deshonras.

CONDE. Y añadistes demás desto,  
que aunque importara la honra  
que tenéis.

DON PEDRO. Yo lo confieso.

DON LUIS. Mira que son aparentes  
todos esos argumentos,

respóndate con tu honor.

CONDE. ¿Qué intentas?

DON PEDRO. Vengarme apruebo.

DON LUIS. ¿Pues, qué esperas?

CONDE. ¿Pues, qué aguardas?

DON LUIS. Yo te irrito.

CONDE. Yo te aliento.

DON LUIS. Yo te enojo.

CONDE. Yo te obligo.

FÉNIX. Prevenir quiero mi riesgo,

huir quiero esta desdicha. (Vase.)

DON PEDRO. Esto ha de ser.

DON LUIS. No te muevo.

CONDE. ¿Qué respondes?

DON PEDRO. Ya me arrojó:

pagarte y matarte debo.

CONDE. ¿Cómo ha de ser?

DON PEDRO. Desafortunado.

DON LUIS. ¿Qué intentas?

DON PEDRO. Oye mi intento:

dos somos mi padre y yo,

con que matarte podremos,

y no es bien que mi valor

se valga de mis excesos.

Tú en tu casa me libraste

por un jardín, pues yo quiero

hacer lo propio en la mía:

tú me has traído a este puesto,

aquí te defendiendo yo,

aquí defenderte apruebo;

tú eres bizarro y valiente

y noble, y esto supuesto

cuando te buscare airado

presumo hallarte resuelto.

Tú me dijiste, después

que me libraste del riesgo,

que quedabas mi enemigo,

pues con igual sentimiento

no sólo te correspondo,

mas presumo que te excedo;

con ser agravio el que lloro

y tú una ofensa, que es menos;

aquí no te he de matar,

pero buscarte resuelvo

en saliendo desta casa

con voces que exhale al viento,

iras que indigne mi brazo,



quejas que encargue a mi pecho;  
con dilatar mi venganza  
te pago lo que te debo,  
pues con matarte en la calle  
te satisfago y me vengo.

Tú procuras la defensa  
de tu hermano, y yo pretendo  
la venganza de mi honor;  
ya yo tengo satisfecho  
el duelo de tu amistad,  
y tu como noble has hecho.

Obligados y ofendidos  
estamos a un mismo tiempo,  
el un duelo está acabado  
es otro duelo empecemos.

CONDE. Pues a la calle salgamos,  
que aunque agora me suspendo,  
es por no echarte a perder  
lo mismo que te agradezco.

DON LUIS. ¿A tu ofensor dejas ir?

DON PEDRO. Sabrále buscar mi acero.

DON LUIS. Advierte que puede ser...

CONDE. Buscarte también prometo.

DON LUIS. ¿No ves que eres agraviado?

DON PEDRO. Tú me verás satisfecho.

DON LUIS. La tuya no es más de ofensa.

CONDE. ¿No ves que es mi hermano el muerto?

DON LUIS. La ira temple tu brazo.

DON PEDRO. Antes pienso que la esfuerzo.

DON LUIS. ¿Te irás?

CONDE. No huyen los nobles.

DON LUIS. ¿Te vengarás?

DON PEDRO. Tengo esfuerzo.

DON LUIS. Pues vete.

CONDE. Hallarásme airado.

DON LUIS. Lo que harás...

DON PEDRO. Veráslo presto.

CONDE. Librar a Fénix procuro.

DON PEDRO. Matar a Fénix prometo.

DON LUIS. Irritar su espada juro.

CONDE. ¡Ayude el cielo mi intento!

DON PEDRO. ¡Libreme el cielo de mí!

DON LUIS. ¡Déjeme vengar el cielo!

Jornada tercera

Salen FÉNIX, medio desnudo, y El CONDE de priesa: entran y cierran una puerta.

CONDE. Reduce al rostro el color  
que ya estás libre.

FÉNIX. De suerte,  
que por huir de una muerte  
me ha cogido un deshonor;  
¡que esto a mi nobleza pasa!  
Turbada llego y mortal.

CONDE. ¿Cuándo no fue torpe el mal?

FÉNIX. ¿Dónde estamos?

CONDE. En mi casa;  
y estando mi hermana aquí,  
para tu pena recelo  
que hallarás dulce consuelo.

FÉNIX. ¿Y estamos seguros?

CONDE. Sí.

FÉNIX. ¿Y si mi hermano me alcanza,  
que pienso que me siguió,  
y aún me vio entrar?

CONDE. No te vio,  
que es muy ciega la venganza;  
mi prudencia te convida  
a divertir el temor.

FÉNIX. ¡Si volvieras por mi honor  
como vuelves por mi vida!

CONDE. Tiempo hay.- ¿Casandra?

Sale CASANDRA.

CASANDRA. ¿Quién llama?

Hermano, tú tan turbado,  
¿qué me ordenas?

CONDE. Ten cuidado,

Casandra, con esta dama,  
porque importa a su opinión  
y a defenderla me atrevo,  
supuesto que pagar debo  
a su amor mi obligación.  
Tras mí procuró vengar  
su hermano el fuego en que arde,  
y era parecer cobarde  
no salirle yo a buscar;  
elija, pues, mi rigor  
la venganza permitida,  
ya he defendido tu vida,  
ahora falta mi honor.

FÉNIX. Tente, porque más tirano  
presumo perderte así,

pues he de perderte a tí  
o he de perder a mi hermano;  
y perderte a tí es peor  
según a mi agravio acuerdo,  
que en él un hermano pierdo,  
pero en tí pierdo un honor;  
pues si puedo desta suerte  
a mi deshonor cobrarte,  
mucho más de provocarte  
debo elegir de temerte.

CASANDRA. No he de aconsejarte tal:  
buscar quien fuere preven,  
que si a tu honor le está bien,  
a tu valor le está mal.

CONDE. Pues deja que airado intente  
cobrar la ocasión que pierdo.

FÉNIX. No es ser cobarde ser cuerdo.

CASANDRA. Ni ser cuerdo es ser valiente.

FÉNIX. Hacer forzoso el rigor  
no es valor, sino locura.

CASANDRA. Y lo que nombran cordura  
siempre suele ser temor.

CONDE. Dejad de porfiar las dos,  
que yo sé lo que he de hacer.

FÉNIX. Oye.

CASANDRA. Advierte.

CONDE. Esto ha de ser:  
guarda esta dama, y adiós. (Vase.)

FÉNIX. Si son tantos mis enojos  
y mi desconsuelo es tanto,  
¿qué hace en mi pecho mi llanto,  
y qué hacen sin él mis ojos?  
Pero un consuelo me espera,  
que si no sube a su centro,  
será ponzoña allá dentro  
y será alivio acá fuera.

CASANDRA. Quién eres quiero saber,  
tú que para dolor tanto  
me hablas con lengua de llanto.

FÉNIX. Una infelice mujer.

CASANDRA. Di, ¿cuál ha sido el rigor  
que reducidas en hielo  
pagó lloviznas a tu cielo?

FÉNIX. Un agravio y un amor.

CASANDRA. Bella dama, ¿dime pues  
quién fue el ingrato y tirano  
que te ha ofendido?

FÉNIX. Tu hermano.

CASANDRA. ¿Y tu nombre?

FÉNIX. Fénix es.

CASANDRA. Pues no a tu desvelo asombre  
receloso tu temer

que ya llevo a conocer  
tu desdicha por tu nombre;  
ya mi hermano me ha contado  
tu fineza y su vigor,  
su ingratitud y tu amor,  
su descuido y tu cuidado;

y pues no quiero tu error  
que me declares, te pido  
¿qué es lo que te ha sucedido?

FÉNIX. No tiene lengua el dolor.

CASANDRA. No procures vergonzosa  
callar, tu error por tu fama,  
que del amor en la llama  
ardo también mariposa;  
dime tu mal declarado  
para consolar tu olvido,  
que, Pues, digo que he querido  
también confieso que he errado.

FÉNIX. No permitas que te diga  
mal que aún no se comprende,  
y pues sabes quién me ofende,  
sepa de ti quién te obliga:  
ya que sé que eres amante  
sepa la causa, en efeto.

CASANDRA. Tengo amor, pero es secreto;  
un caballero estudiante  
arde en mi pecho inhumano.

FÉNIX. El dueño me nombra, pues.

CASANDRA. Don Pedro Céspedes es.

FÉNIX. Ése, Casandra, es mi hermano.

CASANDRA. Luego aquí con dos extremos,  
cuando el amor nos rendimos,  
de un accidente morimos.

FÉNIX. De un achaque adolecemos.

CASANDRA. Que una es nuestra causa arguyo  
a no intervenir desdén,  
a tu hermano quiero bien.

FÉNIX. Y yo tengo amor al tuyo;  
ya en vano la voz impido,  
si a mi lengua he despertado:  
yo le amo solicitado.

CASANDRA. Y yo te ignoro admitido:

mas ¿cómo has venido aquí  
triste, turbada y mortal?

FÉNIX. ¿Dirásme luego tu mal?

CASANDRA. Si diré.

FÉNIX. Pues oye.

CASANDRA. Di.

FÉNIX. Tan compadecida

te oiré como atenta,

por anticiparte

la atención siquiera.

Y así ¿mas, qué es esto?

Ruido hay allá fuera,

¿quién será?

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ. Yo soy.

FÉNIX. ¿Beatriz tan suspensa?

CASANDRA. ¿Qué traes?

FÉNIX. Dilo presto.

BEATRIZ. Traigo malas nuevas.

CASANDRA. ¿Es muerto don Pedro?

BEATRIZ. No es muerto.

FÉNIX. Habla apriesa,

¿y el Conde?

BEATRIZ. Tampoco.

FÉNIX. El suceso empieza.

BEATRIZ. Oíd que me importa

que me estéis atenta.

Aquel estudiante

que tiene las letras,

pocas, pero grandes;

grandes, pero buenas;

aquel que tu padre

le hizo en la turquesa

donde tú naciste

sin gana y por fuerza,

salió con el Conde

por las nuestras puertas

a dar estocadas

tales como buenas,

al tiempo que tú

pusiste discreta,

si no en polvorosa,

pies en polvareda.

Tú que al Conde viste,

por un lado llegas,

haces que en su casa

te libre por fuerza,

con la obscura noche  
librarte aprovecha.  
Pues el tu hermanico  
que a la calle llega,  
y no encuentra al Conde,  
por vengar su ofensa,  
verbos por la boca  
con sus nombres echa,  
todos en romance,  
que en latín los yerra.  
La justicia entonces,  
que andaba de pesca,  
las varas por callas,  
la vista por cuerda,  
y en lugar de anzuelos  
corchetes con lengua,  
topa con tu hermano,  
con «¿quién va?» le llegan  
«nadie va», responde;  
no lo dijo en estas  
cuando a estotras dicen  
todos «resistencia»;  
«yo no me resisto»,  
les responde apenas,  
cuando como diablos  
le incitan y tientan.  
«Éste es», dijo el uno,  
dándole linterna,  
«el que al noble Arnesto  
dio la muerte fiera».-  
«¿Qué Arnesto, les dijo,  
es éste que cuentan?»-  
«Hermano del Conde»,  
dijo otro en la rueda.  
«Nego», dijo entonces  
tu hermano en respuesta.  
«Probo», le responden,  
y haciéndole señas  
uno, que lo deje  
correr por su cuenta  
que él le sacará  
por la puerta afuera,  
por la puerta adentro  
de la cárcel le entran.  
Aqueste es el caso  
al pie de la letra.  
El Conde, tu hermano,

me hizo que viniera  
a avisarte porque  
su prisión supieras.  
Tu padre, Señora,  
quedó de poeta  
cuando le han silbado  
su amada comedia.  
Y llorando amores  
su triste tragedia,  
hecho Jeremías  
de ti se lamenta.  
A Crispín también  
a la cárcel llevan,  
el caso has oído  
y volverme es fuerza.  
Soy leal criada  
tu padre me espera,  
no le queda en casa  
nadie que le venda;  
voyle a consolar,  
y así sin licencia  
(que esto del pedirla  
es cosa muy vieja),  
Fénix, de retorno  
vendré a que me veas.  
FÉNIX. De suerte ¡oh desdichas!  
que ya no les queda,  
ni a mi mal alivio,  
ni a mi amor defensa.  
CASANDRA. De suerte ¡oh desvelos!  
que ya con tal nueva,  
del mar del amor  
entré en la tormenta.  
FÉNIX. Del Conde mi amante  
es justo que tema,  
que, pues es ingrato,  
vengativo sea.  
CASANDRA. De mi hermano juzgo  
que su muerte quiera,  
que viven unidas  
venganzas y ofensas.  
FÉNIX. Pues sea el alivio  
para tantas penas,  
que hay dolor que mate  
si hay honor que ofenda.  
CASANDRA. Pues salga esta llama  
que estando encubierta

el mismo disfraz  
la dio más violencia.  
FÉNIX. Salga por mis ojos  
sangre de mis venas,  
sea coral fino  
y aljófar parezca.  
CASANDRA. Ver quiero a don Pedro  
en la cárcel mesma,  
más soy de mi amor  
que no de mi ofensa.  
FÉNIX. Si ya no hay socorro,  
¿qué espera esta fuerza  
sitiada de males  
que al mal no se entrega?  
CASANDRA. Por mí dio a mi hermano  
la muerte sangrienta,  
y no me ha ofendido  
quien por mí se arriesga.  
FÉNIX. Parte es mi ofensor,  
y siéndolo quedan  
viva tu venganza  
y mi fama muerta.  
CASANDRA. Pues amor, a obrar.  
FÉNIX. A morir, violencias.  
CASANDRA. Désele a este fuego  
más noble materia.  
FÉNIX. Rebelde mi vida,  
¿a qué es lo que espera?  
CASANDRA. Amor obstinado,  
¿cómo no se aumenta?  
FÉNIX. ¿Para qué la muerte  
con tanta pereza?  
CASANDRA. ¿Para qué la vida  
si no vivo en ella?  
FÉNIX. Pues voy a sentir...  
CASANDRA. Pues voy a que sepan...  
FÉNIX. Males de mi agravio.  
CASANDRA. De mi amor finezas.  
FÉNIX. Mas ¿cómo es posible  
que guarde secretas...?  
CASANDRA. Que no es medicina  
que calle mi lengua...  
FÉNIX. Quejas de mi agravio.  
CASANDRA. De mi amor violencias.  
LAS DOS. Que amor oculto es calentura lenta  
que es más dañosa cuanto más secreta.  
Cárcel.





CRISPINILLO. Beba, y la hestoria dempués.

MELLADO. ¿Cuál es el Chitio? Esté en gloria  
el alma que le plantó. (Bebe.)

BORREGO. Acabe, y beberé yo.

MELLADO. Va la hestoria.

TODOS. Va la hestoria.

MELLADO. Diome cincuenta doblones

un Arnesto de contado,  
porque diese a un licenciado  
una noche dos hurrones;  
propuso primero el daño,  
mas como el dinero dio,  
mos fuimos Zajinto y yo  
a trabaar este arañó.

Maltratónos a los dos,  
y fue misterio secreto,  
pues no tovimos respeto  
a los hábitos de Dios.

A Arnesto que con afán  
llevó la rabia amolada,  
le cascó una tarascada  
en la talega del pan  
el clérigo o estudiante,  
mas quedó del golpe tal,  
que no comerá más sal;  
garduñáronme en flagrante,  
metiéronme en la doctrina,  
rogáronme luego que  
cantáramos, no canté.

Hubo un viernes desceplina,  
pregonáronme la ley,  
y pienso que voy de veras  
por seis años a galeras  
a servir a Dios y al Rey.  
Pero no importa el rigor  
que vaya a gurapas, pues  
no dirán que ellombre es  
solomista ni traidor.

CRISPINILLO. Pase el harto y venga el barco.

GANCHUELO. Oye océ, tenga consuelo,  
que no seré yo el Ganchuelo,  
o no ha de palmear el charco.

MELLADO. ¿Eso cómo puede ser?

GANCHUELO. Déjese océ gobernar,  
ya estoy mandado soltar,  
y a la sorna lo ha de ver,  
sean voacedes testigos



quísome quitar la gura,  
la sartén no quise yo;  
embístenme, pero cuando,  
como ya me conocieron,  
todos juntos me corrieron;  
plantéme como un Berlando,  
y, en efecto, aunque eran tantos,  
y aunque acosado me vi,  
al escribano le di  
en lo hueco un sepancuantos.

Al alguacil que repara  
cuánto le tiro valiente,  
le hice una cruz en la frente  
por si le falta en la vara;  
trasquilé a un corchete el pelo,  
más llocidos que Flatonte,  
mas como el hombre no es monte  
Estropecé y di en el suelo,  
y aunque con ansia y con pena,  
como en el suelo me hallaron,  
los corchetes me apiolaron  
y embauláronme en la trena.

MELLADO. ¿Y murió alguno en rigor  
de toda esta tarascada?

CRISPINILLO. No sé, ahí han dado posada  
al uno en San Salvador.

GANCHUELO. Por Cristo, que ha sido fiera.

CRISPINILLO. Y aun no sé si el otro es muerto.

MELLADO. Si lo que oacé dice es cierto,  
negocillo es de escalera.

CERNÍCALO. Yo me sigo, que he bebido: (Bebe.)

yo porque puse, estoy preso,  
unos claveles de hueso  
a la puerta de un marido,  
y aunque por mala fortuna  
el torcedor me dio fuerte  
siete ansias, todas de muerte,  
no he sido cisne a ninguna.

MELLADO. Eres bizarro y gentil,  
fuerte en el potro anduviste,  
pero, dime, ¿a quién pusiste  
las espinas de marfil?

CERNÍCALO. Preguntas son no muy buenas  
con las que vocé me obliga,  
no quiera Dios que yo diga  
mal dellas honras ajenas.  
(Bebe Ganchuelo.)

GANCHUELO. Yo a una frutera fatal,  
por ser deslenguada y vieja,  
le di desde oreja a oreja  
cuchillada tan igual,  
que con ser de a media vera  
la dijo el que la cosía,  
que le pareció que había  
nacido en la misma cara;  
de mi vino a querellar,  
mas con un unto que sé,  
que otro la cortó probé,  
y estoy mandado soltar.

CERNÍCALO. Y libertad merecieras  
por cuchillada tan cara.

MELLADO. Las cochilladas de a vara  
se hicieron para fruterías.

CERNÍCALO. Pues que ya salen recelo,  
y ir a que te suelten puedes.

MELLADO. Con facultad de voces  
quisiera hablar a Ganchuelo.

CERNÍCALO. Pues vamos.

(Vanse.)

(Quédanse Mellado y el Ganchuelo.)

MELLADO. En poridad  
saber quiero este consuelo,  
voarced, mi señor Ganchuelo,  
es honrado de verdad,  
voarced tiene prometida  
mi libertad.

GANCHUELO. Hablélo ya,  
y la palabra que da  
ellombre, será cumplida.

MELLADO. Yo lo confirmo y lo espero,  
pero quisiera saber  
de qué modo puede ser  
mi libertad.

GANCHUELO. Con dinero.

MELLADO. ¡Con dinero! ¿Pues de dónde  
sacar el dinero infiere?

GANCHUELO. Esta noche, si Dios quiere,  
hemos de matar a un Conde,  
la persona y tres honrados  
que a cuidado te tenemos,  
y porque le despachemos  
nos dan quinientos ducados;  
y ha de haber mosca sobrada,  
porque aún no ha de estar, advierte,



ESCRIBANO. Mellado, llegaos aquí.

MELLADO. Servitor, seo secretario.

ESCRIBANO. ¿Es aqueste caballero  
el que dio muerte indignado  
a Arnesto, hermano del conde  
de Belflor? Podréis libraros  
pareciendo el agresor:  
ea, si es él, declaradlo.

Vos, Ganchuelo, ya podéis  
iros, que ya está aguardando  
el mandamiento a la puerta.

GANCHUELO. Guárdeos el cielo mil años.

(Aparte. Mellado amigo, silencio.)

MELLADO. (Aparte.)

Tendrá silencio el Mellado:  
digo, ¿cuándo nos veremos?

GANCHUELO. (Aparte.)

Luego que esté trabajado  
este Conde. (Vase.)

MELLADO.                               Pues adiós.

(Aparte. ¿Oís? Llevad bien fardado  
el baúl, no sea el demonio  
que os den con la de Juan Grajo.)

DON PEDRO. ¿Ah, señor Mellado?

MELLADO.                               Oigo.

DON PEDRO. Lo que dice el pendolario  
es que voacé repase  
la persona. (Aparte. A aquestos bravos  
es menester preguntarles  
en su llengua.)

MELLADO.                               Estoy mirando. (Mírele.)

Si es él. (Aparte. Por el santo Coime,  
que está mandando en lo alto,  
que es él, mas yo soy quien soy:  
yo nunca he sido silbato,  
ni fuí corredor de oreja.)

Del fundamento hasta el casco,  
a este señor bueno doy  
más de cuarenta repasos  
y no es él, porque era el otro  
un poco más descargado  
de lomos, y otros dos pocos  
amolado de recazos:  
no es él.

ESCRIBANO.                               ¿Lo juráis?

MELLADO.                               Lo juro.

ESCRIBANO. Pues poned aquí la mano.

(Pone la mano.)

MELLADO. (Aparte.)

Si haré por sacar esta ascua  
con la mano deste gato.

ESCRIBANO. Buena se pone la causa  
señor don Pedro.

DON PEDRO. El descargo  
me ha de sacar de la cárcel.

ESCRIBANO. Pues yo prometo ayudaros  
como no apriete la parte,  
que es el todo en este caso. (Vase.)

DON PEDRO. Quedo de vuestra amistad  
agradecido y fiado.

MELLADO. ¿Fuese el escribano?

DON PEDRO. Fuese:

y agora que hemos quedado  
solos, quiero agradeceros  
la vi que me habéis dado;  
mi honor, mi hacienda y mi espada  
es vuestra, y si libre salgo  
de la cárcel, yo os prometo  
satisfacer y pagaros  
deudas de reconocido  
y obligaciones de honrado.

MELLADO. Yo soy siempre vuestro amigo,  
que hemos reñido en un plato,  
y no es menester conmigo  
hacer tantos arrumacos.

Yo soy amigo de buenos,  
y os estoy enficionado  
desde que os vi menear  
la zanahoria, y ¡voto al diablo!  
que podéis dar al más tieso  
cuarenta echadas de bravo.

DON PEDRO. ¿Quién os tiene aquí?

MELLADO. Ese Conde

dice que por mí mataron  
a su hermano, y que yo os vi,  
y miente como Pilatos;  
pero oís, aquesta noche  
me han de vengar seis chulanos,  
y le han de hacer en la panza  
seis guzpataras de a palmo.

DON PEDRO. ¿Pues por qué le han de matar?  
(Aparte. Saber me importa este caso.)

MELLADO. Porque a un carrillo en Madrid  
le hizo que fuese cristiano.





os hizo más desdichado;  
una apasionada vuestra,  
o amante, que no es recato  
dar a la acción la fineza  
y no descubrirla el labio;  
a esta prisión rigurosa  
en los disfraces de un manto  
viene a decir sentimientos  
nunca hasta aquí declarados.  
Pobre sois, y sois valiente,  
y a mí me toca el amparo  
de quien sólo por mi causa  
mira su honor perturbado.  
No os quiero decir quién soy,  
mas quiero decir que os traigo  
el oro de vuestro amor  
en oro recompensado:  
joyas trae esa criada  
para que compréis ufano  
vuestra libertad al oro,  
y no os parezca agasajo  
lo que a mí también me toca,  
que como os estimo tanto,  
libertando vuestra vida  
mi propia vida rescato.  
Y después que os mire libre,  
sabed que quiero feriaros  
sospechas de vuestra pena  
a cuidados de mi llanto.  
Ésta es la primera vez  
que ardientemente obstinado  
el fuego de amor oculto  
brotó en indicios al labio.  
Mujer soy, y tengo amor,  
y ya bien podéis fiaros  
aún mucho más que en tenerle  
en haberse declarado.  
No he pretendido escribiros,  
antes vine a consolaros,  
que es intérprete mejor  
la lengua que no la mano;  
y porque agora es forzoso  
volverme a casa, quedaos,  
yo os veré y escribiré.  
Obre el trato más humano,  
que las fuerzas del amor,  
las más se rinden por trato;

y así...

DON PEDRO. Deteneos, Señora,  
que primero he de rogaros  
que la luz desahermosura  
venza la niebla del manto.

CASANDRA. No puedo.

DON PEDRO. Pues escuchad  
este imaginado rasgo,  
que al templo de mis pasiones  
quiere mi lengua pintaros.  
La ocasión me da oportuna  
fortuna,  
mas es, si la oculta el labio,  
agravio,  
que aunque enseña vuestro ardor  
amor,  
para sentir más rigor  
vuestro favor he culpado,  
pues me habéis equivocado  
fortuna, agravio y amor.  
Permitid a mi desvelo,  
celo,  
que es dar compasión mayor  
favor,  
y es mentir a luz tan pura  
hermosura.

Y mi sufrimiento apura  
que cuando mi amor sabéis,  
a este tiempo me neguéis  
cielo, favor y hermosura.  
No deis en tibios desmayos  
rayos,  
ni en dudosos arreboles  
soles,  
ni a vuestro cielo ocultado  
nublado;  
mas, ¿para qué mi cuidado  
siente tan mortal desvelo  
si es fuerza que haya en el cielo  
rayos, soles y nublado?

Descubrid...

Sale CRISPINILLO.

CRISPINILLO. Buena la hicimos.

DON PEDRO. ¿De qué vienes tan turbado?

¿Di, qué ha sido?

CRISPINILLO. ¡Bercebú!

DON PEDRO. Acaba, dímelo.

CRISPINILLO. El diablo,  
tu enemigo.

DON PEDRO. ¿Quién, el Conde?

CRISPINILLO. Y pienso que entra a buscaros  
con un color de sudores;  
mas yo de unciones le traigo.

DON PEDRO. ¿A qué viene?

CRISPINILLO. No lo sé,  
sólo digo que ha llegado.

DON PEDRO. ¿Dónde?

CRISPINILLO. A buscarte.

DON PEDRO. ¿Qué dices?

CRISPINILLO. Hétele por do va entrando.

CONDE. (Dentro.)  
¿Don Pedro?

DON PEDRO. ¿De qué os turbáis?

CASANDRA. Sabed que el Conde es mi hermano.

DON PEDRO. ¿Luego vos sois...?

CASANDRA. Infeliz.

DON PEDRO. El dueño...

CRISPINILLO. Mirad que ha entrado.

CASANDRA. Casandra soy.

DON PEDRO. Pues aquí  
podéis, Señora, ocultaros.

CASANDRA. ¡Si me vio entrar!

CRISPINILLO. No lo sé;  
la criada está mirando,  
acabad.

CASANDRA. ¡Qué presto, amor,  
me has engolfado en mis daños!  
(Escóndese.)  
Sale EL CONDE turbado.

CONDE. Guárdeos el cielo, don Pedro.

DON PEDRO. Seáis, Conde, bien llegado.  
¿En la cárcel me buscáis?  
¿A qué venís?

CONDE. A mataros.

CRISPINILLO. (Aparte.)  
Acabóse; vio a su hermana;  
por ella ha de haber porrazo.  
Para las mujeres son  
enemigos necesarios.

DON PEDRO. ¿Pues cómo (Aparte. ¡Si vio a Casandra!)  
intentáis (Aparte. ¡Lance apretado!)  
viéndome preso (Aparte. ¡Astro adverso!)  
buscarme determinado?

CONDE. Ya sabéis que en vuestra casa,

o heroicamente bizarros,  
o advertidamente cuerdos,  
para la calle libramos  
indignaciones y aceros;  
vos la obligación pagando  
que me debistes, y yo  
de vuestro valor fiado.

DON PEDRO. Y tambien sé que salí  
desde mi casa a buscaros;  
que no os hallé y, en efecto,  
por ir tras vos me encontraron  
que estoy, preso, ya lo veis,  
que me irritáis, está claro,  
que me buscáis, no lo ignoro;  
y así podéis declararos,  
que aunque dijisteis agora  
que a matarme entráis airado,  
fue error de vuestra pasión;  
pues siendo quien sois, extraño  
que hable así un hombre valiente  
a otro hombre que está sin manos.

CONDE. El mataros no es aquí.

DON PEDRO. ¿Pues dónde?

CONDE. Escuchadme un rato;  
yo soy parte en el delito  
de la muerte de mi hermano,  
y como soy el que soy  
lo más en tan grave cargo,  
que estábades declaré  
la noche que le mataron  
en Salamanca, y que sois  
mi amigo, dando descargos  
que en mí no eran tan precisos  
y en vos eran necesarios;  
solicito con los ruegos,  
soy cuerdo en los agasajos,  
advertido en las promesas,  
y en satisfacerlas franco.  
Os tengo libre don Pedro,  
y aunque a mí no me ha tocado,  
siendo vos el ofendido  
ser yo quien venga a libraros,  
con mi duelo y con el vuestro  
a un mismo tiempo cumplamos;  
mañana libre os veréis,  
mañana vendré a buscaros,  
vos habéis sido conmigo

puntual, noble y gallardo,  
pues ya con haber cumplido,  
puesto que os he libertado,  
porque diga que podréis  
quien sepa nuestro embarazo  
ser siempre tan valeroso,  
pero nunca más bizarro.

DON PEDRO. Ya que libertad me dais,  
sólo quiero preguntaros,  
¿por qué agora no estoy libre,  
y mañana sí?

CONDE. Es el caso  
que aunque pudiera esta noche  
libraros, otro cuidado  
tengo que interviene en él  
parte de mi honor, y en tanto,  
que por un papel que ahora  
en esta puerta me han dado,  
de nuestras obligaciones  
la satisfacción dilato.

No quiero yo que se diga,  
habiéndoos ya libertado,  
que falto al salisfaceros  
y cumplo con obligaros.

DON PEDRO. Yo os suplo la dilación,  
y así bien puedo rogaros  
que salga yo de la cárcel  
esta noche.

CONDE. ¿Importaos algo?

DON PEDRO. No me importa sólo a mí,  
porque nos importa a entrambos.

CONDE. Pues ya libre podéis iros  
si es que me alargáis el plazo.

DON PEDRO. Aún tanto como ofendido  
quedo de vos obligado.

CONDE. Y yo confieso que os debo  
más de lo mismo que os pago.

DON PEDRO. Mi vida, Conde, os confieso;  
y ansí obraremos en tanto,  
cuando amigos como amigos,  
contrarios como contrarios.

CONDE. Sois noble y agradecido.

DON PEDRO. Pues agora os satisfago,  
puesto que para después  
nuestra venganza dejamos,  
con lo que otras veces suelo.

CONDE. ¿Con qué?

DON PEDRO. Con daros los brazos.

CONDE. Yo os los doy con mucho gusto.

DON PEDRO. Vuestra fe y lealtad alabo,  
pero en saliendo de aquí...

Sale DON LUIS cuando le da los brazos.

CONDE. ¿Qué intentáis hacer?

DON PEDRO. Mataros.

CONDE. Pues yo os buscaré, don Pedro.

DON PEDRO. Yo también sabré buscaros  
adiós, Conde.

CONDE. Adiós don Pedro.

DON PEDRO. ¿No direis cómo quedamos?

CONDE. Yo obligado y ofendido. (Vase.)

DON PEDRO. Yo ofendido y obligado.

DON LUIS. ¡Vive Dios, hijo cobarde,

desconocido y ingrato

al honor que te dio el cielo,

que a poderte hacer pedazos

y a ser posible quitarte

esa sangre que te he dado,

que hiciera...

DON PEDRO. ¿Qué es esto, padre?

DON LUIS. ¿Tú abrazas a tu contrario?

¿El que mereció tu acero

llega a merecer tus brazos?

Yo soy viejo y tengo ya

la ira y valor templados,

y si con él me abrazara,

por los cielos soberanos

que le arrancara del pecho

el corazón a pedazos.

DON PEDRO. ¡Padre!

DON LUIS. No me llames padre:

quítate de aquí.

DON PEDRO. Templaos.

DON LUIS. ¿No ves que pide otra afrenta

el que agradece un agravio?

Vuestra hermana se huyó anoche,

y vos hicisteis más caso

de una palabra que es vuestra

que de un honor que es de tantos.

Ya perdisteis la ocasión

de poder verme vengado:

mas, ¿para qué tiene lengua

aquel que no tiene manos?

Ya sí tengo algún honor

reducido en noble llanto,

como es la sangre del alma  
en lágrimas le derramo.  
Pero pues sois tan cobarde,  
inadvertido y villano  
que trocáis a un mismo tiempo  
venganzas en agasajos,  
yo voy a tomar venganza  
del Conde que me ha agraviado;  
voy a morir a su acero,  
que aunque son tantos mis años,  
el valor no tiene canas;  
y si no, muera a sus manos:  
vivir no quiero ofendido,  
y quiero morir honrado.

DON PEDRO. Oid.

DON LUIS. No me repliquéis.

DON PEDRO. Éste es valor.

DON LUIS. Es engaño.

DON PEDRO. Ésta fue una recompensa.

DON LUIS. ¡Pues vos de mi honor tan franco!

¡Cobardía es, vive el cielo!

DON PEDRO. Advertid...

DON LUIS. Ya lo he mirado.

DON PEDRO. Que sabré ser...

DON LUIS. Muy cobarde.

DON PEDRO. Quien cobre...

DON LUIS. Obligasme en vano.

DON PEDRO. Un honor...

DON LUIS. Es imposible.

DON PEDRO. Que perdí.

DON LUIS. Yo le restauro.

DON PEDRO. ¿De qué modo?

DON LUIS. Con mi muerte.

DON PEDRO. ¿A dónde vais?

DON LUIS. A vengaros,

que sois muy agradecido,

y cuando más indignado,

al que habéis de dar la muerte

temo que le deis los brazos. (Vase.)

DON PEDRO. Pues yo prometo a los cielos...

Sale CASANDRA.

CASANDRA. Fuese su padre y mi hermano.

DON PEDRO. Cobrar mi honor...

CASANDRA. ¡Ah don Pedro!

DON PEDRO. Con el hecho más tirano...

CASANDRA. ¿No me respondéis? ¿Qué es esto?

DON PEDRO. Que oculta en el bronce y mármol,



señora...

CASANDRA. ¿Podré salir?

DON PEDRO. No hay quien os impida el paso.

CASANDRA. ¿Cómo?

DON PEDRO. ¿Qué es lo que decís?

CASANDRA. ¡Tan desconocido os hallo!

DON PEDRO. Casandra, no tengo honor.

CASANDRA. ¿Qué es lo que intentas?

DON PEDRO. Cobrarlo.

CASANDRA. ¿Y amor?

DON PEDRO. Téngole suspenso.

CASANDRA. No agradecéis mis cuidados.

DON PEDRO. No hay amor donde no hay honra.

CASANDRA. ¿Tan presto conmigo ingrato?

DON PEDRO. No es bueno para galán  
hombre que está deshonorado.

CASANDRA. Yo os daré honor siendo vuestra.

DON PEDRO. Con honor sabré obligaros.

CASANDRA. Éste es desprecio.

DON PEDRO. Es fineza.

CASANDRA. ¿Qué intentáis?

DON PEDRO. Vengarme trato.

CASANDRA. ¿Y después?

DON PEDRO. Buscaros fino.

CASANDRA. ¿Y agora?

DON PEDRO. Indignarme airado.

CASANDRA. ¿Contra quién?

DON PEDRO. Sabráslo presto.

CASANDRA. ¿Cómo he de veros?

DON PEDRO. Vengado.

CASANDRA. Pues, adiós. (Vase.)

DON PEDRO. Guárdeos el cielo.

¡Iras, ya se llegó el plazo

venganzas pide mi acero

y ejecuciones mi mano!

Campiña.

Sale GANCHUELO con cinco hombres con máscaras, espadas y broqueles y una escopeta.

GANCHUELO. En este verde prado,

de arrayanes y murtas coronado,

ocultarnos podemos.

VALIENTE 1º. A que llegue esperemos

todos en emboscada.

GANCHUELO. Aquesta fue la hora señalada,

y ya tardar no puede, preveníos,

y a un mismo tiempo todos repartidos

saldremos cuando llegue sobre el puente.

VALIENTE 2º. Pues con el plomo no hay hombre valiente,

cargar agora la pistola quiero.  
(Cargue la escopeta.)

aseguremos dudas al acero.

GANCHUELO. Bien dices, retirarnos intentemos.

VALIENTE. Retirémonos todos.

VALIENTE 2°. Retiremos.

Sale EL CONDE.

CONDE. Deste papel llamado  
y de mi noble sangre provocado,  
a este sitio he venido  
de sólo mi valor mal prevenido.

¿Quién será, pues, quien me ha desafiado?

¿Si el padre de don Pedro provocado  
de su agravio primero,

de sus canas pretende hacer acero,  
sabiendo que su hijo estaba preso?

Temeroso no estoy, pero confieso

que me hallo cuidadoso,

si al que ofendí en la corte riguroso,

por cobrar su venganza con mi muerte

a campaña me llama desta suerte.

Pero mal lo he pensado,

que nunca desafía un agraviado:

ya yo estoy en campaña,

ésta es la orilla a quien el Tajo baña;

éste su altivo puente:

buscar agora quien me llama intente

mi valor irritado y prevenido;

con mis obligaciones he cumplido

sin que haya en mi valor mudanza alguna,

obre agora a su arbitrio la fortuna.

(Vase.)

Salen DON PEDRO y CRISPINILLO vestidos de color, y don Pedro con una mascarilla en la cinta colgada.

CRISPINILLO. Señor, no sé nadar y es desvarío

que me traigas al río:

di, ¿vienes con tal prisa

a que te laven tu única camisa?

Dispensero pareces

que a las orillas viene a comprar peces,

o como sales de la cárcel, creo

que vienes de espulgarte con deseo.

DON PEDRO. El puesto es éste; aquí me han avisado

que es el sitio aplazado.

Hoy, Crispín, la mayor venganza espero;

agora es tiempo; retirarme quiero

entre estos verdes ramos.

CRISPINILLO. ¿No me dirás, Señor, a dónde vamos?

DON PEDRO. Ponerme este disfraz es importante.

CRISPINILLO. Sin tu traje primero de estudiante,  
con máscara y sin blanca, yo imagino  
que vienes a robar a algún camino.

DON PEDRO. Tú reñirás, Crispín, puesto a mi lado.

CRISPINILLO. Don Pedro, como nunca lo he cursado,  
no sé reñir.

DON PEDRO. ¿Pues qué te falta, loco?

CRISPINILLO. El ánimo, no es más; y aunque esto es poco,  
irme quiero y dejarte,  
porque yo siempre sirvo de estorbarte.

DON PEDRO. Pues que con tu temor me desobligas,  
vete, Crispín; pero a ninguno digas  
adonde me ha dejado tu recelo,  
que te daré la muerte, vive el cielo.

(Vase.)

CRISPINILLO. Con la lengua he de hacer, pues que te agrada,  
lo que hiciera a tu lado con la espada.

(Vase.)

Salen GANCHUELO y EL CONDE.

CONDE. Aunque esperando os estoy  
con indignación y acero,  
quién sois vos saber espero.

GANCHUELO. ¿Sois el Conde?

CONDE. El Conde soy,  
y soy el que aquí os espero.

GANCHUELO. Este acero os desengaña;  
(Sacan las espadas.)

porque no hay en la campaña  
mas respuesta que el acero.

CONDE. Valiente habláis como sabio,  
cierta es la resolución.

(Salen todos sobre él y uno con la pistola.)

¡Vive el cielo, que es traición!

GANCHUELO. No hay traición donde hay agravio.

CONDE. Más lucirá mi rigor  
habiendo más que vencer.

VALIENTE 3°. ¿Tírole?

GANCHUELO. No es menester.

CONDE. No sabe huir el valor.

GANCHUELO. Daros la muerte pretendo.

CONDE. A dárosla yo me obligo.

GANCHUELO. Tu muerte será el castigo.

Sale DON PEDRO con máscara, y quítale la pistola al que la tiene.

DON PEDRO. A ellos, que yo os defiendo,





en el medio que protesto?

DON PEDRO. Yo he de quedar mejor puesto.

CONDE. Pues riñamos.

DON PEDRO. Pues riñamos;  
irritemos el rigor.

CONDE. Parad, que medio hay también  
en que yo quede más bien  
y en que vos quedéis mejor.

DON PEDRO. ¿Medio puede haber aquí  
cuando ofendidos nos vemos,  
en que a un mismo tiempo estemos  
los dos mejor puestos?

CONDE. Sí;

porque cuando no supiera  
vuestra sangre y vuestro honor,  
en vuestro propio valor  
vuestra sangre conociera.

Siempre me habéis excedido,  
ya puntual, ya arrojado,  
en la parte de obligado  
y en la parte de ofendido.

Con evidencia se muestra  
lo que aparente se ve,  
si en mi casa os liberté,  
me excedisteis en la vuestra.

Y si de vos obligado  
a vuestra lealtad debida  
os di libertad y vida,  
mi vida habéis restaurado.

Pues para satisfaceros,  
hoy que obligado me habéis,  
pues en lo más me excedéis,  
en lo más he de excederos.

Pagar vuestra fama quiero,  
mi amor con el vuestro obre,  
vos sois hidalgo y sois pobre,  
yo soy rico y caballero;  
y así puesto que se allana  
vuestro duelo y pundonor,  
satisfaciendo el honor  
de vuestra ofendida hermana;  
y si a un mismo tiempo allano,  
teniéndola por esposa,  
la recompensa forzosa  
a la muerte de mi hermano;  
para daros vuestro honor,  
aunque vos ganáis en esto,

quedando menos bien puesto  
soy el que queda mejor.

DON PEDRO. Otra conveniencia gano  
cuando vuestro amor se allana;  
por Casandra vuesa hermana  
di la muerte a vuestro hermano  
yo sé que me tiene amor,  
y yo la he querido bien.

CONDE. Vuestra es mi hermana también.

DON PEDRO. ¿Pues cómo sabré mejor  
las dos dichas con que gano  
honor y amistad aquí?

CONDE. Con que la palabra os di,  
y con que ya os doy la mano.

DON PEDRO. Tan noble satisfacción  
finezas a mi honor labra,  
pues cumplirá su palabra  
quien cumple su obligación.

CONDE. Ya solamente obligados  
estamos.

DON PEDRO. Conde, no sé:  
ello dirá.

CONDE. ¿Pues porqué?

DON PEDRO. Porque quedamos cuñados.

CONDE. Hoy, pues, que preciso es  
juntas las bodas serán.

Fénix y Casandra están  
en mi casa.

DON PEDRO. Vamos, pues.

CONDE. Mi honor con esto aprovecho.

DON PEDRO. Mi amor con esto se allana,  
su honor cobrará mi hermana,  
yo quedaré satisfecho,  
y su honor, ya restaurado,  
mi padre ha de conocer.

CONDE. ¿Qué falta agora que hacer?

DON PEDRO. Pedir perdón al Senado  
por satisfacción mejor.

CONDE. Y con él pedir es bien  
que un victor también nos den  
si lo merece el autor.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

